

Paula Gallego

RESPIRA

A CITY OF LOVE: VOL. 1

Copyright

EDICIONES KIWI, 2019

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONES**KIWI**

Primera edición, enero 2019

© 2019 Paula Gallego

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Corrección: Mercedes Tabuyo

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Para ti, aita.
Por creer en mí desde el principio.

Prólogo

El Pozo de las Mentiras

ERI

Tenía quince años y mi vida estaba a punto de cambiar.

Aquella sería la última vez que visitara el santuario Kamigamo y que celebrara el festival de Aoi Matsuri. No volvería a ver los cerezos en flor del parque Maruyama ni el reflejo dorado del santuario Jishu sobre el lago.

Al día siguiente cogería un vuelo que me llevaría lejos de Kioto para siempre y estaba asustada.

—¡Eh, Yui! ¿Qué haces aquí? Te estamos esperando.

Alguien me confundió con otra persona. En cuanto me di la vuelta hacia él, esperé que se disculpara y me dejara tranquila. No lo hizo.

—¿Es que no me has oído? ¡Vamos! —me apremió y me hizo un gesto con la cabeza mientras todavía seguía acercándose a mí.

Me giré instintivamente, buscando alguien que estuviera detrás de mí, pero estaba sola.

—Creo que te confun...

No llegué a terminar la frase. El hombre me agarró del brazo y tiró de mí. Parecía tener mucha prisa.

Antes de que pudiera volver a protestar, una voz nos interrumpió.

—Deja a esa chica, Usui.

Los dos nos volvimos hacia el lugar del que provenía la voz. Una mujer vestida con *yukata*, el traje tradicional, nos miraba tranquila, con las manos cruzadas sobre el regazo y expresión serena. Los dos nos quedamos quietos, pero el hombre acabó moviéndose para mirarme detenidamente y luego mirarla a ella.

Cara redondeada, pero rasgos marcados. Pómulos prominentes, barbilla pequeña y ojos grandes. Tenía una mirada relajada y que parecía por encima de cualquier problema mundano. Era muy hermosa.

Sin embargo, lo que más me impactó, igual que impactó al hombre que tenía justo al lado, fue el parecido.

Éramos prácticamente iguales, como dos gotas de agua.

Ella también pareció sorprendida cuando me miró, pero de una forma distinta, como si la curiosidad no fuera suficiente para molestarse en mudar su expresión.

Lo único diferente era el pelo; su larga melena blanca y brillante, recogida en un cuidado peinado. Además, parecía mayor y poseía una belleza delicada, casi espectral, que ni siquiera yo, con rasgos tan parecidos, albergaba.

No llegué a escuchar qué respondió el hombre, si es que dijo algo; tampoco volví a escucharla a ella. Alguien tiró de mi brazo y, esta vez, me dejé arrastrar porque era Matvey.

—¿Estás loca? —preguntó—. ¿No te das cuenta de que son de *los otros*?

Los otros había adquirido varios significados durante los últimos meses. Sin embargo, lo que

significaba al fin y al cabo era que pertenecían a una organización japonesa, y yo debía mantenerme alejada de ellos.

Ekaterina Kozlov no tenía problemas con los japoneses, pero era mejor no acercarse mucho.

Estuve a punto de pedirle que se detuviera, que mirase a esa chica que era igual que yo, pero no me atreví a hacerlo.

Dejé que me llevara lejos de ellos. No hice preguntas. Y esperé.

Tal vez, en otro momento, lo habría guardado como una anécdota.

Dicen que todos tenemos al menos una persona idéntica a nosotros en algún lugar del mundo, ¿no? Resulta que la mía estaba en Kioto. Pero aquel día necesitaba respuestas. Tal vez buscase otras más difíciles, imposibles, y tuve que conformarme con esas.

La busqué cuando Matvey dejó de prestarme atención. No era fácil, siempre estaba pendiente de mí, y yo agradecía un tipo de atención que nadie me había prestado jamás, pero en momentos así era problemático.

Seguí a la chica del *yukata* afuera. Dejé atrás el recinto del santuario, los hermosos trajes antiguos y las luces de los farolillos... hasta internarme en Tadasu no Mori, el Bosque de la Corrección.

No tuve que alejarme mucho. Se detuvo cuando llegamos a uno de los pozos del bosque. Lo conocía. Era el Pozo de las Mentiras.

La vi allí sentada y no supe qué hacer. Estábamos suficientemente lejos del templo como para que el silencio del bosque se impusiera entre las dos, pero lo bastante cerca como para que las luces del camino iluminasen sus rasgos, tan parecidos a los míos...

—Es el Pozo de las Mentiras —le dije, porque no sabía cómo empezar aquella conversación.

—Lo sé —respondió, y yo me sorprendí. Poca gente sabía para qué había sido levantado aquel pozo. Hacía tiempo que se había olvidado.

Tadasu no Mori es un bosque primitivo y antiguo que crece sin control.

Hace mucho que no pertenece al hombre. Es salvaje; hermoso y aterrador al mismo tiempo.

Nadie le rezaba al dios de las mentiras, salvo yo.

—Perdona que te haya seguido, pero es que eres...

No llegué a terminar la frase. Ella sonrió y me hizo un gesto delicado con la cabeza. Quería que me acercase.

Caminé hasta llegar a su altura y alzó una mano hacia mí, hacia mi rostro.

—Si me lo hubiesen contado, no lo habría creído —susurró.

En eso también éramos diferentes. Tenía una voz dulce, un tono meloso y unos gestos gráciles y delicados.

—¿Cuántos años tienes?

—Quince —respondí.

Ella volvió a sonreír. Lo mucho que se parecía aquella a mi sonrisa me asustó un poco. Igual de corta, igual de triste.

—Yo era un poco más joven que tú cuando crucé la puerta a esta vida.

—Supe a qué vida se refería sin necesidad de que lo explicara—. Pero ya hace mucho de eso y yo estoy cansada. Hay puertas que no volveré a cruzar nunca más, porque ya no soy capaz. Solo queda una, una puerta.

Entonces no supe qué responder, porque no sabía a qué se refería.

No podía dejar de mirarla. Parecía algo mayor que yo, pero seguía siendo joven y hermosa. Ese pelo blanco, tan blanco como la nieve, no le robaba ni un ápice de juventud.

Me dio la espalda para asomarse y mirar dentro del pozo.

—Ten cuidado. Dicen que no tiene final.

—Todo tiene final, incluso el pozo sin fondo de las mentiras —replicó con una calma antinatural, demasiado fría. Volvió a mirar dentro y una luz brilló en sus ojos—. La leyenda dice que una *shikome* aguarda al otro lado para llevarse al inframundo a aquel que incumple sus promesas, a aquel que miente.

—Como a Izanagi —adiviné.

La chica del *yukata* me miró con curiosidad. Conocía la leyenda de la *shikome*; conocía muchas leyendas. Quizá porque durante unos segundos me gustaba creer que existía un mundo más allá del nuestro; incluso si era perturbador e inexplicable. Lo importante era que había magia.

—El dios Izanagi incumplió la promesa que le hizo a su mujer después de morir, y esta envió desde el inframundo a una *shikome* que lo persiguiera. ¿Sabes cómo es una *shikome*?

—Tiene la carne podrida, las cuencas de los ojos llenas de gusanos y la piel pálida y llena de pústulas —murmuré.

La chica del *yukata* bajó la vista de nuevo y un escalofrío me recorrió la espalda.

—¿Cómo te llamas? —preguntó al volver a alzar el rostro.

—Eri.

—Eri —repitió—. ¿Alguna vez has pensado que las cosas ocurren de cierta forma por un motivo?

Pensé en Matvey, en sus ojos marrones, su mano tendida hacia mí, su promesa de una vida mejor.

—Muchas veces. ¿Tú crees en el destino?

No sabía muy bien por qué hacía aquellas preguntas; solo quería seguir hablando con ella, buscando algo que la hiciese distinta a mí, un rasgo inequívoco, que nos hiciera completamente diferentes y rompiera la magia. No lo había.

Ella se encogió de hombros.

—Puede que estés aquí para verme cruzar la última puerta, para que tú no tengas que cruzarla. ¿Sabes dónde te estás metiendo cuando te juntas con esas personas?

Fruncí un poco el ceño y miré atrás. Quizá debería volver. Ya me había arriesgado mucho y Matvey andaría buscándome.

—Lo siento, pero tengo que irme.

—Yo también me voy —contestó ella.

Me quedé ahí de pie, aguardando, pero ni hizo ningún amago de levantarse del borde del pozo. Mejor así. Prefería no volver con ella al templo. Era mejor que nadie nos viese juntas; al fin y al cabo, era parte de *los otros*.

Le dediqué una última mirada, un último vistazo a ese reflejo perfecto. Ella solo sonrió.

Eché a andar en dirección al templo; sin embargo, me detuve cuando me di cuenta de que si no preguntaba lo que quería saber, la misma idea me acosaría para siempre: ¿cuál era la última puerta?

Escuché un ruido antes de volverme. Un golpe acuoso, distante y frío.

Ella ya no estaba.

La pregunta murió en mis labios.

Busqué a la chica en el bosque.

Y la oscuridad me devolvió la mirada.

Diciembre

1

La ladrona

KAORU

Es la segunda vez que la veo hoy.

Esta mañana tenía el pelo rosa. Ahora ya no. Ahora es negro y sigue llevándolo largo, por debajo del pecho.

Llegó al edificio hace un par de días, de madrugada; lo sé porque hizo bastante ruido. Mi piso queda justo al lado del suyo y las paredes son muy finas. Escuché un portazo, golpes y muebles arrastrados por el suelo. Creo que también se dio una ducha y despertó a alguno de los perros del vecino de abajo y el animal se puso a ladrar como un loco.

No creo que despertase a Shinatobe y Hoki. Mi búho duerme durante el día y mi gato suele pasearse las noches haciendo cosas que sabe que me molestan.

El casero no se preocupó por llamarle la atención, aunque la verdad es que no me sorprende; suele pasar bastante de nosotros. El señor Miyano alquila varios de los pisos del bloque. Son apartamentos pequeños, con una sola habitación, un baño y un salón comedor. Todos los que estamos aquí somos personas jóvenes y con pocos recursos, algunos estudiantes y gente que vive sola, así que no necesitamos más.

La nueva también está sola; o eso creo.

La vi la otra noche en el balcón, cuando todavía llevaba el pelo rosa.

Se había sentado en una silla y se recogía las rodillas contra el pecho para apoyar la barbilla en ellas. Se quedó allí una eternidad, inmóvil y silenciosa, perdida en la noche de Kioto.

Yo había salido a fumar, pero tengo la sensación de que ni siquiera reparó en mi presencia. Volví a la cama cuando terminé, así que no sé cuánto tiempo se quedó allí.

Ahora la nueva acaba de pasar por mi lado y ni siquiera se ha molestado en mirarme. Es más bajita que yo, puede que le saque más de una cabeza. Lleva una falda larga, por debajo de las rodillas, y una sudadera que deja al descubierto su ombligo (a pesar de que estemos en pleno invierno). Es guapa, o al menos eso me pareció la otra noche; ojos grandes, labios carnosos y rasgos dulces.

—Eh, hola.

Se vuelve hacia mí como si hasta el momento hubiese sido invisible.

—Hola —contesta simplemente.

No me equivocaba. Sí que es guapa, más incluso de lo que recordaba.

Lleva dos bolsas en la mano y con la otra hace malabarismos para abrir la puerta de su piso. Mientras tanto, yo aguardo con los brazos cruzados junto a mi puerta.

—¿Necesitas ayuda?

—Sé abrir una puerta solita, pero gracias —responde.

Podría entrar en casa, mi puerta ya está abierta; sin embargo, decido aguardar. Me quedo ahí de pie, mirándola, mientras sigue ingeniándose para acertar con las llaves.

Cuando consigue meterlas, se gira hacia mí.

—¿Es que acaso tú sí necesitas ayuda? —inquire provocativa.

No sé qué responder, así que decido ignorarlo.

—Me llamo Kaoru.

Ella alza una ceja y gira la llave.

—Bonito nombre —afirma burlona.

—¿Cómo te llamas tú?

Me mira un instante, solo uno.

—¿Es que nunca te das por vencido, Kaoru?

Me encojo de hombros.

—Casi nunca.

La nueva sacude la cabeza y esboza una pequeña sonrisa que no le llega a los ojos.

—Pues eso es peligroso. A veces es mejor saber cuándo rendirse —contesta. Luego se da la vuelta y alza una mano sin volverse para despedirse—. Adiós, Kaoru.

Yo no respondo. No me da tiempo a hacerlo y, aunque pudiera, ella no ha llegado a decirme su nombre.

Un ruido sordo me despierta.

Mierda.

Me incorporo de golpe y con el corazón desbocado. Solo puedo pensar una cosa: «otra vez no».

Sin embargo, no dejo que el pánico me domine. Retiro el edredón de un tirón y procuro mantener la calma mientras me pongo en pie y lucho contra una mente todavía adormilada y perezosa. No es momento para andar lento de reflejos.

Vuelvo a escuchar un golpe y el sonido del batir de las alas de Shinatobe. Está nervioso, y eso es porque no está solo.

He estado esperando este momento mucho tiempo y, a la vez, deseaba que no llegara nunca.

Abro en silencio el primer cajón de mi mesilla y saco de ahí mi *tantō*.

El diseño es parecido al de una katana, pero es más corto, más discreto e igual de peligroso si sabes manejarlo.

Yo sé hacerlo.

Avanzo despacio, empuñando el *tantō* que deseaba no tener que usar nunca más, y me preparo para salir al salón. La puerta está abierta. Me pego a la pared, contengo el aliento y...

Tardo un par de segundos en reaccionar.

La chica nueva está pegada contra la pared de enfrente, huyendo de Shinatobe cada vez que alza el vuelo, y se choca con todos los muebles que encuentra a su paso. Ella no lo sabe, pero el más asustado es él.

Mi corazón recupera un ritmo sano y, despacio, oculto el *tantō* en mi espalda, en la cinturilla de mis pantalones.

Silbo y Shinatobe sigue el sonido de mi voz hasta encontrar un lugar cómodo sobre mi hombro izquierdo. Tiene el plumaje encrespado y el aterrizaje ha sido más brusco que de costumbre. Lo acaricio una y otra vez mientras intento calmarlo.

—Ya está, ya está...

La nueva me mira con sus ojazos marrones desde el otro lado de la estancia, con las piernas

separadas, dispuesta a volver a huir si fuera necesario.

—No estoy robando —me suelta alarmada.

—Imagino que no. Has roto las pocas cosas de valor que tenía —observo y dedico una mirada a mi alrededor.

Hay libros por el suelo, una silla, el marco de una fotografía...

—Ha sido él. Me ha atacado.

—Porque estabas robando —la provocho y sigo acariciando a Shinatobe—. Él sabe a quién atacar, ¿verdad que sí?

La miro de reojo y descubro que no se ha movido ni un centímetro.

Le da miedo de verdad y a mí me entra la risa. Sin embargo, me doy cuenta de lo que podría haber pasado al irrumpir en el salón con un arma si no llego a darme cuenta de que era ella y se me quitan las ganas de reír.

Guardo silencio.

—He entrado para devolverte al gato —contesta—. Tenías la puerta del balcón cerrada, así que he tenido que saltar para que pudiese entrar en casa. ¿Por dónde narices se ha escapado?

Lo busco por encima del desorden, pero no hay ni rastro de él.

—¡Hoki! —lo llamo—. ¡Hoki!

Ha debido de escuchar la que se estaba armando y ha decidido volver a pirarse. Así es mi gato; inteligente y desleal.

Regreso a mi habitación por si está allí y luego camino hasta el baño.

Ni rastro de él. Voy hasta un sombrerero que jamás ha tenido sombreros y dejo allí a Shinatobe, que sigue alterado y se resiste a abandonar mi protección. Cuando agita las alas, la chica da un paso atrás.

—¿De verdad te da miedo?

—¿De verdad me estás preguntando eso con las garras que tiene?

Me río y sacudo la cabeza. Sigo acariciando al búho.

—Se comporta así porque está nervioso. Has entrado en su casa sin avisar y no conoce tu olor. Tiene cataratas, apenas ve algunas sombras, así que tiene que ser más precavido.

Cuando lo adopté ya tenía cataratas y apenas veía. Creo que lo abandonó una de esas cafeterías que tan de moda se han puesto y que usan a los animales como reclamo. Algunas los cuidan mucho; otras solo los tratan bien mientras les son útiles.

—Dile que me marchó enseguida, que no se preocupe —declara y se retira un poco más.

—Ven. Acércate. —Tiendo una mano hacia ella, pero sacude la cabeza enérgicamente. Es rotunda, y yo decido no insistir—. En fin, creo que Hoki ha vuelto a tu casa, porque aquí no está. Te acompaño a buscarlo.

Me sorprende que hayas podido cogerlo la primera vez; es un poco arisco.

Ella no dice nada hasta que abro la puerta y me giro para apremiarla.

Sigue plantada en medio de la sala de estar.

—No he cogido las llaves —anuncia, como si fuera lo más normal del mundo—. Vamos por el balcón.

El balcón. Se me había olvidado que había entrado por el balcón.

Se me escapa una risa, pero me ahorro los comentarios y la sigo hasta el exterior. Allí pasa una pierna al otro lado y se desliza dentro de su recinto con gracia. Todavía lleva puesto el pijama; unos pantalones cortos y una camiseta que se levanta un poco cuando se estira.

La imito y, al cabo de unos segundos, los dos estamos en su sala de estar. O eso quiero creer que hay debajo del desastre.

—Vaya —se me escapa.

Hay cajas, ropa, envoltorios de comida basura, mantas, pelucas...

¿pelucas?

Ella se cruza de brazos y suelta un resoplido.

—Ha debido de ser tu gato y, de todas formas, no estás aquí para juzgar. Encuéntralo y vete.

Vuelvo a mirar a mi alrededor.

—Eso será si sigue vivo —bromeo, pero a ella no parece hacerle ni pizca de gracia—. ¡Hoki!

Me abro paso a través del desorden mientras ella intenta recoger algunas de las cosas, hasta que Hoki aparece.

En cuanto lo veo me agacho para atraparlo antes de que vuelva a escaparse y maúlla cuando lo alzo entre los brazos. El *tantō* se me mueve un poco y lo recoloco discretamente mientras rezo para que la chica no se dé cuenta. Si se ha asustado de un búho, no quiero ni pensar qué diría al verme con un arma.

Cuando voy hacia la puerta antes de despedirme, tardo dos segundos en caer en que yo tampoco he cogido llaves. Pues nada. A saltar el balcón de nuevo.

Primero me inclino y dejo al gato al otro lado. Luego me vuelvo hacia la chica nueva, que sigue recogiendo. Ha cogido un cubo de basura y está llenándolo con lo que parecen envases de comida rápida.

—¿De verdad has estado alimentándote con esa mierda?

—Te gusta mucho criticar, ¿no? —replica. Tiene una mirada bonita, expresiva y pícara.

—Vengo de una familia de cocineros y me fijo en esas cosas; es deformación profesional, no puedo evitarlo. ¿Cuánto tiempo llevas comiendo porquería enlatada?

—Eh, si no te gusta lo que ves, sabes dónde está el balcón. —Me hace un gesto sutil con el brazo, señalándomelo, pero creo que no espera que yo me dé la vuelta tan rápido. Parece sorprendida.

Yo sonrío. La tiene clara si cree que voy a dejar que muera de hambre.

2

El espejo de agua

ERI

Si vine aquí fue por él, por Kaoru Hanazawa. Tenía un buen plan, un plan sencillo. Llegado el momento dejaría que me vieran con él, que atasen cabos y que lo culparan de lo que me propongo hacer aquí en Kioto.

Lo he investigado a fondo. Junto con él tenía dos candidatos más, chicos buenos con único desliz en su expediente y procedentes de familias sin lazos con el crimen organizado. Todos cumplían los tres mismos requisitos: haber trabajado con ellos, para que sospecharan y poder culparlos de lo que pretendo hacer; que ese trabajo fuera irrelevante, para que los soltaran después de un par de interrogatorios y una paliza al no considerarlos una verdadera amenaza, y, por último... que fueran malas personas, por si no los soltaban después.

Era un plan arriesgado, la persona que eligiese podría sufrir más de lo esperado, y por eso escogí a Kaoru Hanazawa: un chico de 23 años proveniente de Osaka, miembro de una familia tradicional y con un único error sobre sus hombros.

Un error que le costó la vida a un chico.

Por eso, llegado el momento, no me importará que sufra.

Pero el primer contacto con Kaoru Hanazawa no ha sido como yo esperaba.

Había cogido a ese gato para tener una excusa con la que entrar a su piso, solo para conocerlo un poco más antes de pasar a la acción, pero no contaba con que tendría un maldito búho.

¿Quién narices tiene un búho?

Después he perdido el control. El gato se ha escapado de verdad a mi casa y ahora sigo recogiendo el desastre que ha armado.

De pronto, un ruido a mi espalda me sobresalta y me giro justo a tiempo para ver a Kaoru entrando por el balcón.

—¿Qué te crees que estás haciendo?

Por toda respuesta, levanta las manos y me enseña todo lo que lleva encima. Es comida.

—Voy a hacerte el desayuno.

Lo miro de hito en hito mientras se abre paso hasta la cocina, como si estuviera en su casa. Lleva un pantalón de chándal que cae sobre sus caderas con descuido y una camiseta de manga corta arrugada. Estaba durmiendo cuando me he colado en su casa.

—No va en serio —digo escéptica.

—Ya te he dicho que no puedo dejar pasar ciertas cosas. Me sentiré culpable cuando mueras de inanición.

Deja lo que lleva en la encimera de la cocina y se toma la libertad de abrir la puerta del frigorífico.

—¡Eh! —protesto.

—Parece que he hecho bien en traer yo los ingredientes —murmura y carraspea. Tiene la voz un poco raspada y grave.

Lo sigo con la mirada mientras va de un lado de la cocina a otro, buscando sartenes que todavía no he usado y abriendo cajones que aún no he necesitado.

—¿Los platos? —pregunta.

—No lo sé —contesto y me siento un poco avergonzada cuando alza una ceja, pero no deo que se me note. Me cruzo de brazos y lo observo—. ¿Crees que es normal colarse por el balcón para hacerle el desayuno a tu vecina?

—¿Crees que es normal colarse por el balcón para destrozarle la casa a tu vecino? —replica.

Se da la vuelta hacia mí y me dedica una mirada divertida desde arriba. Es alto, bastante más que yo. También es delgado, pero no de una delgadez blanda, sino fibrosa. Las formas de su abdomen se aprecian bajo la camiseta, y parece estar en forma. Vale, puede que esté bueno. Muy bueno. Con esos tatuajes que asoman bajo la manga de su brazo izquierdo y esa sonrisilla canalla que enseña cuando cree que ha ganado una batalla, consigue un aire de tipo duro muy logrado, y a mí siempre me han gustado los chicos malos.

Ese fue uno de los motivos que casi me hizo descartar la idea de venir aquí. No quería que nada me distrajerse, pero al final decidí que podía, y debía, ser profesional.

Sin embargo, las cosas se han precipitado. Se suponía que yo tenía que acercarme a él y no al revés. Casi me lo está poniendo demasiado fácil.

—No sé si todo esto me hace mucha gracia...

—¿No te gusta el salmón? —inquire.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—¿La sopa de miso te gustará, al menos?

Kaoru tiene una mirada poderosa que no se apreciaba en las fotos que vi al investigarlo. Me di cuenta la primera vez que nos cruzamos en el pasillo y lo vi a la luz del día. Tiene las cejas alargadas y negras, y sus ojos son tan azules como el mar después de una tempestad. Hay algo intenso en esos ojos, algo brillante que encierra una chispa peligrosa. Y sé que debo tener cuidado.

—Está bien. Desayunemos —acabo cediendo. Este no era el plan. No he pensado nada, pero se me da bien improvisar, y ya que se ha presentado la oportunidad, ¿por qué no aprovecharla?—. Pero luego te vas.

—Hecho —admite y una sonrisa ladeada se forma en sus labios.

También son bonitos.

Sin dejar de mirarme, se quita un coiletero de la muñeca y se recoge el pelo en un moño a lo samurái que le queda demasiado bien para ser legal.

No he conseguido ver nada antes de que el búho se volviera loco, pero ahora sé que Kaoru tiene un *tantō*, y si está armado quizá signifique que no ha abandonado del todo su pasado. Eso es bueno, muy bueno. Menos remordimientos, más efectividad.

Lo tengo delante, expectante.

Bien. No pasa nada. Un desayuno, un par de preguntas para tantearlo y cada uno se irá por su lado. Todavía tengo unos días antes de tomar la decisión final.

Me siento a la mesa mientras veo cómo se mueve por la cocina. Tardo dos segundos en darme cuenta de que sabe cocinar mejor que yo, aunque no era difícil. No tengo ni idea de qué está haciendo, pero lo hace rápido, casi como si fueran movimientos mecánicos. Trocea la verdura, la echa a la sartén, le da vueltas en el aire con destreza y se aparta cuando sale una llamarada del fuego.

Si me quema la cocina, el señor Miyano se va a cabrear.

Cuando acaba y empieza a dejar los platos sobre la mesa me inclino un poco para ver si ha

apagado los fuegos. De todas formas, me pongo en pie y los compruebo uno por uno. Luego, confirmo que ha dejado cerrado el frigorífico. Estoy nerviosa y, cuando lo estoy, no puedo evitarlo.

—¿Qué haces? —Se sorprende.

No respondo. No quiero dar explicaciones.

Al ver lo que hay en la mesa, abro un poco los ojos. Vaya. No recuerdo la última vez que desayuné tanto. Es un desayuno tradicional completo; sopa de miso, salmón a la plancha, arroz cocido, estofado de algas, *sunomono* de judías y sésamo, y...

—¿Es *tamagoyaki*?

Kaoru asiente. Debe de leer en mi expresión que me encanta, porque me dedica una sonrisa triunfante y me hace un gesto para que me siente.

El *tamagoyaki* es uno de mis platos preferidos y empiezo por él. Es como una tortilla a la japonesa. Además de los huevos, lleva un poco de azúcar, soja y *mirin*, y creo que Kaoru le ha echado también cebollino. Es uno de los platos que más eché de menos en Moscú.

—¿Te gusta?

—No está mal.

Está delicioso.

—¿Hacía cuánto que no probabas un plato caliente de verdad? —quiere saber.

—No mucho.

Cinco días. Tomé unos fideos en el último tren para volver a Kioto.

Después de eso, todo han sido platos precocinados que a veces sí estaban calientes, y muchos paquetes de comida basura.

Antes de que siga haciendo observaciones sobre mis hábitos alimenticios, decido empezar. Le pregunto algo que ya sé.

—¿Por qué sabes cocinar así de bien, Kaoru?

—Te acuerdas de mi nombre. —Esboza una sonrisa inocente y apoya la cabeza en una mano.

Suspiro. ¿Es que no puede limitarse a responder mis preguntas?

—Claro que me acuerdo.

—Yo no recuerdo el tuyo —contesta, de lo más tranquilo, mientras alarga los palillos y coge una judía para llevársela a la boca.

—Eso es porque no te lo he dado.

—Ah, sí. Puede que sea por eso.

Alza el rostro y sostiene mi mirada.

—Eri.

—¿Eri qué más?

—¿Qué más quieres?

—Tu apellido. Esta comida vale al menos seis o siete de tus apellidos, pero me conformo con el primero.

—Yo no lo veo así —declaro y alargo el brazo para coger el arroz.

Todavía quiero tantearlo un poco más.

Kaoru aparta el bol. Lo miro. Me mira. Y comprendo que este tío va a ser un experto en cabrearme. No importa, tengo mucha paciencia.

—Devuélvemelo —pido, intentando no perder la amabilidad.

—Dime tu apellido —insiste.

Le dedico una sonrisa juguetona, porque no pienso ceder. Olvido el arroz y voy a coger el salmón, pero él me quita los palillos.

—¡Eh! —protesto.

—Eri Eh. ¿Así te llamas?

Contengo un resoplido.

—No seas idiota —mascullo y apoyo las palmas sobre la mesa.

—No soy idiota —replica tranquilo—. Soy Kaoru.

Eso me crispa, pero me recuerdo que debo ser paciente e inspiro lentamente, sin que lo note.

—Kaoru, por favor, ¿serías tan amable de pasarme el salmón?

—Eri, por favor, ¿serías tan amable de decirme tu apellido?

Quiero coger cualquiera de las delicias que hay sobre la mesa para tirársela a la cara. Empiezo a perder el control de la situación y eso no me gusta.

—No es asunto tuyo —contesto, fuera de mis casillas. ¿Cómo ha pasado esto? Soy una experta en mi campo, una artista de la manipulación...

—Te he hecho el desayuno, merezco saber tu apellido.

—No lo mereces.

—Sí que lo merezco —responde con una sonrisa.

—No es verdad. —Llevo toda una vida haciendo esto, dominando cualquier conversación, llevándola por donde quiero...

—Sí que lo es, y puedo pasar así todo el día.

Me rindo. No merece la pena.

—Nakahara —suspiro.

—Eri Nakahara —repite con una sonrisa estúpida, y a mí me entran ganas de estrangularlo.

Kaoru me ofrece los palillos con un poco de salmón.

Si piensa que voy a comer lo que él me dé, va listo. Se los arrebato y yo misma me como el salmón. Por algún motivo, sonrío como si acabase de conseguir una victoria.

Si supiera dónde se ha metido al acercarse a mí, no sonreiría; daría media vuelta y no volvería jamás.

Está atardeciendo cuando salgo de casa y cojo un autobús en dirección a Kinkaku-ji. No bajo en la parada del templo, porque, aunque me dirija allí, tengo algo que hacer antes de llegar. Hay quienes tienen que verme paseando por aquí.

Bajo un par de paradas antes y camino. Paso por delante de una peluquería, de una tienda de comestibles, de varios cafés y restaurantes, e incluso de una escuela. Mi reflejo en el escaparate de una de las tiendas me sorprende un poco y hace que mi corazón se acelere.

Llevo una peluca blanca y la imagen que me devuelve el cristal me perturba un poco. Es demasiado parecida a... No. No voy a pensar en eso.

Cuando llego al templo pago los 400 yenes de la entrada y paso enseguida. No tengo tiempo para ir a admirar el templo. Recorro el recinto hasta que llego al lugar acordado y, una vez allí, no necesito preguntar para saber que el hombre que espera apoyado en una esquina poco concurrida es él, Tamaki Kishio.

Me acerco con prudencia, por si acaso, y observo su apariencia nada discreta. Lleva un lado de la cabeza rapado y el otro teñido de rubio, viste un abrigo verde y unas botas militares que llaman bastante la atención. Su aspecto es un poco desconcertante teniendo en cuenta que su trabajo consiste en pasar inadvertido, y eso hace que me sorprenda aún más por lo bueno que es.

Cuando me ve llegar abre un poco los ojos y me pega un descarado repaso de arriba abajo antes de soltar un silbido.

—Lo mucho que te pareces a ella es asombroso —dice en cuanto me ve—. Sabía que eras buena con los disfraces, pero el maquillaje no consigue esto.

—Es más que maquillaje —respondo, simplemente, y le tiendo la mano—. Kishio, supongo.

—Oh, vamos, Eri. ¿Después de tantos mensajes cifrados y no eres capaz de llamarme por mi nombre?

—Puedo llamarte como quieras, no me importa; lo único que me preocupa es que hayas elegido un lugar tan público. Me van a ver, esa es la idea, y entonces te asociarán conmigo. ¿Estás seguro de que no tendrás problemas cuando quieran saber qué me traía entre manos?

—Les contaré lo que tú me dejes contarles.

—Por un buen precio —adivino.

—Ya hemos hablado de eso, Eri, y está todo acordado. En estos momentos, soy la persona más fiel de todo Japón.

Un brillo astuto se enciende en sus ojos; los dos sabemos por qué. Su lealtad tiene un precio, y ahora mismo yo soy quien más puede ofrecerle.

Estoy a salvo. Por eso acudí a él en busca de ayuda. Tamaki fue mi contacto mientras yo estaba en Moscú. Él recabó la información que de otra forma habría caído en las manos equivocadas, buscó para mí los tres candidatos que cumplían mis requisitos y me informó de la situación de la organización a la que perteneció Yui Hisakawa. También consiguió la identidad de Sayori Irie para mí, para que la usara para esconderme. Es con ese nombre con el que he pagado el alquiler del apartamento en el que me hospedo.

—Espero que cumplas tu palabra.

—No se me ocurriría lo contrario —contesta.

Tiene los ojos grises y un brillo metálico se adivina en su lengua cada vez que abre la boca. Un *piercing*.

—Y bien, Eri, ¿cuál es el siguiente paso?

—Necesito una lista con sus locales, los nombres de los empleados, horarios y movimientos.

No precisa escuchar más para saber a qué me refiero. Asiente. Tarea fácil. Mete las manos en el bolsillo del abrigo.

—Iré a verte cuando lo tenga.

Me despido con un movimiento de cabeza y, antes de que me dé la vuelta, Tamaki vuelve a hablar.

—Y, si necesitas cualquier otro servicio... estaré encantado de ofrecértelo —indica, con una sonrisa ladina y tono libidinoso.

Esta vez, soy yo quien se permite mirarlo con descaro. Lo observo de arriba abajo y le ofrezco una sonrisa sin pudor.

—Te lo agradezco, pero no necesito los servicios de nadie mientras trabajo —contesto.

Él se ríe un poco. Ni siquiera se ha ofendido, pero espero que haya servido para bajarle los humos.

Ahora sí que hemos terminado. Me despido de él y me alejo en dirección al templo. Podría volver al apartamento; ya he hecho lo que tenía que hacer, pero solo había estado una vez aquí, y ya que he venido, me apetece aprovechar. Fue hace años, cuando todavía saltaba de institución en institución. Una vez, nos trajeron a todos los niños de la casa de acogida. Yo tendría unos doce años, así que me tocó cuidar de los pequeños en la excursión y no pude disfrutar como me habría gustado.

Desde aquí, al otro lado del estanque que hay frente al templo, la vista es mucho más impresionante. Leí que se ha incendiado varias veces y que el que hoy se puede ver es una reconstrucción de 1955. El original es muchísimo más antiguo, del siglo XIV.

El agua está repleta de pequeñas islas, piedras y árboles que representan capítulos del budismo

japonés.

A este templo lo llaman el pabellón dorado, porque sus pisos superiores están recubiertos de pan de oro, y su fachada se refleja sobre el Espejo de agua. Parece que hay dos santuarios, el real y el otro, el que está bajo el agua, bajo nosotros; como si hubiera un mundo real y un mundo que no lo es.

A veces se me olvida en cuál de los dos estoy.

Mi reflejo sobre el lago es igual, real e irreal al mismo tiempo. El agua se mueve bajo una suave ondulación y distorsiona mis rasgos. Pero el pelo... la peluca blanca se ve a la perfección y, al cabo de un rato, no me reconozco.

La imagen, mi imagen, me perturba y dejo de mirarla enseguida.

Me centro en el templo, en los pilares de madera de la primera planta, en las paredes doradas de las superiores, el tejado oscuro y la pequeña estatua del fénix. El conjunto es muy hermoso y procuro no volver a bajar la vista para ver mi reflejo.

3

Farolillos de papel

KAORU

El mismo día que desayunamos juntos, volví a ver a Eri Nakahara por la tarde. Tuve que mirarla dos veces para asegurarme de que era ella, porque tenía el pelo completamente blanco. Sé que no se lo tiñó de ese color porque he vuelto a verla alguna noche al otro lado del balcón después de eso y sigue llevándolo negro, así que supongo que era una de las pelucas que vi tiradas por el suelo. Cuando nos encontramos en el balcón, yo fumo y ella se queda mirando las estrellas con las piernas recogidas contra el pecho y la cabeza alzada.

Aquel día, la vi pasar por delante del restaurante donde trabajo, cerca del templo de Kinkaku-ji. Desde entonces, no hemos hablado. No es que no lo haya intentado, pero Eri es... hermética.

Yo, en cambio, soy persistente y no mentí cuando le dije que me sentiría mal si moría de inanición, así que esta noche le he traído la cena del restaurante.

Espero hasta que la oigo llegar a casa y salgo para tocarle la puerta.

No obstante, no me abre. Sé que está ahí, porque la he oído, pero por más que insisto hace oídos sordos. Así que... salto por el balcón.

—¡No te asustes, soy yo! —anuncio.

Eri sale a recibirme en cuanto me oye. No parece muy contenta, pero incluso así su gesto es dulce.

—Traigo la cena —canturreo y termino de saltar al otro lado.

—¿Qué? ¡No! Sal de aquí ahora mismo —protesta.

Pretendo ignorarla, pero se planta delante de la puerta del balcón y cruza los brazos ante el pecho.

—Cenamos aquí fuera, entonces. Me parece estupendo.

—¿No te das cuenta de que si no te he abierto la puerta es por algo?

—Porque tienes muy mal el oído. ¿Y qué es todo ese rollo de la peluca? —pregunto y la señalo con el mentón.

Eri parpadea como si acabara de darse cuenta de que la lleva puesta y se apresura por quitársela.

—Me gustas más de morena —observo.

Ella bufá.

—Kaoru, no quiero ser borde, pero ya tenía planes para la cena.

Intenta sonreír, pero no le sale muy bien. Hasta ahora, casi todas las sonrisas que me ha dedicado han sido como esta: premeditadas y un poco frías.

Echo un vistazo por encima de su hombro. Es cierto, tenía planes.

Hay una bolsa de patatas sobre la mesa.

—No pienso dejar que cenes esa mierda.

Apoyo una mano en su hombro y la insto a que se aparte a un lado.

Parece tan sorprendida que ni siquiera opone resistencia.

Ella me sigue por detrás y acaba cerrando la puerta del balcón. Sin embargo, antes de volver a hablar, transcurren unos segundos en los que duda. Me mira con recelo y temo que vaya a decir que no, pero no lo hace.

—Está bien. Una cena rápida y cada uno a su casa —declara.

No entiendo por qué se resiste tanto a relacionarse con alguien. Por lo que sé, es igual de abierta y encantadora con todo el mundo. Resulta que al señor Miyano le da un poco de miedo. Kana, mi amiga y vecina, sin embargo, jura que es amable, pero todavía no las he visto juntas más de dos minutos. Quizá Eri sea así con todo el mundo: fugaz, inconstante y brutalmente directa.

Saco los envases y Eri va a por platos mientras yo los caliento. Al menos, hoy sabe dónde están las cosas de su cocina.

—¿Por qué no comes nunca algo decente?

—¿Y tú por qué tienes todo esto? —inquire, observando lo que he traído.

—Trabajo en un restaurante. Es bastante irónico.

—¿Qué tiene eso de irónico? —se interesa.

—Escapé de casa porque no quería continuar con el negocio familiar.

Vine aquí con algo de dinero ahorrado para poder estudiar literatura, pero cuando se terminó el dinero me di cuenta de que lo único que sabía hacer era cocinar, así que acabé en un restaurante.

Eri se sienta en la mesa y yo espero que me responda algo borde, pero no lo hace. ¿No será que ver tanta comida junta la relaja?

—Al menos ahora puedes estudiar —murmura.

—A duras penas. No me llega para pagar todas las clases y tengo que trabajar más. Como trabajo, no tengo tiempo para estudiar y suspendo, así que es complicado.

—Pero escapaste.

—Escapé y ahora puedo respirar.

Eri suspira y se queda unos instantes contemplando la comida, pensativa.

—Es *okonomiyaki* —le digo siguiendo la dirección de su mirada.

Es sencillo y bastante rápido. Huevos, harina, verduras, sake, *mirin*...

Creí que le gustaría.

—Lo sé. Hacía mucho que no lo probaba —contesta y se sirve un poco.

En cuanto se lo mete en la boca cierra los ojos y suelta una especie de gemido. No me gusta cocinar, pero por esto merece la pena. Eri Nakahara no parece la clase de chica que suela cerrar los ojos y suspirar muy a menudo.

—¿Me vas a decir qué más tengo que hacerte para oírte ronronear así de nuevo?

Eri abre mucho los ojos mientras aún está comiendo y levanta una ceja. Su expresión pasa de ser relajada a... ¿combativa? Cuando veo cómo deja los palillos sobre la mesa y se cruza de brazos antes de abrir la boca, comprendo de golpe lo que acabo de decirle.

—¡No me refería a eso! —Me entra la risa, aunque lo cierto es que estoy un poco nervioso; solo un poco.

—Pues a mí me parece que te referías exactamente a «eso» —replica con suavidad.

—Te prometo que no estaba pensando en nada parecido —le aseguro preocupado.

Me sostiene la mirada durante unos segundos, parece que está pensando si creerme o no. Al final, una chispa se aloja en sus ojos oscuros y ocurre algo insólito: sonrío de verdad, y yo descubro que ese rostro me gusta aún más que el serio, el que muestra siempre.

—Oh, venga. Te tomaba el pelo. Sé que eres un trozo de pan. Y ya que estamos hablando de eso, este rollito que te traes no te pega nada, ¿sabes?

Vuelve a concentrarse en la comida y se queda tan contenta.

—¿A qué te refieres?

—El pelo largo, los tatuajes, las medias sonrisas... Todo eso está muy bien hasta que abres la boca. Eres un chico formal, Kaoru. Te lo noto —me provoca.

—¿Y en qué lo notas? —quiero saber.

Eri apoya la cabeza en la mano y la ladea un poco para sonreírme.

Contengo el aliento.

—No te pienso decir cómo calo a la gente —responde encantada.

—¿Por qué no?

Ella sacude la cabeza, pero está sonriendo.

Maldita sea. Es preciosa.

—Solo te pido un secreto, nada más.

Ella arquea las cejas y, contra todo pronóstico, acaba cediendo.

Eibisu, dios de la fortuna, debe de estar de mi parte esta noche.

—Cuando intentas decir alguna maldad, se te sube la comisura izquierda de la boca.

—Eso no es verdad —protesto, aunque no voy a negar que esté un poco impresionado.

—Claro que lo es. —Se ríe—. No eres capaz de decir nada indecente, porque eres un buen chico y no te sientes cómodo. Lo entiendo. ¿De dónde eres? No me digas más. Osaka.

Me dedica una mirada perspicaz y alza un poco las cejas. Me cabrea que haya acertado, pero no le doy el gusto de dejar que se me note.

—¿Dices que no soy capaz de decir canalladas? Eso suena a reto.

—¡No, por favor! Ni se te ocurra —bromea traviesa.

Creo que intenta aguantarse la risa, y a mí me encanta, aunque eso no impide que me moleste que me subestime de esta forma. Yo también intento contener la risa cuando hablo.

—Si quieres podemos ir a la habitación y te demuestro que sí sé decir, y sobre todo hacer, un par de canalladas.

Silencio. En cuanto lo suelto empiezan a arderme las mejillas, y yo odio que tenga un poco de razón. La verdad es que esto no se me da nada bien.

Eri no dice nada y su expresión se mantiene impassible. ¿Me habré pasado? Claro que me he pasado. Esas cosas no se dicen, y menos después de haberme colado por su balcón. Seguro que piensa que...

De pronto, rompe a reír como una loca.

Si Eibisu me concediera un deseo ahora mismo, desearía poder atesorar el sonido de su risa para siempre. He leído muchos poemas que comparan la risa con un río, con las olas, el mar... La suya suena a estrellas, a farolillos de papel y a una mañana perezosa entre las sábanas.

—Pareces un cachorrito que intenta disfrazarse de algo más grande y peligroso —comenta, con completa impunidad—. ¿Has visto esos vídeos de gatitos con melenas de león?

—Ya. Muy graciosa —contesto.

—De verdad. Eres adorable. No me has contestado, ¿de dónde eres?

Me resisto a hacerlo y me planteo la posibilidad de mentir solo por llevarle la contraria, pero decido contar la verdad.

—Osaka no es solo un lugar con familias ejemplares y tradiciones ancestrales.

—Oh, no. También hay gatitos aterradores.

Me muerdo los labios.

—No te atrevas a...

—Gatito —contesta sin pensarlo y me saca de quicio lo mucho que la divierte.

Baja la mirada, pero solo para seguir cenando. Cuando vuelve a levantarla y me observa, sus

ojos parecen retarme: «Vamos, di algo más».

Podría callarme, hacerle olvidar el tema y aprovechar que parece contenta para preguntar por ella, por su vida, pero su risa también podría sonar a algo «normal» y, sin embargo, es una anomalía hermosísima.

Decido que va a ser una noche divertida.

—Hablando de animales... ¿cómo se le llama a alguien que se asusta como un bebé de un búho inofensivo?

Ella se muerde el labio. Yo sonrío.

Es en ese instante cuando alguien llama a la puerta.

Los dos nos levantamos del asiento al mismo tiempo y nos miramos.

Sé por qué me he asustado yo. Me pregunto por qué se habrá sobresaltado ella.

—Traigo un paquete para Nakahara. —Una voz masculina, con cierto tono burlón, se oye al otro lado.

Eri se pone en pie con rapidez y se apresura a abrir la puerta.

Al otro lado hay un tío con unas pintas muy raras: un peinado llamativo, un jersey con demasiados agujeros y unas botas militares que parecen pesadas. Tiene las manos en los bolsillos y no necesita la invitación de Eri para pasar con indulgencia.

—¿Vienes solo? —pregunta ella bajando el tono de voz.

Vaya, parece que lo conoce.

—Claro que sí. ¿Por quién me tomas? —replica el otro, como si esa pregunta lo hubiera ofendido.

Mira en derredor y, después, fija sus ojos en mí. Su comisura derecha se eleva un poco.

—Veo que ya tenías compañía.

—Tamaki Kishio, este es Kaoru. Kaoru, este es Tamaki. —Eri tiene que presentarnos ante el largo silencio que se instaura en la habitación, y ambos nos acercamos al otro para tendernos la mano.

Cuando me devuelve el apretón, siento su mirada inquisidora juzgándome y tengo la sensación de que el apretón dura más de lo estrictamente necesario.

—Tamaki, ¿has venido a traerme algo? —interviene Eri, prudente.

—Sí, aunque esperaba charlar contigo un rato antes de irme; tal vez durante la cena.

El recién llegado mira en dirección a la mesa, donde hay un despliegue de delicias culinarias, y Eri le hace un gesto con la mano.

—Acompáñanos, por favor —murmura, tengo la sensación de que con demasiada reverencia. Después, me mira a mí—. Si Kaoru no tiene inconveniente, claro; al fin y al cabo, es su comida.

—Por supuesto —concedo y recibo una sonrisa por parte de Kishio, que me palmea la espalda antes de ir a sentarse.

Todavía no tengo una razón válida para pensar eso, pero no me gusta este tío.

Los tres volvemos a tomar asiento y, a partir de ahora, el tono de la velada cambia absolutamente en todo. No sabría explicar por qué, pero Eri parece más fría, más distante.

—Kaoru, ¿de qué os conocéis? —quiere saber Tamaki—. Eri no me ha hablado de ti.

Acompañado de esa sonrisa astuta, siento ese comentario como un golpe bajo y decido devolvérselo, sonrisa incluida.

—Somos vecinos, y a mí tampoco me ha hablado de ti.

Se hace el silencio. Este tío sigue sonriendo de una forma que me transmite cierta intranquilidad difícil de explicar. Después, se vuelve hacia Eri.

—Supongo que te adaptas bien a la ciudad, pero si necesitas cualquier otra cosa, además del

motivo que me ha traído hoy aquí, estaré encantado de ayudarte.

Ella parece tensa cuando responde con un asentimiento mudo.

Las preguntas van y vienen. Tamaki habla mucho, y Eri, muy poco, y yo cada vez estoy más convencido de que esa tensión que parece transmitirle es lo que me cabrea de él, pero no lo sé. Apenas lo conozco.

Un rato después, alguien más llama a la puerta, esta vez con tres sonoros golpes.

Antes de que mi mente empiece a trabajar a toda potencia y me presente mil escenarios en los que alguien que no debería estar aquí me encuentra, la voz de Kana se escucha al otro lado.

—¡Kaoru! ¿Estás ahí?

Vuelve a aporrear la puerta.

Durante un segundo veo un reflejo de lo que siento en el rostro de Eri, que abandona la tensión para dirigirse a la puerta y abrirla.

Cuando se echa a un lado, Kana pasa como un torbellino.

—Tenemos un problema —dice atropelladamente, sin reparar siquiera en ninguno de los presentes—. Senri me ha dicho que estarías aquí.

—Cálmate. ¿Qué ha pasado?

Me levanto y voy hasta ella. Kana se vuelve de pronto hacia Eri y le tiende la mano.

—Hola, Eri. Perdona por irrumpir así en tu casa, te prometo que no suelo hacerlo.

Es más bajita que ella y no podrían ser más diferentes, por dentro y por fuera. Tiene el pelo corto y rubio, por encima de la barbilla, y solo por sus gestos ya se aprecia que son polos opuestos. Kana es alegre, inquieta y derrocha vitalidad; Eri es más seria, templada y contiene toda su energía en el interior. Porque sé que la tiene, sé que hay fuerza dentro de ella, y me pregunto por qué se esfuerza tanto por esconderla.

—No te preocupes —responde Eri.

—Y supongo que tú serás amigo suyo —murmura Kana, en dirección a Tamaki—. Encantada de conocerte.

Nadie se molesta en presentarlos, pero da la sensación de que eso no importa. Kana parece muy apurada.

Por fin se vuelve hacia mí y suspira con fuerza.

—Ha vuelto a pasar.

—¿Kyō? —inquiero.

Ella asiente con gesto grave. Parece molesta, enfadada, y no necesito preguntar más para saber a qué se refiere.

Kyō también vive en este piso, a mi derecha; de hecho, fue él quien me enseñó estos apartamentos y también me presentó a Kana y a Senri, pero por cosas de la vida ahora tengo más relación con los gemelos que con el que empezó siendo mi amigo.

Quizá sea por la droga.

Kyō es adicto, el hermano de Kana está loco por él y por eso a ella no le gusta. Teme que hiera a Senri.

—Déjame que coja las llaves —le digo y me dirijo después a Eri—. Siento dejarte con todo esto aquí, pero tengo que marcharme.

Con «todo», no solo me refiero a la comida. Echo un vistazo rápido a Tamaki.

—No pasa nada. ¿Necesitáis ayuda? —vacila mirando a Kana.

—No. Siento haberos estropeado la cena —murmura ella, echando un rápido vistazo a nuestra espalda—. Os compensaremos con una cena en casa cuando las cosas se calmen, ¿de acuerdo?

No le da tiempo a responder, pero aun así no sé si Eri lo habría hecho.

Algo me dice que la idea de cenar con más gente no le hace mucha gracia; ni siquiera le hace gracia cenar conmigo a solas.

Pero no hay tiempo para pensar en eso. Vuelvo a saltar el balcón, porque sigo sin traerme las llaves, cojo un abrigo y salgo al encuentro de Kana. No me gusta haber dejado a Eri ahí dentro con Kishio, hay algo en él que me da mala espina, pero no podía quedarme, mis amigos me necesitan.

Kyō y Senri están en el piso de al lado; Kyō tirado en el sofá, apenas consciente, y Senri a su lado, con los ojos llorosos y el gesto contraído en una mueca de dolor.

Hacía mucho que no pasaba esto, y la caída habrá debido de ser dura para él.

No nos entretenemos mucho. Bajamos a Kyō por las escaleras como podemos, lo metemos en mi coche.

4

Demasiado cerca

ERI

A veces, siento que caigo al vacío.

No son pesadillas, porque me pasa cuando estoy despierta. Las pesadillas serían más fáciles. Es difícil de explicar. Puedo estar paseando, hablando con alguien o viendo una película y, de pronto, un pensamiento intruso se cuelga en mi mente: «¿Y si me cayera de un sitio muy, muy alto?». No hay motivos para pensar así, nada que me haga imaginarlo.

Ocurre y punto.

En mi mente me he caído de mil sitios distintos, de mil formas diferentes: de un puente, de una ventana, del balcón... Incluso una vez pensé que el suelo podría abrirse bajo mis pies y acabaría sepultada en algún lugar del centro de la Tierra.

No sé por qué pienso en esas cosas; intento no hacerlo, pero casi siempre es inevitable, igual que ahora. Voy camino de un encuentro.

Algunos me miran al pasar a su lado; se fijan en mi pelo blanco y yo finjo que me da igual. Mientras, intento no visualizar cómo caigo al vacío y muero.

Un hombre de mediana edad me abre la puerta del apartamento que visito. Es un quinto y la casa de al lado está tan cerca que podría llegar de un salto (a no ser que cayera al vacío).

Cuando me enseña el lugar yo finjo que me interesa y le digo que sí, que me lo quedo. Lo he elegido cuidadosamente y no tengo nada que pensar. En cuanto habla del contrato y de la forma de pago, abro mi bolso y deposito una cantidad ridícula de dinero en sus manos.

«Me gusta el silencio», le digo, y él no hace más preguntas para entender.

Firmo con el nombre de Yui, cojo la llave y vuelvo a mi verdadero apartamento antes de que anochezca.

He tomado una decisión. Me quedaré aquí. Desde aquí llevaré a cabo mi plan y Kaoru será parte de él.

Anoche Tamaki volvió a presentarse en casa con el resto de la información que le pedí. Aquella vez que interrumpió mi cena con Kaoru no me entregó todo lo que necesitaba, pero es bueno haciendo su trabajo, y ayer volvió con lo que faltaba.

Los dos trasnochamos recopilando información, atando cabos y tomando decisiones sobre los lugares en los que haré mis próximos movimientos. Cuando acabamos, Tamaki me pidió permiso para pasar la noche en mi sofá. Creo que pensaba que en realidad acabaría en mi cama, pero he sido del todo clara en ese tema. A la primera insinuación lo detuve, y ahora Tamaki sigue en el sofá, dormido. Si no despierta en un rato, yo misma lo haré para que se largue pronto.

Todavía no ha amanecido del todo cuando me envuelvo en el edredón y salgo al balcón. La mañana es fría; la brisa, suave.

Enseguida me doy cuenta de que no estoy sola aquí fuera. Ni siquiera hace ningún ruido, pero por algún motivo siento que está aquí. Lo noto.

Me dejo caer en una pequeña mecedora y me hago un ovillo antes de mirar hacia la derecha. Él

ya está observándome.

—Buenos días.

—Hola, gatito —respondo.

Kaoru está a punto de protestar, pero decide no hacerlo; quizá sea porque practica yoga y eso le da paciencia. Lo del mote fue improvisado, no fue parte de una manipulación. Es cierto lo que le dije, que cuando abre la boca toda su aura de chico malo desaparece, y eso me inquieta.

Anoche también repasé su expediente con Tamaki, pero no encontré nada nuevo, nada que no supiera ya. Prefiero que sea malo, porque herir a alguien que lo merece es más fácil que a alguien que no. Ahora ya no las tengo todas conmigo: su amabilidad, su preocupación por que coma bien, el cuidar de su amigo...

No me está poniendo las cosas fáciles.

No hablo con él desde que tuvo que llevar a Kyō al hospital. También lo sabía; sabía que estaba relacionado de alguna forma con él y que su amigo tenía problemas con las drogas. Lo que no tenía tan claro era si Kaoru también tenía algún problema, pero su único vicio parece el tabaco.

Lleva pantalón de chándal y una camiseta de manga larga un poco ceñida que se le levanta cada vez que estira los brazos y deja al descubierto una franja de su abdomen. Tiene parte del pelo recogido en un moño a lo samurái y está descalzo.

—Hoy te levantas temprano —comenta.

—Y tú. ¿Siempre haces yoga?

—Cuando puedo.

No dice nada más y, dada su tendencia a hablar sin parar, no puedo evitar sorprenderme; sin embargo, yo tampoco hablo. Me quedo en mi sitio y lo observo mientras se estira, flexiona las piernas y hace posturas imposibles.

Entre tanto, Hoki parece interesarse también por lo que hace su dueño y sale al balcón a molestarlo. Se pasea entre sus piernas un rato y acaba pasando al otro lado entre los barrotes para subirse a la mecedora conmigo y acomodarse en mi regazo. Los dos nos quedamos mirando a Kaoru hasta que el sol sale por completo y la mañana se lleva algo del frío de la noche.

Parece que ha acabado cuando se acerca hasta la barandilla y salta al otro lado sin miramientos. Se apoya en ella.

—¿Quieres pasar a desayunar? —pregunta, tan amable como siempre.

—No, gracias. Tengo mi propio desayuno.

Aunque la expectativa de dejar que cocine para mí es mucho más tentadora que la de prepararme un té, tengo un invitado indeseado en el sofá que podría despertarse en cualquier momento.

—Dudo que lo que vayas a comer sea un desayuno —replica y lo veo introducir la mano en el bolsillo de sus pantalones para sacar una cajetilla de cigarrillos. Se enciende uno.

—¿Cómo puedes llevar una vida tan sana y fumar al mismo tiempo?

No lo entiendo.

—Solo uno o dos al día. Lo estoy dejando.

—¿Desde hace cuánto?

Kaoru se queda a medio camino de dar una calada y entrecierra un poco los ojos azules. Lo he pillado.

—Acabaré dejándolo —responde solamente—. De momento, necesito esto. Al menos una vez al día. ¿Qué planes tienes para hoy? —inquire de pronto.

Le da una calada larga y se pasa la lengua por los labios en un gesto que hace que algo se deslice por mi espalda. ¿Eso ha sido muy sexi o me lo ha parecido a mí?

—¿Te apetece cenar conmigo esta noche? —pregunta.

—¿Esta vez pides permiso antes de entrar por el balcón?

Tengo que alejarlo un poco, apartarlo hasta que llegue el momento en el que él entre en juego. Las traiciones duelen más cuando vienen de alguien en quien confías... aunque eso no debería preocuparme.

—No me refiero a eso. —Hace un gesto hacia fuera, hacia la calle—. Te estoy preguntando si quieres cenar por ahí. No eres de Kioto, ¿verdad? Puedo enseñarte la ciudad.

—Nací aquí —contesto.

—Entonces puedes enseñármela tú a mí.

Sonríe y es una sonrisa genuina, una de las más sinceras que he visto nunca. Eso me hace flaquear un instante. Por un momento me veo aceptando. Me permito imaginar que solo somos un chico y una chica que hablan a través de un balcón, que yo creo en el amor y que mi mayor preocupación es llegar a fin de mes y aprobar mis exámenes. Imagino que no estoy acercándome a él para utilizarlo ni pretendo ganarme su confianza para destrozarlo después.

La fantasía es breve.

—Eri tiene planes —contesta una voz a mi espalda.

Tamaki ha decidido levantarse por fin. Tiene el pelo rubio revuelto y unas ojeras que son testigo de nuestra noche en vela trabajando. Noto la forma en la que mira a Kaoru, la sonrisa canalla que le dedica, y, aunque sea verdad que esta noche tengo que seguir trabajando, no me gusta por qué se lo ha dicho.

Este tipo de comportamientos posesivos me ponen enferma.

—Creo que eso lo decidiré yo —respondo tajante.

En presencia de Tamaki no me permito ser dulce o amable, ni siquiera con Kaoru. Tiene que entender que lo he contratado para hacer un trabajo y que puedo destruirlo si así lo quiero. Necesito respeto.

—Creí que anoche hicimos un trato —replica y da dos pasos perezosos hacia mí.

También soy consciente de que ha elegido las palabras cuidadosamente para que Kaoru las escuche, y a mí no me gusta nada lo que pretende.

—Será mejor que vuelvas dentro, Kishio —le hago saber, asegurándome de que entiende que es una advertencia.

Él, no obstante, no se siente amenazado y se acerca aún más a mí, haciendo que Hoki se inquiete y salte de mi regazo en dirección a su casa.

—Oh, vamos. Esta noche ha sido... productiva.

Alza una mano en dirección a mi rostro, a mi frente, y se toma la libertad de retirar un mechón de pelo de ella.

No lo puedo creer.

La ira surge en el fondo de mi pecho. Estoy a punto de apartar su mano de un manotazo, ponerme en pie y hacerle entender por las malas que no tolero estas faltas de respeto. Sin embargo, no llego a hacerlo.

Kaoru cruza el balcón en dos largas zancadas y, antes de que pueda darme cuenta, le aparta la mano de mi rostro con violencia.

También hay ira en sus ojos, una fuerza contenida que amenaza con romper en cualquier instante las cadenas que la apresan. Ahí está. Quizá sea eso lo que estaba buscando, la parte de Kaoru que cometió aquel error hace años y que no me importará en absoluto traicionar.

—Te ha dicho que te largues —le espeta muy cerca del rostro.

Yo no aguanto más.

Me pongo en pie, los empujo a los dos y me dirijo primero a Kaoru, lo más calmada que soy capaz.

—Mi lucha, no la tuya —le digo. Luego me vuelvo hacia Tamaki—. Recoge tus cosas y márchate. Te llamaré cuando te necesite.

—Si no nos vemos hoy quizá otro día no pueda...

Él vacila. Parece sorprendido. No me conviene estar a malas con él, pero tampoco puedo dejar que me crea débil, así que reafirmo mi postura.

—Te llamaré cuando lo necesite.

Él asiente. Esta vez no replica. No hay ni rastro de humor en su rostro y decide volver dentro antes de dedicarle una última mirada a Kaoru que me pone enferma. Ninguno de los dos dice nada mientras Tamaki recoge sus cosas y vemos cómo se marcha de casa.

Cuando estamos completamente solos, empiezo a ser consciente de la tensión que de pronto ha surgido entre los dos.

Kaoru vuelve atrás, hasta apoyarse en la barandilla, y le da una calada a su pitillo. Está incómodo.

—Siento lo que ha pasado —dice de pronto.

—No ha sido culpa tuya —contesto.

Me doy cuenta de que mi tono de voz sigue siendo duro, y cierro los ojos unos instantes para deshacerme de la rabia.

—Tenías razón, no debería haber intervenido. Ha sido territorial y ha estado fuera de lugar. Solo quería ayudar, pero primero debería haber preguntado si necesitabas mi ayuda.

No puedo evitar sorprenderme. Por fin había hecho algo que había dejado traslucir al Kaoru Hanazawa que elegí para mi plan, y ahora se disculpa por ello. Suspiro. Es frustrante, porque todo sería mucho más fácil si simplemente fuera un capullo, pero lo que ha dicho sirve para que me ablande un poco.

—Eso es muy maduro —respondo—. Sé que lo hacías con buena intención, así que no te preocupes, está olvidado.

De nuevo, vuelve a hacerse el silencio, pero esta vez no es tan pesado como el anterior. Es un silencio distinto, en el que ambos nos evaluamos.

—No es... asunto mío —murmura Kaoru—, pero si tu trabajo implica ver a muchos tíos como Kishio... quizá te sentirías más segura conociendo un par de técnicas de defensa personal.

Levanto una ceja. Me pregunto qué clase de trabajo imagina que tengo. Además, no va a enseñarme nada que yo no sepa, pero sé ver una buena oportunidad cuando se me presenta, y esta lo es.

No importan mis dudas. Elegí a Kaoru por un motivo y no debo flaquear. Mi cometido ahora es manipularlo, seducirlo con una ilusión y dejar que confíe en mí, que quiera estar cerca de mí.

Procuro cambiar mi expresión por una más dulce.

—¿Tú me enseñarías?

—Cuando quieras.

Es mi momento. Dejo el edredón en la mecedora y me quedo en pijama, pantalones cortos y una camiseta de tirantes que hace que me dé un escalofrío. Me acerco a él y le dedico una sonrisa.

—¿Por qué no ahora? —propongo.

—Está bien —responde, un poco sorprendido, y apaga el pitillo que se estaba fumando antes de aproximarse hasta donde estoy—. Ponme las manos en el cuello.

Aunque sé qué técnica me va a enseñar, obedezco. Pretendo aprovechar el tacto, la proximidad y el poder del contacto visual a mi favor, así que me acerco hasta que solo quedan un par de

palmas entre nosotros y lo agarro del cuello. A esta distancia, me llega su aroma, su olor a lluvia y a madera, y puedo ver cada una de las imperfecciones en el azul de sus ojos; tiene pequeñas motas más oscuras alrededor de la pupila que los hacen aún más hermosos.

¿Estará él también fijándose en mis ojos? No. Creo que no. Está mirando más abajo, a mi boca, a mis labios. Se supone que esto es lo que esperaba que pasase, pero no puedo evitar impacientarme un poco.

—¿Esto es todo? —lo provoco.

Kaoru sacude la cabeza y se muerde los labios. ¿Cómo puede ser tan transparente?

—Perdona. Estaba pensando. Tienes que subir así el brazo, con el codo en un ángulo de cuarenta y cinco grados, y girar todo el cuerpo. Así.

Lo demuestra despacio, pero con suficiente fuerza como para hacerme soltarlo.

—Ahora inténtalo.

Esta vez es él quien me pone las manos sobre los hombros, en el nacimiento del cuello, y el contacto con mi piel hace que me estremezca.

Deseo que no lo haya notado, porque no me conviene. El que tiene que estar nervioso es él, no yo.

Lo hago con rapidez, para recuperar el aliento cuanto antes. Levanto el brazo, giro y me libro con un movimiento perfecto. Jamás he tenido que emplear ninguna de estas técnicas de verdad, pero una aprende un par de trucos cuando ha trabajado cuatro años para Ekaterina Kozlov.

—Vaya. Aprendes rápido —observa dando un paso atrás.

Quizá tenga razón, quizá eso haya sido demasiado rápido. Me recuerdo para qué he aceptado esto y decido coger aire y concienciarme.

Tengo que tener cuidado para que no note que ya sé hacer todo esto y, probablemente, más.

—Vamos a probar otra cosa. Date la vuelta.

Obedezco y me giro. Entonces, siento su pecho contra mi espalda, sus brazos rodeándome y su respiración junto a mi oído.

Está demasiado cerca.

—Lo primero que tienes que hacer —susurra— es pasar la pierna entre las mías. Debes impedir que con este agarre pueda levantarte del suelo.

Sé a qué se refiere, pero fallo la primera vez a propósito y él consigue alzarme. No me gusta esta... postura, pero procuro aguantar.

—Otra.

Finjo dificultad, pero acabo haciéndolo.

—Ahora tienes que agacharte e intentar tocar el suelo con las manos.

Me muerdo los labios. De todas las técnicas que había ha elegido la que más nerviosa podría ponerme ahora, pero me recuerdo cuál es mi papel en esta función y obedezco.

Técnica tras técnica, llave tras llave, finjo que aprendo con él. En algún momento de la sesión, pierdo de vista mi objetivo... más de una vez.

Después del azoramiento del inicio, Kaoru ha estado de lo más serio. Es difícil recordar que esto lo hago para tener una excusa para acercarme a él cuando esa proximidad me inquieta tanto, y me cabrea muchísimo que él parezca tan tranquilo. Se supone que debería ser al revés.

Cuando intenta enseñarme otra de sus llaves, yo ya tengo los sentimientos a flor de piel y cada roce es intenso. Apoya una mano en mi hombro y su rostro queda peligrosamente cerca del mío cuando se inclina hacia mí.

Mi corazón empieza a latir sin ninguna razón aparente. Mi piel arde allí donde él la está tocando. Demasiado cerca, demasiado...

No tengo tiempo de pensar en lo que hago. Mi cuerpo reacciona solo.

Con una mano sostengo su muñeca, con otra tiro de su codo hacia abajo, me muevo y lo muevo a él conmigo, pego un fuerte tirón y, cuando quiero darme cuenta, Kaoru está en el suelo con los ojos muy abiertos, las cejas arqueadas y una expresión... dolorida.

Me recompongo enseguida.

—¡Lo siento mucho! No sé qué ha pasado.

—Vaya, cualquiera diría que sí sabes lo que ha pasado. —Se ríe un poco y se frota la espalda.

—De verdad que no lo he hecho a propósito. Ha pasado... solo —tanteo.

Kaoru no las tiene todas consigo, pero acepta mi mano cuando se la tiendo para ayudarlo a ponerse en pie. En cuanto lo hace, se frota la zona lumbar y se queja un poco.

Mierda. Si quería ser encantadora, creo que haberle dado una paliza no ayuda.

—Creo que será suficiente por hoy —sentencia conservando todavía una pizca de humor.

—Perdóname —le digo acercándome a él. Cuando apoyo una mano en su brazo, se me ocurre algo—. Sé dar masajes; si quieres, puedo evitar que esto siga doliéndote mañana.

Kaoru duda y me preguntó por qué. Sin embargo, responde con una dulce sonrisa y asiente.

—Claro. Te lo agradezco.

—¿Quieres pasar?

De nuevo, vuelve a vacilar, pero mira por encima de mi hombro y echa a andar en dirección a mi apartamento.

5

Solo es una chica

KAORU

Intento que no se me note, pero estoy nervioso.

Eri me conduce hasta su cuarto y me ofrece tumbarme en la cama.

—Si te sientes más cómodo puedo hacerla antes —dice cuando me ve plantado frente a las sábanas revueltas y el edredón que ha traído del balcón.

No estoy dudando precisamente por eso, así que intento serenarme, me siento en el borde y le dedico una sonrisa que espero que no sea tan idiota como me lo ha parecido a mí.

—Quítate la camiseta.

Lo hago sin pensar demasiado y luego me descalzo para no manchar.

Cuando me tumbo y siento que ella se acerca, me inquieto.

Se pone a horcajadas sobre mí, pero sin llegar a apoyarse, y noto sus manos sobre mis hombros.

—Estás muy tenso —comenta bajito.

Ya lo creo que lo estoy.

—A lo mejor es porque alguien me ha tirado al suelo con una llave

—contraataco.

Eri se queda callada y a mí me entra la risa. Me relajo un poco.

—Puedes apoyarte —le hago saber.

—También puedo no hacerlo —responde resuelta.

Empieza a masajear la zona lumbar, donde me duele, y el contraste entre el dolor y el alivio es demasiado placentero como para no dejar escapar un quejido. Eri se detiene un instante cuando lo oye, pero continúa enseguida.

—Dime, ¿cómo aprendiste esas técnicas? —quiere saber.

Me muevo un poco. ¿Hasta dónde podría contarle sin asustarla?

—Aprendí que la mejor forma de ganar las peleas es saber cómo evitarlas.

—¿Te has peleado mucho, Kaoru? —murmura, apenas en un susurro, mientras continúa masajeando.

Lo cierto es que da unos masajes increíbles.

—No demasiado, pero todos hemos tenido épocas más rebeldes que otras.

—¿Cómo de rebeldes? —insiste.

Se me ocurre algo.

—Antes Kishio ha interrumpido una conversación. Te invito a cenar y te lo cuento.

Recibo una risa suave como respuesta.

—Hoy no, Kaoru.

Recuerdo que hoy tenía planes con Kishio y eso me molesta más de lo que me gustaría. No me importaría si fuera un buen tío, pero Eri parece tensa cada vez que está cerca, y hoy ha dejado bastante claro por su comportamiento que solo es un patán con complejo de machito alfa.

—¿Qué le ves? —pregunto sin poder contenerme.

—¿A quién? —responde, pero algo me dice que solo se hace la tonta.

—A Kishio. ¿Qué tiene él que no tenga cualquier otro? —Sus manos se detienen sobre mis hombros—. Entiendo lo que puedes buscar en él, pero no es nada que no pueda darte cualquier otra persona que no sea tan imbécil.

Escucho un suspiro.

—No tenemos nada romántico.

—Lo sé.

—Tampoco nada físico —añade de lo más tranquila.

Eso sí que no me lo esperaba. Me muero por preguntar qué hacía él entonces aquí tan temprano, pero no es asunto mío, así que me contengo.

Solo me queda creerla o no, y en realidad no debería importarme. Pero me importa. Mierda. Me importa mucho.

—Entonces, si hoy no puedes, ¿cenamos mañana?

—Tampoco puedo.

No soy capaz de evitarlo. Me doy la vuelta, con ella aún encima, desequilibrándola y haciendo que tenga que apoyarse en mi pecho.

Parece sorprendida, yo también lo estoy, pero antes de tener tiempo de pensar en las desventajas de esta postura, la agarro de las muñecas con suavidad y pregunto.

—¿Por qué?

Ella duda. Se muerde los labios y mira a otro lado.

—Porque no es el momento.

—¿Y cuándo lo será?

Se mueve, y siento ese movimiento en cada centímetro de mi cuerpo.

Se me sube el corazón a la boca, bombeando sangre a toda potencia, y empiezo a ser consciente de cada fragmento de piel que está rozando la suya. Está a horcajadas sobre mí, sonrojada, y ahora mismo es difícil concentrarse para no ruborizarse también. No quiero que vuelva a llamarme «gatito», pero empiezo a pensar que haberme girado podría tener consecuencias catastróficas, así que suelto sus manos y ella reacciona echándose hacia atrás y levantándose con gracia.

Al menos, no soy el único que lo ha notado.

Yo también me pongo de pie, azorado, preguntándome qué narices acaba de pasar y deseando que mi corazón vuelva a latir a un ritmo normal.

Solo es una chica, por todos los dioses.

6

Kitsune

ERI

Kaoru se pone la camiseta con demasiada rapidez. Sería difícil decir cuál de los dos se siente más incómodo. Me encanta que se haya puesto nervioso, lo tengo justo donde lo quería; la que no está donde debería soy yo. ¿Qué narices estoy haciendo?

Me doy cabezazos mentales mientras esbozo una sonrisa forzada y lo acompaño a la puerta del balcón entre despedidas torpes y más sonrisas extrañas.

Antes de marcharse, sin embargo, Kaoru se detiene junto a la barandilla.

—Entonces...

—Estoy ocupada —le digo antes de que vuelva a hacer otra pregunta que no quiero responder—. Estoy ocupada el resto de la semana.

Soy descaradamente transparente, pero Kaoru me contempla como si tratara de adivinar si miento o no. Si no me cree, no da señales de ello.

—Otro día, entonces —decide, y yo asiento con la cabeza—. Vamos, Hoki —llama al gato, que se había acomodado de nuevo sobre la mecedora, y este salta para seguirlo al interior de su apartamento.

Una parte de mí querría haberle dicho que sí. Es una parte inmadura, insensata e irracional, que también sabe que no me gusta estar sola, pero en el fondo sé que es necesario. Puedo usarlo para mi plan o puedo usarlo para combatir la soledad. Las dos cosas son incompatibles, y dado su pasado, aquel error que cometió... es mejor que lo use para mi plan.

Es lo que merece.

Kaoru me llevará a cenar un día a la ciudad, pero ese día no seré Eri.

Llevaré una peluca blanca y seré Yui Hisakawa.

Esta noche paseo por Tetsugaku no Michi o «camino de la filosofía».

El nombre le viene de un filósofo japonés que solía meditar mientras paseaba en dirección a la universidad de Kioto.

En esta época del año, los cerezos que bordean el estrecho canal de Shishigatani aún no han florecido, pero el paisaje es igual de hermoso.

Es tarde cuando llego al bloque que estoy buscando. Es un barrio tranquilo y las viviendas parecen modestas desde fuera. Estoy segura de que Tamaki Kishio puede costearse algo mejor con lo que le pago.

Cuando llamo al timbre y me recibe al otro lado, su cara es todo un poema.

Lleva unos pantalones de chándal y una sudadera mucho más discreta que las prendas a las que está acostumbrado. El sonido de la televisión se oye de fondo y por las risas que oigo yo diría que no está solo.

—Hola, Tamaki —le digo con voz suave.

—¿Qué haces aquí?

No llevo peluca. Solo soy yo, Eri Nakahara, dando un mensaje.

—He venido a contarte un cuento —murmuro sin alterar el tono de voz ni la expresión—. ¿Sabes lo que es un *kitsune*?

Guarda silencio e inspira con fuerza. Yo le hago un gesto para que responda.

—Es un zorro.

—Pero no un zorro cualquiera —continúo—. Un zorro con cualidades sobrenaturales. ¿Sabes que hay dos clases? Algunos, los *zenko*, sirven al dios Inari; otros, los *yako*, son salvajes y traviosos y, en ocasiones embaucadores.

—¿Qué quie...?

Alzo una mano y él calla al instante. No va a volver a hablar hasta que yo termine.

—Se dice que los *kitsune* adoptan numerosas formas para embaucar a sus víctimas; normalmente formas de mujeres jóvenes y hermosas, porque los engañados son hombres. Hay cientos de leyendas al respecto, pero los *kitsune* suelen portarse bien con las personas que los tratan con respeto y usan sus poderes en su beneficio; pagan los favores y mantienen sus promesas. En casi todos los cuentos atacan solo a samuráis demasiado orgullosos, comerciantes codiciosos y plebeyos pretenciosos. Orgullo, codicia y pretensión. ¿Te suena de algo, Tamaki?

Sé que está confuso y que le cuesta volver a hablar.

—Eri, ¿cómo me has...? ¿Cómo has encontrado este sitio?

Sonrío. Procuero que note que estoy disfrutando con esto.

—Me dedico a esto, Kishio. Soy la que encuentra la pieza que derriba la torre. Tus servicios me ahorran mucho tiempo y me gustaría seguir usándolos, pero es necesario que comprendas que son prescindibles.

Estoy completamente seria cuando hablo. No dudo ni un instante y no dejo que piense que estoy bromeando.

Él asiente. Está un poco lívido.

—Comprendo.

—Confío en que de ahora en adelante me muestres el respeto que merezco.

Aprieta la mandíbula, pero es un hombre inteligente; sabe cuándo ha perdido la partida y sus cartas ya no valen.

—Entendido.

Mantiene la puerta entornada, quizá para que no vea quiénes están dentro. Kishio también tiene personas por las que se preocupa, amigos tal vez. Es humano, al fin y al cabo. Por eso los vínculos emocionales son tan peligrosos en este trabajo.

—Nos veremos mañana por la noche para acabar el trabajo. Vendré aquí.

Abre la boca para replicar, pero parece reconsiderarlo y acaba diciendo que sí con un movimiento sutil de la cabeza.

Me despido con una media sonrisa, pero antes de marcharme le doy un último aviso.

—He tardado menos de veinticuatro horas en encontrarte. Ahora que los dos sabemos secretos del otro, creo que es mejor que seamos buenos amigos.

—Los mejores —contesta.

No necesito decirle nada más. Creo que ha recibido el mensaje. Me alejo de allí y me aseguro de que nadie me sigue.

Encontrarlo no ha sido difícil. Kishio sabe cómo esconderse, pero todo el mundo comete errores al ocultar un rastro, y yo soy experta encontrando esas fisuras. Además, Kishio no es mi único contacto en la ciudad, y por una buena suma de dinero, cualquiera está dispuesto a hablar.

Sin embargo, no me gustaría prescindir de él. Podría conseguir la misma información que él me da a través de cinco contactos diferentes, pero eso quintuplica las probabilidades de que alguien

se vaya de la lengua.

Por su reacción, no creo que sea necesario.

Ahora, debo preparar mis próximos movimientos. Pronto saldré a la calle con Kaoru como Yui, y entonces tendré que estar preparada para abandonar el apartamento de al lado que comparto con él. Después, seguiré mi plan desde otro lugar. Porque por mucho que una parte de mí albergue aún dudas, en el fondo sé que tengo que seguir adelante, incluso si eso supone destruir a Kaoru.

Enero

7

La Torre de Kioto

KAORU

Hoy mi turno acaba más tarde de lo normal. Una familia ha reservado el local para una celebración y he tenido que quedarme durante toda la noche. Esta mañana, además, he hecho dos exámenes que no sé si voy a aprobar. El día ha sido largo y yo estoy agotado y deseando volver a casa para dormir.

Apenas he puesto un pie en la calle cuando, de pronto, una voz conocida me llama.

—Eh, gatito.

Aunque no haya nadie más sobre la faz de la Tierra que se atreva a llamarme así, no espero encontrármela allí cuando me giro, pero ahí está, contra la pared del restaurante, con un abrigo negro y una bufanda rosa sobre la que cae su melena blanca.

Creo que nunca le he visto con su pelo natural fuera del apartamento.

—Eri, ¿qué haces tú aquí?

—¿Sigue en pie la invitación para cenar?

Tengo la sensación de que ha pasado una eternidad desde aquello. Ya hace varias semanas que Eri se mudó, y también ha pasado bastante desde la última vez que hablamos más de dos minutos. He tenido mucho trabajo, mucho que estudiar para los exámenes que acababan hoy, y apenas nos hemos visto por el pasillo y el balcón.

Además, no esperaba que quisiera cenar conmigo de verdad. Usó una de esas frases que se utilizan cuando quieres darle largas a alguien. Por eso también dejé de saltar a su balcón.

—Claro. —Me encojo de hombros—. ¿Quieres que te lleve a algún sitio o...?

—Mejor sígueme tú a mí —contesta, resuelta, y echa a andar sin preocuparse por si la sigo o no.

Cogemos el metro y bajamos cerca del barrio de Shimogyō-ku. En cuanto salimos, las luces de neón nos reciben. El tráfico, los sonidos, los olores... Todo es mucho más intenso que en nuestro barrio. Hay más movimiento, más personas caminando con prisa de un lado a otro. Muchas de las terrazas de los edificios más altos están iluminadas y llenas de personas que toman copas y bailan, a pesar de estar en pleno enero.

También hay locales a pie de calle, bares y *pubs* animados, y cafeterías más discretas.

Eri parece encajar a la perfección en cualquiera de esos lugares. La elegancia, la belleza, la vitalidad... Sin embargo, no nos detenemos en ninguno de ellos. Caminamos hasta llegar a una calle desde la que se ve la Torre de Kioto. Son más de cien metros y una estructura alargada y blanca, que brilla en medio de la noche, rodeada por altos edificios que parecen menudos a su lado.

Allí, Eri se detiene y me dedica una sonrisa.

—¿Te gusta el *takoyaki*? —Me hace un gesto y señala un puestecito ambulante.

—Claro.

No me deja decir nada más. Sale disparada hacia allí después de hacerme un gesto para que espere y al cabo de un rato regresa con una bandeja de *takoyaki* y otra de *mochis*.

Los *takoyakis* son bolitas de pulpo, y estas no están nada mal cocinadas. Los *mochis* son de judías rojas, y aunque para mi gusto estos son demasiados dulces, a Eri parecen encantarle.

Nos hemos sentado en un banco discreto, apartado del bullicio. A nuestro alrededor, todo parece sumido en una quietud irreal. Al otro lado de la acera, todo sigue moviéndose al ritmo acelerado de la ciudad.

Eri no habla demasiado, se limita a responder con frases cortas cuando pregunto, pero escucha atentamente cuando soy yo quien habla.

—¿Qué has estado haciendo estos días? —intento llegar a ella.

—Pasear —contesta.

Le pasa algo. Apenas sé nada de ella. Ni siquiera sé de dónde vino aquella noche que llegó al apartamento o por qué le gusta andar por ahí con una peluca blanca, pero sé que hoy le ocurre algo.

—¿Qué has estado haciendo tú? —pregunta ella, sin apartar la vista del frente, de las luces, los carteles luminosos, los coches y la torre en lo alto.

Hoy está muy pendiente de todo cuanto nos rodea.

—He tenido mucho trabajo —contesto—. ¿Va todo bien? —insisto—. Me ha sorprendido que... bueno, que hayas venido. Creía que no querías cenar conmigo.

—Y no quería —responde tan tranquila.

Espero que diga algo, que lo explique, pero no llega ningún otro comentario. Estupendo.

—Veo que sigues siendo tan brutalmente sincera como siempre.

Eri me mira, solo un segundo, antes de alzar la cabeza y suspirar.

Tiene la bandeja con dulces sobre el regazo y su aliento se escapa en volutas de vaho cada vez que respira.

—Siempre se me ha dado bien estar sola. Nunca había pensado seriamente en ello, porque siempre lo he estado. No... no he tenido otra opción, ¿entiendes? Así que nunca me he quejado, nunca me he imaginado cómo sería no estarlo. Hace poco he entendido algo importante: que seas buena aceptando la soledad no significa que te guste abrazarla.

Tengo tantas preguntas que no sé por dónde empezar. ¿De verdad está tan sola? ¿Qué clase de vida ha llevado para acabar pensando que sí?

En lugar de hacer una pregunta, decido ofrecerle una respuesta.

—Estoy en el balcón de al lado. Siempre.

Es torpe, demasiado simple y mi voz suena más baja de lo que pretendía, pero creo que ella capta el mensaje, porque me dedica una sonrisa y asiente. De pronto se deshace de la peluca blanca. De nuevo, su cabello vuelve a ser oscuro como la noche.

Su sonrisa es un poco vacilante, no le llega a los ojos. Parece culpable por algo, dolida. Hay una tristeza que no logro comprender bajo esos ojos negros.

Pero no pregunto.

8

Un bosque en el que ya no volverá a llover

ERI

Pelo blanco.

Yukata.

Zapatillas deportivas, por si tengo que salir corriendo.

Me miro en el espejo, repaso el plan y cuento hasta diez. Matvey solía hacerlo. Cuando tenía que hacer algo que no quería, algo que lo ponía nervioso o que le daba miedo, se ponía delante de un espejo y contaba hasta diez en voz alta.

He pensado mucho en él durante el último año, cada día desde que tomé la decisión que me ha traído hoy aquí me he acordado de él, pero últimamente pienso en algo concreto, pienso en su alma. No de una forma mística o religiosa, sino moral. ¿Es bueno alguien que sí se ha portado bien contigo pero ha tenido que hacer cosas malas?

Matvey era bueno conmigo. Fue como un hermano para mí, mi protector y confidente. Me rescató de la oscuridad cuando creía que jamás volvería a ver la luz. Sin embargo, durante los tres años que viví a su lado me di cuenta de que muchas veces él era la oscuridad que destruía a otros.

Cada vez me cuesta más conciliar esas dos personas: el hombre que me tendió una mano desde el otro lado del puente y el que quemaba las cuerdas de sujeción.

De todas formas, eso no importa ahora. Tengo que concentrarme, tengo que pensar bien lo que estoy haciendo.

Cuando salgo de casa y ya estoy alejándome, retrocedo sobre mis pasos para comprobar si he cerrado la puerta. No puedo evitarlo.

Justo en ese instante, otro vecino llega a casa, dos puertas más allá de la mía, junto a la de Kaoru. Tiene problemas para acertar con la llave en la cerradura; de hecho, tiene problemas para mantenerse en pie.

Ese debe de ser Kyō. Tanto Kaoru como Kana me han hablado de él, aunque yo ya lo conocía. Lo que dice cada uno es muy diferente. Ella cree que es un politoxicómano que no merece el cariño de su hermano; él piensa que es un chico con problemas que necesita toda la ayuda que puedan darle.

Yo también pienso como Kaoru. Todo el mundo tiene problemas que el resto no vemos, y antes de juzgar procuro pensar que detrás de una mala acción siempre hay dolor.

Me acerco a él y le quito las llaves con suavidad para abrirle la puerta. Ni siquiera protesta ni hace preguntas ni dice nada de nada. Solo me mira hasta que la puerta se abre, le devuelvo las llaves y entra dando tumbos.

La gente me mira cuando monto en el autobús. Kioto es la ciudad de los templos. Hay festivales sagrados, fiestas tradicionales y costumbres que hacen que ver a alguien en *yukata* no resulte extraño, pero es inevitable que algunos se fijen en mi aspecto.

Tardo bastante en llegar, porque cuando elegí este lugar me aseguré de que estuviera lejos del lugar donde verdad vivo. Por si acaso. Tamaki y yo acabamos nuestro trabajo hace un par de días

y con la información que logramos reunir esta me pareció la mejor opción.

Para cuando llego ya ha anochecido. No es muy tarde, pero en invierno las noches son más largas y frías. Aunque todo el cuerpo me pide ir más deprisa cuando entro en *ese* barrio, me obligo a caminar despacio.

Para eso estoy aquí. Quiero que la gente me mire. Que *ellos* me miren.

No tengo que estar mucho tiempo, solo lo justo, y me conciencio para mantenerme firme hasta que pueda desaparecer.

Cuando me acerco a donde quiero llegar, imagino que los adoquines se desprenden a mi paso y caigo. Caigo y caigo irremediabilmente, sin frenos ni paracaídas, hasta que acabo destrozada en algún lugar desconocido.

Cierro los ojos con fuerza e inspiro profundamente.

Tengo un escaparate a dos metros. Por fuera es un gimnasio. Por dentro, no lo es.

Un metro.

Los miro apenas un segundo, un solo instante que me sirve para saber que hay cuatro hombres sentados en sillas, en un círculo, jugando a las cartas. Cualquiera pensaría que trabajan allí, como entrenadores o parte del equipo; yo sé que no.

No necesito volver a mirar. He visto los tatuajes, los pitillos en la boca y los destellos metálicos que estoy acostumbrada a descubrir antes que nadie. Aparto la mirada justo cuando entro en su campo de visión, y camino despacio.

Cuento hasta cinco.

Uno.

Dos.

Tres.

Cuatro...

Me giro un instante, solo uno.

Cinco.

Y ahí están. Me miran. Los cuatro. No necesito más. El primer contacto está hecho y ahora tengo que desaparecer. Tengo esto planeado.

En la siguiente esquina giro a la izquierda y me interno por un callejón que conozco bien. Empiezo a oír pisadas apresuradas, órdenes lejanas... Bien.

Están siguiéndome.

Sigo adelante, recto, cruzo una puerta metálica, giro a la izquierda de nuevo y...

Mierda.

Oh, no. No, no, no. Esto no puede estar pasando.

La calle está cortada. Hay un maldito muro que no estaba aquí la última vez.

Aunque eso fue hace más de cuatro años, cuando conocía cada callejón de Kioto como la palma de mi mano. Era eso o dejarme atrapar por la policía, por la gente del hospicio o por tenderos enfurecidos.

Miro atrás. No veo a nadie cerca, pero los oigo, y no tengo mucho tiempo para pensar. Observo a mi alrededor. No puedo desandar mis pasos para colarme por otro lugar, porque en algún momento me cruzaría con ellos, así que tomo una decisión rápida: la escalera de incendios.

Me subo a un contenedor, doy un salto y me aferro a ella haciendo que se desenganche. Me agarro a los escalones metálicos y asciendo todo lo rápido de lo que soy capaz. Estoy llegando al último piso cuando siento que mis persecutores entran en el callejón y... me ven.

Mierda. Claro que me ven.

Empiezan a subir por la escalera y a mí se me sube el estómago a la garganta. Aprieto el ritmo

y hago un último esfuerzo para llegar a la azotea. Las casas en este barrio no son muy altas, y sé enseguida lo que tengo que hacer.

Busco el camino más fácil hasta el tejado más próximo y corro hasta una pendiente, por el tejado, para deslizarme por ella y seguir corriendo y corriendo...

Han llegado a la azotea. Han llegado mucho antes de lo que esperaba, y vuelven a verme enseguida.

Menos mal que me puse zapatillas.

Ya no hay tiempo para pensar hacia dónde me dirijo. Sigo corriendo sin mirar atrás, sin pararme a pensar por dónde continúan los tejados y por dónde me despeñaría y caería al vacío.

Esta vez de verdad. En la vida real.

El corazón me late con furia.

—¡Eh! ¡Yui! ¡Yui Hisakawa!

No me detengo. Sigo bajando, descendiendo por pendientes donde las tejas flaquean, saltando y tropezando, hasta que tengo que descolgarme por una cornisa. No estoy muy arriba, pero la caída es imponente.

Procuro no mirar abajo cuando salto de esa cornisa a un balcón, y me cuelgo de él hasta el siguiente tejado, mucho más bajo. Ruedo por él, por toda la suciedad, las piedras y los pedazos rotos de tejas, y sigo bajando.

Cuando llego al suelo y me doy cuenta de dónde estoy, me cuesta respirar.

No. No. No. No puedo conducirlos aquí. No tan pronto.

Demasiado cerca.

Si sigo andando, tome la dirección que tome, se harán preguntas, husmearán y encontrarán el piso cuyo alquiler pagué tan caro, y es demasiado pronto para eso. Así que recorro al plan B. Me escondo.

No es un buen escondite. Si lo pienso dos veces, me asustaré y volveré a correr, por eso no me lo planteo. Simplemente me pego a una pared, tras un saliente junto a la puerta trasera de una trastienda, y me deshago de la peluca.

Los cuatro saltan al suelo un poco más lejos. Lo hacen prácticamente a la vez y ninguno tiene muy claro por dónde perseguirme. Miran en todas direcciones y, si alguno repara en mí, si me ve pegada a la pared, semiocultada en un saliente, no me presta atención, porque acaban tomando otra dirección.

Y mi corazón vuelve a latir con normalidad otra vez.

Respira, Eri. Ya está.

Tomo más precauciones de lo normal para regresar a casa. Me deshago de la peluca en la primera papelería que encuentro y abandono el *yukata* en el baño de un restaurante de comida rápida.

Hace frío como para ir con las mallas y la camiseta de manga larga que llevaba debajo, pero no puedo arriesgarme a que alguien me vea por ahí vestida como Yui y me siga hasta mi verdadero hogar.

¿Hogar? No sé si sería muy apropiado llamarlo así. Siempre he creído que el hogar debía estar con tus seres queridos, y durante mucho tiempo el mío estuvo al lado de Matvey. ¿Dónde está ahora que Matvey ha muerto?

Cuando llego a casa, estoy congelada.

Todo el cuerpo me pide darme una ducha, pero aún no soy capaz de bajar la guardia. ¿Y si me han seguido? ¿Y si alguien llama a la puerta de un momento a otro? Soy buena con las palabras, se me da bien manipularlas a mi antojo, pero ni siquiera yo sería capaz de explicar lo que ha

ocurrido esta noche sin que me descubrieran. Sería el fin.

Me quedo un rato dando vueltas por la casa, atenta a cada ruido, a cada coche que aparca en las calles cercanas, hasta que decido que puedo relajarme un poco y una mezcla de alivio y cansancio me embargan.

Me encuentro en mitad del salón, mientras me rodeo a mí misma con los brazos y miro una puerta cerrada que rezo para que nadie además de mí abra nunca. Estoy sola, pero no es solo eso. También me «siento» sola, y ese sentimiento es más doloroso y peligroso.

Recuerdo algo que no debería haber escuchado, algo que Kaoru no debería haberme dicho:

«Estoy en el balcón de al lado. Siempre».

¿Actúa cuando dice esas cosas? ¿La amabilidad es una máscara para meterme en su cama? Ya no tengo tan claro lo que creía saber sobre él. Me he acercado para asegurarme de que si le ocurría algo malo por mi culpa se lo merecería, y solo he logrado confundirme más.

Si esa fachada no es una fachada, si Kaoru tiene un corazón bondadoso, ahora estaré siendo ruín y mezquina, pero salgo al balcón igualmente.

El frío de la noche me recibe con una caricia helada que me hace estremecer. Voy hacia la derecha y me asomo, pero la luz del apartamento de Kaoru está apagada. Me inclino un poco más, por si veo alguna luz que salga del cuarto principal, pero no logro ver nada y desisto. Quizá sea mejor así. Tal vez esta sea la forma que tiene el universo de decirme que no lo involucre más en esto, incluso si es solo acompañándome esta noche para no sentirme tan vacía.

Cuando vuelvo sobre mis pasos para regresar adentro, una voz grave me detiene.

—¿Buscas a alguien?

Kaoru está ahí, a oscuras en su balcón. Una única chispa color azafrán brilla en sus labios, y una voluta que es una mezcla entre humo y vaho escapa de su boca cada vez que exhala una calada. Me sorprende no haberlo visto hasta ahora, y eso solo demuestra lo nerviosa que estoy.

—A ti —respondo sin pensar.

Él se pone en pie.

—¿Necesitas algo? —insiste curioso, preocupado o... vete tú a saber.

Nada bueno que sienta por mí está bien.

—Solo charlar.

Me froto un poco los brazos para entrar en calor y me doy cuenta de qué él lleva un jersey que parece calentito.

Doy un par de pasos hacia Kaoru, vacilante. Una parte de mí tira en su dirección desde que lo vi por primera vez en el portal. Y esa parte, peligrosamente para mí, no tiene nada que ver con mi plan.

No lo veo desde aquella noche que me puse la peluca, lo encontré y cenamos juntos. Ni siquiera me preguntó cómo sabía dónde trabajaba.

Estuve pendiente cada instante, atenta por si alguien nos seguía. Una parte de mí, la parte que busca seguir el plan, deseaba que nos vieran juntos de una vez; la otra deseaba que nadie nos reconociese. Quizá por eso acabé cambiando de idea en el último momento. Lo llevé a comer *takoyaki* a un puestecito apartado, me quité la peluca y volvimos a casa sin que nadie nos viera. Por eso me he quedado aquí y no he tenido que mudarme. De momento, este lugar es seguro, pero yo sigo sin tener claro qué hay en el fondo de Kaoru.

—¿Ha pasado algo?

—Nada importante —le aseguro. Está preocupado, o eso parece.

Siento un nudo en el estómago—. En realidad, debería volver dentro. Es tarde.

Él da otra calada.

—¿De qué querías hablar?

—Del tiempo, de la lluvia, de las estrellas —contesto y levanto la vista hacia el cielo.

Él sigue mirándome a mí.

Mi misión era engañarlo, convertirme en la pieza que faltaba en su propio puzle, para que confiara en mí, para que me necesitara a su lado, y no estoy haciéndolo nada bien. Me pongo nerviosa cuando él debería estarlo y dejo que tome decisiones para acercarse a mí que debería haber tomado yo.

—Creía que a lo mejor querías hablar de lo que has estado haciendo esta noche.

Me tensó y creo que él lo nota. ¿Qué intuye? O, mejor, ¿qué sabe? Me estoy acercando demasiado a él y es hora de dar media vuelta y...

—Espera un poco —me pide, apaga el cigarrillo y lo deposita en un cenicero.

Se marcha dentro de casa. Podría aprovechar, entrar en la mía, cerrar bien el balcón y olvidarme de esta conversación.

He dejado que vea en mí más de lo que debería y ahora está haciendo preguntas a las que no puedo responder. Podría poner el plan en peligro por una estupidez, por un sentimiento tan banal como la soledad.

En los cuatro años que estuve con Matvey aprendí que en nuestro trabajo los sentimientos más humanos son los más peligrosos.

Me repito que Kaoru no es mi amigo. Cuando acabe todo esto, ni siquiera será un conocido. Me odiará. Y a mí no debería importarme.

Tendría que dar media vuelta, pero me quedo donde estoy y, al cabo de un rato, regresa hasta acercarse todo lo que puede a la barandilla. Me hace un gesto para que me aproxime también y yo lo hago. Quizá sea por inercia, por curiosidad o porque de verdad necesito estar cerca de alguien incluso si esa persona está tan rota por dentro como lo estoy yo.

Una necesidad peligrosa, de la que cada vez tengo más miedo.

Veó que tiene algo entre los dedos, pero no sé lo que es hasta que lo alza y lo deposita con suavidad sobre mi frente.

Acaba de ponerme una tirita.

No me lo puedo creer. Debo de tener cara de tonta cuando la toco y me pregunto qué narices hace.

—Tenías una herida. Un rasguño de nada. Se te curará solo.

—Entonces ¿para qué me has puesto una tirita?

Vuelve a levantar la mano y acaricia mi frente con el pulgar en una pasada lenta y perezosa. Un escalofrío se desliza por mi nuca y mi espalda.

—Es algo simbólico.

—¿Cómo va a ser simbólica una tirita? —inquiero sin poder contenerme.

Después de todo lo que ha ocurrido esta noche, una conversación sobre una tirita era lo último que habría imaginado al llegar a casa.

Kaoru apoya los antebrazos en la barandilla y su rostro queda prácticamente a mi altura. Se inclina sobre mí y yo me obligo a permanecer ahí de pie, sin dar un paso atrás, pero su aroma no me lo pone nada fácil. Huele... huele a bosque verde y frondoso, a madera, a lluvia y a... tabaco. Hay un ligero toque al cigarrillo que acaba de fumarse, y me pregunto si también lo sentiría en sus labios.

Quizá deba besarlo. Por el plan.

—¿Qué simboliza el pelo blanco?

—¿Qué? Nada.

Pero si lo beso y resulta que es una buena persona estaré haciéndole daño.

—¿Y por qué llevas una peluca? ¿Por qué antes tenías el pelo rosa?

—Porque me gusta —contesto, procurando que parezca simple.

Y si lo beso y resulta que sí es mala persona y, en cambio, a mí me gusta... estaré haciéndome daño a mí misma.

—¿Y a qué viene esa ropa?

No puedo evitarlo. Miro las pintas que llevo, pero permanezco impassible. Durante estos años he aprendido que si no tienes nada convincente que decir, mejor no abras la boca hasta que encuentres una buena mentira. Vuelvo a dedicar una rápida mirada a sus labios. Si lo beso, resulta que es mala persona y yo soy capaz de mantener mis sentimientos al margen, todo irá bien. Pero el ritmo de mi corazón dice que mejor no me arriesgue.

Desisto.

—¿Y las heridas? Tienes una en la frente y varios arañazos en las manos. ¿Qué pasa con los desgarrones del pantalón en las rodillas?

—Bueno, creo que hemos hablado suficiente por hoy —contesto nerviosa.

El plan puede esperar. Está suficientemente enganchado sin que yo haga ningún movimiento más. Estoy dispuesta a darle la espalda, pero él me agarra de la muñeca y no me permite alejarme.

—Tengo más tiritas. Puedo ir a buscarlas.

Lo dice como si de verdad importara, como si ese fuera el problema o, mejor, la solución; como si colocar un par de tiritas lo arreglara absolutamente todo.

Echo la cabeza hacia atrás y miro el cielo oscuro, sin estrellas, donde las nubes se amontonan y amenazan con una noche lluviosa y una mañana gris.

—No necesito tiritas.

—¿Y qué necesitas, Eri?

Sus ojos azules están llenos de preguntas y yo ya no tengo respuestas.

Hace tiempo que las perdí.

No contesto, pero sostengo su mirada. Siento el calor de sus dedos sobre mi muñeca y me gusta, me reconfortan el tacto, su mirada y su preocupación, falsa o no.

Es una buena pregunta. ¿Qué necesito?

Kaoru se inclina un poco más sobre mí y mi corazón se acelera, pero no me muevo; sé al instante lo que pretende. Tal vez por eso siento remordimientos cuando no me aparto, cuando le permito hacer lo que se propone y me abandono a un instante que no debería ser mío.

Tira con suavidad de mí hasta que solo queda la barandilla entre los dos, el frío metal que traspasa mi camiseta y se pega a mi abdomen. Y no importa, porque solo puedo pensar en el calor que estalla en mi pecho mientras se acerca, ladea la cabeza y me roba un beso.

Eso es lo que es, un beso robado. Kaoru ha dado el paso, pero ¿cuál de los dos se lo ha robado al otro?

Es fugaz, suave y sutil, y yo lo siento como mil gotas de agua estallando contra mis labios, como un aguacero rompiendo el silencio.

Podría seguir. Sé que si le diera pie, si no me moviera de aquí, seguiría, pero la sensación que crece dentro de mí es poderosa y ardiente, y un fuego, aunque controlado, siempre es peligroso.

Me doy cuenta enseguida. El verdadero peligro de este beso radica en que yo creía que debía suceder, pero no sabía que lo necesitaba de verdad.

Pongo las manos sobre su pecho y lo aparto de mí.

Parece desconcertado cuando le devuelvo la mirada, un poco perdido y desorientado, pero no dice nada. Yo tampoco. Solo me alejo y doy media vuelta antes de entrar en casa y dejarlo allí, al

otro lado del balcón, para volver a quedarme sola.

La ducha que me doy después me ayuda a deshacerme del miedo, de la ansiedad y del frío de una noche de huida. Me quito de encima la suciedad y la sangre de los rasguños, pero no me despido del sabor en los labios de una promesa que no se cumplirá, de un final feliz que no llegará, de un bosque en el que ya no volverá a llover.

No importa cuál es la verdad sobre Kaoru, si alberga un gran corazón y un alma noble o si en el fondo sigue siendo la misma persona por la que alguien perdió la vida.

De una forma, yo le estaré haciendo daño a él; de la otra, no debería involucrarme sentimentalmente con alguien así. Podría acercarme a él por el plan, pero hacerlo por otro motivo sería engañarme, y de momento lo que siento, lo que sé y lo que pienso se mezclan en un complejo entramado caótico que no comprendo.

Me quedo un buen rato bajo la ducha, pero el beso de Kaoru sigue sin borrarse de mis labios, de mi piel, de mi alma.

Y sé que me arrepentiré de esto durante una eternidad.

9

En una cajita

KAORU

No lo entiendo.

No la entiendo a ella.

Aquel día en el balcón debí de pulsar la tecla equivocada y rompí algo, porque desde entonces Eri no deja de evitarme. No es que antes fuera muy comunicativa, pero ahora ya ni se deja ver por el balcón.

Creo que la cagué. Metí la pata hasta el fondo con ese beso tonto y torpe.

Nunca he tenido... problemas con las chicas. Siempre había creído que sabía cuándo alguna estaba interesada en mí y cuándo no. Considero que sé captar bien las señales, que soy intuitivo, pero creo que Eri me gusta tanto que vi señales donde no había más que humo.

Cuando llego al bloque de apartamentos ya es tarde. Estoy metiendo más horas en el trabajo para poder librar el viernes que viene. En un par de semanas, Kana, Senri y yo nos vamos a las montañas, a un balneario de aguas termales en el monte Kurama.

Primero hago una parada en la casa del señor Miyano y le pregunto si podrá quedarse con Senri y Shinatobe ese fin de semana. Él acepta encantado. Es un buen hombre y le gusta ayudar. Después, voy directamente al piso de los chicos. Me he traído cena del restaurante y no quiero comerla solo. Llevo todo el día metido en la cocina y necesito una conversación en la que nadie me grite la comanda desde la puerta.

Cuando llamo, Kana me recibe con una expresión tensa. Tiene los labios apretados en una fina línea y sus cejas se arquean con preocupación.

—He traído la cena —le digo alzando las bolsas que traigo conmigo.

Ella se hace a un lado y me ofrece pasar. Solo entiendo el silencio cuando veo a tres figuras en el sofá de la salita de estar que colinda con el comedor.

Eri, Senri y... Kyō.

Está destrozado, y sé por qué es. Todos aquí lo sabemos.

Está completamente pálido y sudoroso. Tiene surcos oscuros alrededor de los ojos y respira con dificultad mientras Senri sostiene su cabeza sobre el regazo y Eri los observa desde el otro lado de sofá con expresión serena.

Me sorprende que esté aquí.

—Dice que esta vez lo deja —susurra Kana, aunque no se esfuerza demasiado por que no la oigan—. Al parecer, a la quinta va la vencida.

Senri se vuelve hacia ella y le dedica una mirada gélida, pero su hermana no se siente ni un poquito culpable. A ella nunca le ha gustado que su gemelo esté coladito por una persona tan peligrosa como Kyō. No es que vaya a hacerle daño, no físicamente al menos, pero el daño emocional... ah, eso es otra cosa. Kana tiene razón cuando dice que es la quinta vez que lo deja y siempre vuelve a caer.

Todas y cada una de las veces, Senri ha visto su caída de cerca y ha pagado el precio de las

consecuencias. La última fue hace muy poco tiempo y seguro que aún arrastra el miedo y el dolor de ver a la persona que quieres autodestruirse de esa forma.

Cuando me acerco al sofá, Kyō ni siquiera es capaz de mirarme. Está temblando y tiene una palangana cerca. Debe de tener náuseas.

—Si va a peor puedo llevarte al hospital —me ofrezco.

—Nada de hospitales —farfulla y hace un amago de incorporarse, pero Senri no se lo permite—. Dijiste que nada de hospitales.

—Nada de hospitales, tío —le asegura él.

Yo me limito a apoyar una mano en el hombro de Senri y a alejarme hasta la cocina para dejar la comida en la mesa. Ver a Kyō en ese estado me hace sentir tremendamente mal y me reconcome no poder hacer nada.

—Iba a proponeros una cena, pero creo que no es un buen momento —le digo a Kana cuando me sigue por detrás.

Eri también se acerca.

—No, no. Quédate. He invitado a Eri a tomar el té, ya sabes, por estropearos vuestra cena, y mi hermano se ha presentado de repente con este. Llevamos así toda la tarde. Creo que necesitamos un respiro. Al menos, yo sí lo necesito. ¿Qué has traído? —pregunta.

—Un poco de todo. *Takoyaki, ramen, onigiri...*

Eri se inclina un poco, curiosa, y a mí se me escapa una sonrisa. En cuanto se da cuenta de que me río de su reacción, da un paso atrás como un cervatillo asustado. Kana no se percata de ello.

—Genial. Me muero de hambre. Ayudadme a poner la mesa. ¡Senri, ven a comer algo!

—Más tarde —responde él desde el sofá.

Está acariciando el cabello húmedo de Kyō y no parece tener intención de cumplir su promesa. Normalmente, cuando Kyō lo necesita, suele ocurrir eso: Senri acude a su llamada y lo deja todo por él.

Kana suspira, pero no insiste. Ella también sufre cada vez que nuestro vecino tiene una recaída, solo hace falta mirarla, así que los tres nos sentamos a la mesa y comemos las sobras que me he traído del trabajo mientras Kana intenta aportar un poco de normalidad a la situación hablándonos sobre sus entrenamientos. Es bailarina en una compañía.

Participa en espectáculos de danza tradicional, hace funciones de ballet e imparte clases de cualquier género. Es una máquina, pero vivir del baile es complicado, y su verdadero trabajo es como enfermera en el hospital Horikawa.

No estoy haciendo mucho caso hasta que, de pronto, se queda mirándome demasiado tiempo.

—¿Perdón? —Ni siquiera he escuchado lo que me preguntaba.

—No importa, Kana, no puedo ir —interviene Eri y hace un gesto con la mano.

—Oh, venga. Solo son dos noches. Será divertido y relajante, y así te compenso... esto. — Señala el sofá donde están su hermano y Kyō—. Kaoru, dile que venga —protesta Kana.

—¿A Kurama? —Me vuelvo hacia Eri, pero ella rehúye mi mirada—. ¿Por qué no quieres venir?

—En otra ocasión —responde recatada y sin apartar los ojos del plato que tiene delante.

Ya. No se lo cree ni ella. Algo se me pasa por la mente y no puedo contenerme.

—¿Es porque voy yo?

—¿Qué? ¡No! Claro que no —contesta, pero apenas puede mirarme a los ojos mientras lo hace.

—¿Qué me he perdido? —inquieta Kana y apoya los codos en la mesa, expectante.

—Nada —responde Eri demasiado rápido.

Ahora sí que me mira, y sé captar esa amenaza en sus ojos marrones sin necesidad de que abra

la boca. Veo mi oportunidad y la aprovecho.

—¿Nada? —repito y ladeo la cabeza—. En realidad nos besamos.

Kana parpadea.

—¿Cómo? —Se vuelve hacia Eri, interesada.

—El me besó —aclara—, y no significó nada, por lo que ese no es el motivo por el cual no voy.

—Cuando te pones nerviosa hablas muy formal —le suelto.

Eri me dedica una mirada de advertencia. Senri ha levantado la cabeza y lo observa todo desde el sofá, atento.

—Qué pena —le susurra Kana, en confidencia—. Haríais una pareja estupenda.

Yo me muerdo el labio para no reír y Eri se tensa. Abre mucho los ojos y tengo la sensación de que se ha sonrojado ligeramente.

—Si no significó nada no hay problema en que vengas, ¿verdad? —la reto.

—Ya te lo he dicho. No es por eso. Tengo cosas que hacer y además no quiero molestar. —Mira a Kana con una sonrisa de disculpa—. No te ofendas, pero apenas os conozco.

—¡Más razón para que vengas! Eres amiga de Kaoru, y los amigos de Kaoru son también los nuestros, así que es necesario que nos conozcamos más.

Kana la coge de las manos y Eri titubea.

No entiendo toda esa vacilación, toda esa tristeza. Desde que está aquí siempre la he visto sola, y si es nueva en la ciudad debería querer hacer amigos, conocer gente, ¿no?

—Deja de mirarme así —me ordena.

Su expresión no deja lugar a dudas. Si hablo, me meteré en problemas. Lo que pasa es que a mí no me asustan esos problemas. Me inclino sobre la mesa, acercándome a ella.

—Explícame qué es eso tan importante que no puede esperar.

—No es asunto tuyo —replica.

Kana se mantiene en un segundo plano, atenta, pero procurando no intervenir.

—Yo creo que te sientes incómoda estando cerca de mí porque te pongo nerviosa —le suelto sin pensar—. Ese beso te gustó y te mantienes lejos de mí porque de no ser así tú harías que volviese a ocurrir.

Eri me dedica una mirada que me atraviesa y Kana se levanta con discreción y se marcha. Su curiosidad tiene un límite y, al parecer, acabo de encontrarlo.

Eri pone las palmas de las manos sobre la mesa y durante un segundo creo que va a ponerse en pie con ímpetu, que va a gritar y que todos la oiremos; sin embargo, nada de eso sucede. Guarda silencio un instante antes de esbozar una sonrisa que no refleja la ira que anida en sus ojos, y ladea un poco la cabeza.

—No podría sentirme más cómoda, gatito.

—Entonces ven —tanteo—. Sé que lo haces por mí, pero si ese beso fue de verdad un error no tienes nada de lo que preocuparte. Seguimos siendo amigos, ¿no?

El silencio se hace entre los dos. Nos sostenemos la mirada y ninguno dice nada durante lo que parece una eternidad.

—No vamos a hacer gran cosa. Es un balneario en el monte Kurama.

Serán un par de días para relajarse y charlar —asegura Senri, atreviéndose a hablar desde el sofá en el que ahora también está Kana.

Eri se vuelve para mirarlos, barajando sus opciones. Al final se muerde los labios y asiente.

—Está bien. Puede que me venga bien desconectar un poco.

—¡Genial! —grita Kana y vuelve a acercarse a nosotros—. Ya lo verás, cuando Kyō no está

con la cabeza metida en un cubo de basura todos somos gente encantadora. Y siento mucho que el canalla de Kaoru te haya molestado, pero me alegra que eso no haga que dejéis de ser amigos.

Normalmente es un buen...

Kana sigue hablando y yo dejo de escuchar, porque no puedo dejar de prestarle atención a Eri.

Sigo mirándola, pero la tormenta que anidaba en sus ojos hace unos segundos ha desaparecido. Vuelve a adoptar una postura relajada. Tiene una mano sobre el regazo y la otra sostiene los palillos con elegancia, como si no hubiera pasado nada. Tengo la sensación de que guarda toda esa energía que desprende en momentos como este en el fondo de algún lugar de su pecho. Toda ella es contención.

Me pregunto si será capaz de hacer lo mismo con todas las emociones, si cogerá lo que siente y lo encerrará en una cajita, bajo llave, en un lugar muy, muy oscuro, para siempre.

Febrero

10

Kurama

ERI

Tengo que reconocerlo, el sitio es precioso.

Lo primero que hacemos al llegar al *onsen* de Kurama es bajar a las aguas termales. El complejo es enorme. Hay un edificio central en el que nos reciben y varias cabañas de madera desperdigadas a lo largo de todo el recinto. A nosotros nos dan dos llaves para dos habitaciones en una de las casitas que está al pie de una de las piscinas naturales.

Hay nieve en los tejados y en los caminos, y las luces de las linternas de piedra oscilan tras el vaho que sube desde las aguas calientes. Hay jardines zen, con senderos entre las piedras, isletas verdes y bonsáis.

Todas las casitas son pequeñas, y el bosque rodea todas y cada una de ellas. La bruma no deja ver más allá de los árboles y eso, junto con las luces, la nieve y los senderos de piedras, crea una atmósfera especial.

Hay muchos lugares que visitar en el complejo, muchas aguas termales distintas. Algunas zonas están reservadas para mujeres y otras para hombres. Algunas, las artificiales, están junto a un río que pasa cerca de la montaña y puedes jugar con el contraste. Sin embargo, nos quedamos en el pequeño recinto que tenemos para nosotros.

No es privado, cualquier otro huésped de esta casa podría bajar y entrar, pero me parece que estamos solos en el edificio y eso nos brinda intimidad.

Estamos los cinco porque Kyō también se nos ha unido. Creo que ya está limpio, pero solo lleva un par de semanas sobrio, así que nunca se sabe. A Kana no le gusta y no lo disimula nada bien, aunque tampoco creo que lo intente.

Registrarse con otro nombre en el hotel sin que se enteren, el mismo con el que alquilé el apartamento en el que ahora vivo, es complicado, pero me las ingenio para que todos estén ocupados con otras cosas cuando me acerco al mostrador.

Nadie importante puede saber que estoy aquí, tampoco puedo dar el nombre de Yui. Que me siguieran hasta aquí y me relacionasen con Kana o

los demás sería muy peligroso. Desde aquella vez que salí a cenar con Kaoru, no he vuelto a salir a la calle con él. Sé que debería, que tendría que dejar que nos vieran juntos, pero cada vez que lo pienso me quedo paralizada.

Así que a la hora de hacer el registro le doy la documentación de Sayori Irie.

Cuando pienso que estoy siendo tres personas al mismo tiempo siento un agujero negro creciendo dentro de mi cuerpo. Soy Yui cuando dejo que me vean por las calles de Kioto con el pelo blanco, soy Sayori cuando estoy cerca de personas inocentes a las que no quiero que

relacionen conmigo, y en el fondo sigo siendo Eri, la misma chica que escapó de aquí hace cuatro años con una promesa de que todo iría mejor; la misma que teme caer al vacío en cualquier momento.

Marea un poco y, a veces, cuando me miro al espejo, me da miedo no ver a Eri debajo de mi piel.

He elegido un bañador en lugar de un bikini, porque es más discreto y tapa gran parte de los tatuajes de la espalda. La serpiente que baja desde mi cintura hasta mi rodilla... eso ya es más difícil de ocultar. Toda su cola se ve, enroscada alrededor de mi muslo, pero no puedo hacer nada.

Kana grita entusiasmada en cuanto me ve y me pregunta cómo narices me he hecho algo tan grande. Yo me limito a encogerme de hombros y dejo que el pelo me tape la tinta de la espalda, pues algunas flores de cerezo asoman por el borde del bañador, cerca del cuello. Ella también me enseña los suyos, mucho más discretos y sutiles.

Los chicos ya están dentro del agua cuando abrimos la puerta corredera que da al exterior. Kyō está en una esquina, silencioso y atento a los otros dos. Y ellos... bueno, ellos están haciendo el idiota.

Kana no tarda en regañar a su hermano para que dejen de hacerse aguadillas el uno al otro. No quiere que nadie nos tenga que echar.

Para cuando se han relajado yo ya estoy dentro. El calor es absorbente; la sensación del vapor rodeándolo todo, mágica. Kaoru se ha apoyado contra las rocas y la mitad de su torso queda al descubierto sobre el agua.

Vaya. Él también está tatuado. Ya vi parte del tatuaje de su bíceps, pero tiene otro que se une a él en el pecho, justo en el pectoral izquierdo.

Creo que es un dragón. Puede que tenga más, abajo, en el abdomen, o en las piernas o puede...

Me obligo a dejar de imaginarme el cuerpo de Kaoru, porque está mal, muy mal, y me doy cuenta de que él también está mirándome, puede que desde hace tiempo.

Aparto la vista y me convengo de que si me he sonrojado, todos pensarán que es por el calor.

Estamos aquí un buen rato. Me gusta estar rodeada de ellos. Incluso Kyō parece una compañía agradable ahora que está sobrio, pero no puedo evitar pensar que este es un tiempo robado a una vida que no me corresponde, a unos amigos que no merezco.

Durante la cena de hoy me quedo en silencio, escuchando. Es sorprendente lo que puedes aprender de una persona dejándola hablar. Me gustaría descubrir algo que me hiciera ver a Kaoru de otra forma, que me devolviera la imagen que tenía de él antes de conocerlo mejor. Si fuese mala persona, lo que tengo que hacer no me costaría tanto.

No creo que sospeche nada, nada que lo acerque a la verdad, y eso lo protegerá cuando llegue el momento y yo me marche, pero le harán daño.

Y ya no estoy segura de que eso me dé igual.

Hoy no hay balcón por el que asomarme cuando no puedo dormir, no hay estrellas ni brisa ni el humo del único cigarrillo del día de Kaoru, y mentiría si dijese que no lo echo de menos.

Tal vez por eso salgo de mi habitación y dejo allí a Kana, me pongo mi abrigo y desciendo por el camino principal del complejo, entre el vapor de las aguas termales, entre las luces que surgen entre la bruma y el silencio del monte de Kurama.

Se escucha el ulular de un búho a lo lejos y un escalofrío me recorre la espalda. Me abrazo a mí misma y me interno por uno de los caminos que bordean una alberca hasta sentarme en una de las rocas, junto a una linterna de piedra.

Desde aquí, mientras el agua está tan en calma, es fácil ver mi reflejo en ella, distorsionado por la luz amarillenta que me envuelve y abrazado por la oscuridad. Últimamente mi reflejo me

transmite algo inquietante, algo malo, y no soporto mirarlo durante mucho tiempo.

Eri... Yui.

Yui... Eri.

Somos tan parecidas y ha pasado tanto tiempo desde entonces que ya ni siquiera sé si recuerdo su rostro tal y como era, si no habré imaginado los detalles, si no habré creído que hay más cosas que nos hacen parecidas de las que en realidad había. Quizá haya rellenado los huecos en mi memoria con mis propios rasgos, y eso es lo que más miedo me da. Cada vez recuerdo menos cosas que nos hicieran diferentes y más que nos acercaran.

Cuando me veo en el agua tengo un pensamiento extraño, una sensación inquietante que burbujea bajo mi piel como una advertencia, como si Yui siguiera aquí, al otro lado de mi reflejo, de los lagos de los templos, de las aguas termales, de los espejos.

Es raro, lo sé, pero no puedo dejar de pensar en ello.

De pronto, escucho unos pasos bajando por el camino y me sobresalto, pero logro alzar la cabeza y permanecer sentada hasta que la figura emerge y puedo reconocerlo.

Distingo su rostro, su esbelta figura, su andar despreocupado. Kaoru llega hasta donde estoy yo sin decir absolutamente nada y se sienta a mi lado sin hacer preguntas ni ofrecer respuestas. Así que soy yo quien habla.

—¿Qué haces despierto?

—No podía dormir.

Lleva su abrigo negro, el cuello levantado que casi le llega a los labios, resguardándose del frío, y tiene las manos en los bolsillos. No me detengo mucho mirándolo y vuelvo a perderme en el paisaje.

Algunas linternas de piedra parecen *hi-no-tama* o fuegos fatuos, como los que acompañan a los *yūrei*, fantasmas con temas pendientes.

No soporto el silencio ni mis pensamientos durante mucho más tiempo.

—¿Crees en los espíritus, Kaoru?

—No lo sé —contesta sincero—. Me gustaría pensar que hay algo más al final del camino, que esto no es todo.

—Me refiero a los fantasmas.

Él arquea las cejas, una invitación muda a continuar, y yo hago descender la vista hasta mi reflejo, hasta las formas que se parecen tanto a las de Yui.

—Se dice que las personas que cometen suicidio vuelven del purgatorio en forma de *yūrei*. Algunos atormentan a las personas que les hicieron daño, a quienes los ofendieron o a quienes se merecen un castigo.

¿Cuánto mal crees que tendría que hacer una persona para que la persiga un *yūrei*?

Espero una risa, una sonrisilla disimulada o un comentario burlón, pero no ocurre nada de eso.

—Eso plantea muchas preguntas, Eri —contesta del todo serio.

—¿Qué preguntas?

—Bueno, primero estaría la cuestión de saber si de verdad existen los espíritus. Imaginemos que sí, que existen, y que además el destino de algunos es acabar atrapados aquí. Creo que el mal tendría que ser equivalente a lo que sufrió el *yūrei* en vida.

Me quedo pensativa, en silencio. Él aguarda.

—¿Y si esa persona hace daño a quienes atormentaron al *yūrei* en vida?

—En ese caso creo que debería sentirse vengado.

—Pero ¿y si ensucia su memoria? ¿Y si profana su recuerdo?

Kaoru echa la cabeza hacia atrás, como si de verdad estas preguntas tuvieran respuesta, como

si él pudiera descubrirlo de alguna forma.

—¿Crees en los fantasmas de verdad, Eri? —pregunta.

Lo medito. ¿Creo en ellos? Racionalmente sé que no existen; sin embargo, cuando pienso en ello siento el mismo agujero que crece dentro de mí cuando imagino que el suelo se abre y caigo. Es irracional, pero es miedo igualmente.

—Sé que no existen.

—Yo no te he preguntado eso —contesta mirándome fijamente—. Saber y sentir son dos cosas muy distintas; por ejemplo, sé que no puedo volver a besarte y, sin embargo, no dejo de pensarlo desde que lo hice la primera vez.

Mi corazón se salta un latido y me recuerdo que no debo dejar que lo note, que él no debe saber que yo también pienso en ese beso y que no poder tenerlo de nuevo me atormenta desde entonces.

Podría, pero no sería por el motivo correcto. Aún no sé si se merece mi traición, y si volviera a besarlo no lo estaría haciendo por el plan.

—No importa. No digas nada. Respeto lo que quieres y sigo estando en el balcón de al lado cada vez que me necesitas. Como amigo.

Antes de que pueda responder, siento que toma mi mano. Entrelaza sus largos dedos con los míos, y los noto sorprendentemente cálidos y firmes. Durante un instante, mientras estrecha mi mano, parece absorto en la caricia, perdido en ese gesto que dice tanto.

Me gusta, claro que me gusta, pero la forma en la que Kaoru me mira, el valor de esta caricia son solo una prueba de que él desea algo más.

Lo que voy a hacer, dejar que lo relacionen conmigo, abandonarlo y desaparecer, será cruel sienta lo que sienta Kaoru por mí, pero será aún más ruin si permito que esto llegue a más.

Y, a pesar de todo, de las líneas que he cruzado y de las que tendré que cruzar, destrozarle el corazón a un hombre bueno es algo que no haré si puedo evitarlo.

Sufrirá la traición de una conocida, no de una persona querida.

Aparto la mano con suavidad, le dedico una sonrisa de disculpa y me pongo en pie.

—Es tarde y debería volver adentro.

11

Espíritus del bosque

KAORU

Hoy visitamos el templo Kurama, un conjunto de edificios religiosos que data del siglo VIII. Hay un hermoso paseo a través del bosque desde el *onsen*, y a los cinco nos apetece hacerlo.

El ascenso es increíble. A medida que subimos la nieve es más abundante y las linternas rojas del camino están nevadas, igual que las estelas de piedra grabadas con plegarias.

De vez en cuando descubro a Eri deteniéndose a leer los mensajes. La veo moviendo los labios, pronunciando en voz baja y quedándose quieta y en silencio unos segundos antes de emprender la marcha de nuevo.

En uno de los tramos más bonitos, tras cruzar un puente nevado y empezar a subir por unas escaleras irregulares de piedra custodiadas por más linternas rojas, me doy cuenta de que Eri se ha quedado rezagada y decido aprovechar la oportunidad. Aguardo con ella.

Hoy lleva un abrigo blanco, tan blanco como la nieve de Kurama, sobre el que cae su pelo largo y oscuro como una cascada de oscuridad. Se resguarda del frío con una bufanda y cada vez que respira una nube de vapor se escapa de sus labios.

—¿Sabes que estos bosques se consideran el hogar del rey de los *tengu*? —Espero a que esté a mi lado para hablar y observo que arquea ligeramente las cejas cuando me escucha.

—¿Los *tengu*?

—Criaturas sobrenaturales, espíritus malignos, fantasmas vengativos...

—Sé lo que son los *tengu* —replica mientras ascendemos por las escaleras de piedra—. Solo me preguntaba si hablabas en serio.

—Oh, sí. Las leyendas dicen que aquí moran cientos de *tengu* y *kodamas*, aunque los segundos son pacíficos y viven en los árboles de los bosques más espesos sin molestar a nadie que no maltrate su hogar.

—Kaoru Hanazawa, ¿te estás burlando de mí por la charla que tuvimos anoche?

Hay cierto tono de reproche en su voz, pero también veo el brillo de sus ojos, la sonrisa que oculta bajo la bufanda.

—Jamás me atrevería. —Intento no reírme.

—Bien. Porque ya te dije que no creo en los espíritus.

Seguimos avanzando, cada vez más cerca del templo. Nuestros tres amigos se han alejado un poco y hay más personas que suben y bajan a nuestro alrededor, pero ninguna de ellas está muy cerca.

Se me ocurre algo y no lo medito.

Cojo a Eri de la mano, tiro de ella en dirección al bosque, al otro lado de la hilera de linternas rojas y me detengo cuando reacciona y empieza a protestar. La empujo con suavidad hasta que su espalda choca contra un árbol.

—¿Qué haces? —inquire alarmada.

Me llevo un dedo a los labios y le hago un gesto para que guarde silencio. Hace frío y la luz es

más tenue entre los árboles, en el interior del bosque. Apenas se escuchan las pisadas de quienes recorren el mismo camino del que hemos salido. Aquí dentro solo se oye el canto de las aves que se enfrentan al invierno.

—¿Lo oyes?

Eri me mira desde abajo, sorprendida. Sé que quiere replicar, que necesita hacer preguntas, pero se contiene durante unos instantes en los que alza un poco la cabeza, intentando oír.

—¿Qué se supone que debo escuchar?

—Se dice que si prestas atención puedes escuchar a los *kodamas* susurrando, como un eco lejano.

Eri no responde nada, solo me sostiene la mirada. Hay fuerza en ella, lo vi la primera vez que me dirigió la palabra, pero también he visto otras cosas en esos hermosos ojos: he visto miedo, duda y tristeza. Son bellos, expresivos y dolorosamente humanos, por eso me gustan tanto.

Ninguno de los dos nos movemos. Nos quedamos a un palmo de distancia. Eri, contra un árbol; yo, frente a ella, y durante cada segundo siento el deseo de inclinarme sobre ella hasta que nuestros labios se rocen, pero no lo hago.

Sin embargo, sí que los miro, y ella se da cuenta. Se ríe y sacude la cabeza. Después, se muerde el labio inferior.

—Estás jugando con fuego, gatito, y te vas a quemar —susurra, tan cerca que siento cada palabra reverberando en mi pecho.

Luego alza la mano, recoge un mechón de mi pelo y lo deja tras mi oreja, provocándome un cosquilleo emocionante.

Antes de que pueda decir nada, apoya una mano en mi torso y me empuja para pasar a mi lado. No obstante, la retengo de la muñeca. Eri me dedica una mirada de advertencia.

—Venga, vámonos antes de que nos rapte Totoro¹.

Me río y acepto. Acepto marcharme, aunque me quedaría aquí toda la eternidad, jugando al mismo juego peligroso, quemándome.

No me importaría arder si es junto a ella.

De vuelta al camino y a la luz, pienso en lo mucho que me gusta que pronuncie mi nombre y me doy cuenta de algo: también ha dicho mi apellido.

Yo nunca se lo he dado.

¹ Mi vecino Totoro es una película de animación japonesa escrita y dirigida por Hayao Miyazaki y producida por Studio Ghibli. Totoro es una enorme criatura que resulta ser un espíritu del bosque.

12

Jirones de océano

ERI

Ha terminado nuestro segundo día en Kurama y mañana nos marchamos a casa, por eso decido aprovechar nuestras últimas horas aquí y bajo a una de las piscinas naturales mientras todos duermen.

El camino desde la pequeña cabaña hasta el *onsen* es largo y frío. Hay nieve en las inmediaciones y el aire es helador ahora que ha anochecido.

No todo está oscuro. Las luces del complejo iluminan la alberca y se ven difuminadas a través de la cortina de vapor que asciende hasta fundirse con la negrura.

Es tarde y no hay nadie por aquí. Por eso me desnudo, desciendo despacio a las aguas y dejo que el abrazo caliente de las termas destierre el frío de febrero.

Llevo aquí dentro un rato cuando veo que la puerta de la habitación de los chicos se desliza y descubro a Kaoru al otro lado, apresurándose a alcanzar el borde mientras tiritita.

Por suerte, tiene más sentido común que yo y se deja el bañador. Está distraído, pero al parecer no tanto como para no ver mi kimono junto a la orilla. Le dedica un rápido vistazo y luego levanta la cabeza hacia aquí, pero esta zona está tan oscura que no logra verme.

—¿Por qué te escondes? —pregunta sin alzar mucho el tono.

Su voz me gusta. Es grave y profunda, pero también tiene algo suave que la hace especial, más dulce.

—No me escondo —respondo, pero no me muevo de donde estoy.

Él se vuelve hacia mí, pero no es capaz de verme. Quizá sea un buen momento para salir del agua y marcharme. Miro a mi alrededor, barajo mis opciones.

—Antes me he dado cuenta de algo, ¿sabes? —pregunta.

Sigue buscándome, sin éxito.

—Antes me has llamado Kaoru Hanazawa.

Tardo unos instantes en darme cuenta, pero no me cuesta mucho comprender a dónde quiere ir a parar.

—Te llamas así, ¿verdad?

Salgo de entre las sombras y la bruma y avanzo hasta donde se encuentra. No obstante, no me detengo. Intento pasar a su lado y llegar a la orilla para desaparecer y evitar esta conversación, pero él no me lo permite.

Me agarra con suavidad del hombro y me impide pasar.

—Yo no te lo dije.

Me pregunto qué piensa, qué ha llegado a imaginar al preguntarse cómo descubrí su apellido. Seguro que no se acerca ni remotamente a la verdad.

—Kana lo mencionó, y yo soy una chica observadora.

Kaoru me contempla unos segundos, sin soltarme, hasta que decide creerme. Me suelta y yo le dedico una última mirada antes de pasar por su lado procurando que el agua cubra mi cuerpo.

—No tienes por qué marcharte —dice de pronto.

Me giro hacia él, ganando tiempo, porque no sé qué decir.

—Ya es tarde.

Kaoru se acerca hasta mí con lentitud. Su cuerpo avanza con un sonido acuoso.

—¿Por qué te escapas? Siempre lo haces —murmura.

Tiene una mirada despierta, inteligente. Sus ojos parecen hechos de jirones de océano. Sus pómulos pronunciados enmarcan un rostro hermoso, de rasgos angulosos y mandíbula fuerte. Parte de los trazos de su tatuaje asoman por encima del agua.

—Creo que ya mantuvimos esta conversación, y no una sola vez.

Doy un paso atrás cuando lo siento peligrosamente cerca, y él decide respetar mi espacio quedándose donde está. Sin embargo, a mí sigue pareciéndome cerca; siempre está demasiado cerca.

—¿No te fías de mí? Nunca haría nada que no quisieras —asegura.

—No es de ti de quien desconfío.

Trago saliva.

Él tarda un instante en comprenderlo. Luego, ladea lentamente la cabeza y me observa con detenimiento.

—Sé sincera, por favor. ¿El beso fue...?

Ni siquiera le dejo acabar.

—También a mí me gustó.

—¿Qué?

El corazón se me acelera. Cojo aire con fuerza.

—Fue un gran beso robado, pero no puede volver a repetirse.

Todo sería mucho más fácil si no me importara, si no supiera lo que sé, si no me gustara tanto hablar desde el otro lado del balcón con él, compartir su cena o mirarlo cuando él no se da cuenta. Siento tantas cosas y tan distintas... que abruma.

—¿Por qué? —inquire, y antes de que se acerque más, se lo dejo claro.

—No puede volver a pasar.

Kaoru frunce el ceño.

—Escucho lo que dices, pero no tengo tan claro lo que sientes.

¿Qué siento?

Ojalá hiciera algo malo, tan malo como el motivo por el que lo elegí a él; ojalá dejara de ser dulce e inocente.

—No buscamos lo mismo.

—Pero te gusto, lo noto —responde seguro de sí mismo. No es prepotencia, no es arrogancia. Hay un matiz triste en su voz, el mismo matiz que enturbiaría la mía si confesara la verdad—. ¿Por qué crees que lo que queremos del otro es tan diferente?

—No busco una relación, y parece que tú sí.

Es una afirmación y, sin embargo, no puedo evitar pensar que suena como una pregunta. ¿Lo habrá notado él?

—¿Qué tiene de malo una relación?

—Todo —contesto y me hundo un poco en el agua.

—¿Cómo lo sabes si no lo has intentado?

—Lo he intentado —miento.

—No conmigo.

Besarlo ahora sería muy fácil. Ni siquiera tendría que dar el primer paso; bastaría con que me

acercara, deslizara las manos tras su cuello y aguardase.

Pero por alguna razón que ahora me cuesta vislumbrar, eso estaría terriblemente mal.

—Será mejor para los dos que seamos solo amigos, Kaoru —murmuro con aplomo.

Por cómo me mira, sé que quiere decir algo, pero no le doy la oportunidad. Para cuando se ha decidido ya es demasiado tarde. Me deslizo hacia atrás, alejándome de él.

Kaoru da un paso al frente y yo alzo un brazo entre los dos, haciendo que se detenga.

—Me has preguntado por qué me escondía. —Sonríó un poco y me estiro ligeramente, haciendo que mis hombros emerjan—. No quería que me vieras.

—¿Por qué no qu...?

No llega a terminar la frase, no le doy tiempo, porque me doy la vuelta cuando llego al borde de la alberca y la imagen de mi espalda desnuda es suficiente para quitarle el habla.

Me envuelvo enseguida con mi kimono y me giro una sola vez hacia él para ver su expresión.

La forma en la que me mira hace que mi corazón se dispare, pero no le permito verlo. Entro con rapidez en nuestra habitación y cierro la puerta.

Esta noche también me cuesta dormir.

Marzo

13

Lo que más me gusta de todo es su té

KAORU

Han pasado un par de semanas desde que dejamos el *onsen* de Kurama. Desde entonces, tengo la sensación de que mi relación con Eri ha retrocedido siglos. No hemos vuelto a hablar del beso que compartimos ni de la posibilidad de que se repita. Tampoco hemos hablado de fantasmas, de sus miedos o de esas preguntas tan complicadas que parece hacerse.

Me gustaría decirle que la vida puede ser mucho más fácil. Yo lo comprendí hace años. Un error puede cambiarlo todo, y las segundas oportunidades deben aprovecharse. Tengo la sensación de que Eri tiene ahora una segunda oportunidad y sería estupendo poder decirle que la tome y que deje atrás todo lo que le haga sufrir.

Perder el equipaje ligero suele ser fácil. A veces lo más difícil es desprenderse de las cargas pesadas que nos hieren.

Cuando veo la luz de su apartamento encendida, suelo asomarme al balcón y esperar a que ella salga también. Era algo así como un pacto entre los dos, salir a vernos al balcón. Pero su puerta ha permanecido cerrada desde que regresamos.

Hoy no es diferente. Oigo que vuelve tarde, tan tarde que yo debería estar dormido ya, pero aun así salgo a esperar.

Me fumo mi segundo cigarrillo del día mientras deseo oír el sonido de su puerta, ver su sonrisa aparecer al otro lado y compartir una de esas conversaciones extrañas, y un poco oscuras, que la hacen tan especial.

Pero no aparece.

Es mucho más tarde, cuando yo llevo ya dormido un buen rato, cuando algo me despierta. Siempre que ocurre algo así me levanto con el corazón desbocado y la mente en el *tantō* que guardo en mi mesilla. Quizá esta intranquilidad sea para siempre, un pago por todos mis errores.

Tengo a Hoki encima, maullando, y enseguida oigo también los ruidos que provienen del piso de al lado.

Eri.

Mientras me pongo en pie, cojo mi arma y voy hacia el balcón, solo puedo pensar en ella, en los tipos peligrosos con los que se junta, como Kishio, y en que no me lo perdonaría si le pasara algo estando justo a mi lado.

Cuando llego a su casa y abro la puerta del balcón, no estoy preparado para la escena que encuentro.

Eri está en el salón, empujando la mesa hacia la puerta, donde ya está también el sofá. De ahí provenían los ruidos, Eri moviendo muebles a las mil y una de la madrugada.

—Eri, ¿estás bien?

Se da la vuelta hacia mí como un resorte. Está despeinada. Algunos mechones de pelo oscuro se le pegan a la frente, húmeda por el sudor.

Lleva solo una camiseta que le queda demasiado grande y sus piernas están desnudas.

Jadea. Tiene los ojos rojos y parece al borde del colapso.

—El balcón —balbucea—. No me he dado cuenta del balcón.

Pasa a mi lado como un vendaval, sin detenerse siquiera, y va hasta la puerta de cristal para cerrarla y correr después las cortinas.

No comprendo su comportamiento y, francamente, me asusta.

—¿Qué es todo esto? —pregunto, dedicando una mirada a los muebles apilados junto a la puerta.

Eri se gira, como si no supiera de qué hablo. Abre la boca para responder. Sigue jadeante, sudorosa.

—Solo una pesadilla —contesta nerviosa.

—No se apilan muebles frente a la puerta por una pesadilla.

—Soy muy dramática —responde y sacude la cabeza—. Soy muy... dramática —repite. Sigue fatigada.

—¿Qué has soñado?

—Más que un sueño ha sido... una sensación. —Se frota los brazos y se rodea a sí misma con ellos—. Imagina a alguien al pie de tu cama, observándote, sin que tú puedas hacer nada.

—Tiene que ser aterrador, pero no hay nadie al pie de tu cama.

—Lo sé —contesta y se encoge de hombros—. Quiero ser racional, lo intento, pero...

—El miedo es el miedo.

Asiente. Intenta mantener la compostura, pero sé que está realmente asustada.

Le tiendo la mano.

—¿Te sentirías más segura durmiendo en mi apartamento?

Ella vacila. Sé lo que parece, lo que podría pensar, pero aprovecharme de una situación así es lo último que se me pasaría por la cabeza.

Conozco bien el miedo, la sensación de inseguridad, de que alguien te persigue... y no quiero que esté sola.

—Creo que será mejor que me quede aquí —responde, todavía abrazada a sí misma.

—¿Quieres que me quede en tu sofá?

Eri parpadea. Se relaja un poco y mira atrás, a donde ha arrastrado el sofá. Algo cambia en su expresión, en su forma de mirarme.

—Quizá cambiar de aires sí me venga bien —sentencia.

Vuelve a pasar a mi lado, pero esta vez me espera, inquieta. Los dos vamos a mi piso. Le dedica una mirada prudente a Shinatobe, despierto y curioso sobre su sombrero, y me sigue hasta el dormitorio.

—Puedes quedarte aquí, yo dormiré en mi sofá.

Asiente. No parece que tenga muchas intenciones de dormir y puede que yo tampoco lo haga después de este sobresalto. Mañana me quedaré dormido en todas las clases y las cinco horas en cocina por la tarde me dejarán agotado.

Se queda ahí de pie, observando mi cama deshecha, y yo decido darle espacio.

—Si necesitas algo, estaré justo al lado.

Apago la luz y me alejo, pero no cierro la puerta. La claridad de la noche es suficiente para que vea el sofá frente a mí en el salón, así que me acomodo, me estiro y cierro los ojos.

No han pasado ni dos segundos cuando escucho la voz de Eri a mi lado y siento que el sofá se hunde un poco. Acaba de sentarse al otro lado, a la altura de mis rodillas.

—¿Te importa que me quede en el sofá?

La forma en la que me mira... Si ahora me pidiese la luna, no sería capaz de negársela.

—Claro.

Hago un amago de levantarme, pero apoya una mano en mis piernas.

—Contigo.

Tardo un segundo en asimilarlo, pero acabo asintiendo. Podría preguntar por qué, podría ofrecerle dormir con ella en mi cama, que es mucho más grande y mucho más cómoda, y no tendríamos por qué sacrificarnos ninguno de los dos, pero intuyo que la calma que ha conseguido reunir Eri para venir aquí se quebraría bajo demasiada presión, así que no cuestiono nada.

Los dos nos quedamos en un sofá que apenas tiene espacio, cada uno en su lado. Nuestras rodillas se rozan cuando ella se encoge, pero no me atrevo a proponer otra cosa. Al final, a pesar de la incomodidad, siento que se queda dormida, por su respiración y el suave balanceo de su pecho.

Después, es cuestión de tiempo que yo me quede dormido también.

Me despierto unas horas después, por un ruido proveniente de la cocina. Cuando me levanto descubro allí a Eri, todavía despeinada, con una sola camiseta que apenas le tapa el culo, pero con mucho mejor aspecto que ayer.

—¡Ah, Kaoru!

Cuando se gira veo sus ojeras, el cansancio de su expresión, pero su rostro no está tan lívido como anoche.

—¿Qué haces? —Me sorprende verla en la cocina. De hecho, conociéndola, me sorprende verla en mi apartamento. Esperaba que se marchara sin decir nada y fingiera que nada de esto ha ocurrido, así que encontrármela aquí es toda una sorpresa.

—Preparo el desayuno —murmura con dos vasos en las manos.

Me asomo por encima de su hombro. Solo veo una tetera en el fuego.

—Ah, ya, es que solo sé hacer té. —Sonríe un poco, a modo de disculpa, pero a mí no me importa en absoluto.

Me aseguro de que no desayunemos solo eso. Cocino unas cuantas cosas y dejo que me ayude mientras tanto, pero cuando nos sentamos a la mesa a comer, lo que más me gusta de todo es su té.

Dos días después, la veo regresar andando a casa desde el balcón, pero no está sola, la acompaña el imbécil de Kishio. Comparten unas palabras cuando llegan a la puerta. Él le entrega algo que Eri guarda en el bolso, pero eso es todo. No hay ni beso ni abrazo de despedida, ni siquiera una cálida sonrisa. Solo se tienden la mano, la estrechan y cada uno se marcha por su lado.

Al cabo de unos minutos, Eri está en el balcón de al lado.

—Hoy has vuelto temprano a casa, gatito —me dice.

Arrugo un poco la nariz ante la forma en la que me llama, pero contesto.

—Solo tenía un par de clases por la mañana y hoy libraba en el restaurante. Tú te has despedido antes de lo normal de Kishio.

No dice nada, solo mira al frente, a la calle que se extiende a nuestros pies, a los tejados de los edificios más bajos a lo lejos y a las fachadas que se ven al otro lado.

Después de la otra noche, de que durmiéramos los dos juntos en el sofá, de las charlas sobre fantasmas, las cenas y los desayunos juntos, sigo sin comprender por qué Kishio, por qué no cualquier otro. Por qué no yo.

Es un pensamiento amargo y procuro no dejarlo mucho tiempo vagando por mi mente, pero ahí está.

Saco un cigarrillo de la caja y me lo meto en la boca para encenderlo.

—Sigo sin saber qué le ves a ese imbécil.

Eri parece sorprenderse por mi forma de hablar. Si hubiese dicho en voz alta todo lo que opino...

—Ya nada. Lo necesitaba por negocios; ahora he terminado con él.

—¿Qué negocios puede tener una mujer de... dieciocho, veinte años?

—Diecinueve. Trámites sin importancia. Kishio tiene contactos importantes, es una especie de... gestor, y me ha ayudado a conseguir lo que quería.

Escuchar eso me tranquiliza más de lo que me permito reconocer. No sé si es verdad o si me miente; sin embargo, quiero pensar que no tiene ningún motivo para hacerlo y, si es así, me da igual. Ha acabado con él. Se acabó.

—Podrías haber encontrado a un gestor menos capullo.

Eri sonrío un poco.

No dice nada más, pero tampoco vuelve dentro. Los dos nos quedamos en el balcón, cada uno en su lado, separados por una barandilla y en silencio, pero un poco menos solos.

Abril

14

Noche junto al cerezo en flor

ERI

Esta noche tendrá lugar el Gion no Yozakura; cerezos, paseos y mesas del parque Maruyama se iluminarán para que podamos disfrutar de los cerezos en flor.

Kana me ha propuesto vestir con *yukatas*, pero esta noche prefiero pasar inadvertida. No me atrevo a vestir con ropas tradicionales mientras soy Eri; es demasiado arriesgado y ahora mismo debo andar con cuidado.

Kana está preciosa con su *yukata* rosa y su melenita rubia recogida a la altura de la nuca. Yo he optado por unos vaqueros rotos y un jersey.

Senri y Kyō también cogen el autobús con nosotras. Kana me ha dicho que Kaoru se nos unirá más tarde, cuando acabe el turno en el restaurante.

El parque es muy hermoso. Ya no recordaba la última vez que había estado aquí. Llegamos un poco antes de que caiga el sol y paseamos hasta que las luces de los farolillos que han colgado por todas partes iluminan los cerezos en flor. Todos nos sacamos fotos con el Cerezo Llorón, un árbol enorme que tiene casi un centenar de años, y recorremos los estanques y los puentes que hay a lo largo del parque.

Sin embargo, una punzada constante en el estómago me impide disfrutar del todo. No dejo de preguntarme si esto no será una imprudencia, si no acabarán pillándome por descuidada o arrogante.

Hoy he hecho dos ingresos en el banco, dos sumas importantes; uno para una chica ingresada en un hospital a la que no he visto nunca, otro, para aquellos que me persiguen. El segundo no se hará efectivo de inmediato. Tamaki Kishio lo hará por mí cuando dé la orden.

Está todo preparado, todo pensado y planeado durante meses, pero siempre cabe la posibilidad de que algo se tuerza, y eso me inquieta demasiado.

Quiero esto. Lo deseo con toda mi alma, porque nunca he podido disfrutar de un festival con normalidad y rechazar amigos cuando nunca antes los has tenido es duro. Me gusta Kana. Apenas la conozco, pero sé que me caería bien, que seríamos buenas amigas si pudiéramos. También Senri, incluso Kyō, así que, por una vez, quisiera poder ser simplemente yo, disfrutar del festival en su compañía y fingir que ser su amiga no es imposible. Pero no puedo dejar de mirar atrás una y otra vez, preguntándome si alguien me habrá reconocido, si alguno de *ellos* habrá dejado de buscar a una chica con el pelo blanco para fijarse en mí.

Por eso me excuso unos instantes. Aprovecho que se han detenido frente a un puestecito de dulces y me retiro a un callejón entre dos tiendas para recuperar el aliento.

Cierro los ojos y cuento hasta diez, como siempre, mientras espero a que mi mente deje de

trabajar a toda potencia, a que deje de imaginar escenarios horribles. La dejo en blanco, lleno mis pulmones de aire y procuro calmarme. Si ya estoy aquí, lo mejor que puedo hacer es...

Ese pensamiento se congela antes de que lo formule.

Para cuando oigo las pisadas a mi espalda, ya es demasiado tarde. No me da tiempo a reaccionar y no soy capaz de girarme antes de que alguien me tape los ojos.

Se me sube la bilis a la garganta y siento que se me detiene el corazón. No puede acabar así. NO. NO. NO. No puedo haber durado tan poco.

Sé que no tendré ninguna posibilidad y, aun así, actúo por instinto, por supervivencia. Le doy un codazo a mi atacante y pego un fuerte tirón para zafarme de él.

Escucho un gemido ronco; he debido de hacerle daño. Sin embargo, no llego muy lejos, porque una mano fuerte me agarra por la muñeca y me empuja contra la pared.

Me quedo sin aire y, cuando lo veo, cuando descubro quién es...

Dejo escapar una exclamación.

Todo da vueltas y tengo que apoyarme en la pared para no caerme.

—Eh, Eri, ¿qué pasa?

Es Kaoru, sosteniéndose el costado dolorido, desorientado y... ¿preocupado? ¿Cómo se atreve?

—¿Tú qué crees? —le espeto y me adelanto para darle un empujón en el hombro—. No puedes dar esos sustos a la gente.

—¿Sustos? Es un juego.

—¿Un juego?! ¿A ti te parece divertido?

Él está desconcertado; yo, nerviosa, y un llanto histérico amenaza con surgir en cualquier momento.

—Sí, un juego. Yo me acerco por detrás, te tapo los ojos y te pregunto quién soy. Obviamente lo descubres por la voz, me lo dices, te suelto y nos reímos.

No respondo porque no sé qué decir. Me aparto de la pared mientras espero a que mi corazón vuelva a latir a un ritmo menos demencial y me pregunto qué tiene que estar pensando Kaoru de mí en estos momentos.

—Lo siento —murmura todavía algo perdido.

—No te preocupes. No tendría que haberte pegado ese codazo. —Intento quitarle importancia con un gesto y echo a andar—. Vamos con los demás. Te estábamos esperando para cenar.

Kaoru vuelve a agarrarme. Esta vez, me ha cogido de la mano.

Entrelaza sus dedos con los míos despacio y tira un poco de mí para que vuelva a su lado. Lo mucho que me reconforta ese gesto es inexplicable.

—Eh, ¿estás bien?

Intento sonreír.

—Solo me he asustado.

Kaoru me mira como si supiera que miento, como si viera todos los fantasmas que revolotean en mi estómago. Después de presenciar mi paranoia tras aquella pesadilla, no quiero saber lo que pensará de mí.

Está guapísimo. Con ese jersey negro de cuello alto, el abrigo largo y los pitillos ajustados. Un par de mechones de pelo resbalan sobre su frente y se ha recogido el resto en un moño samurái.

Kaoru da un paso más hacia mí. Está cada vez más cerca.

—¿Seguro?

Por un instante, pienso que sería fácil decirle que no todo marcha bien; que tengo miedo, que estoy deseando que todo esto acabe para poder empezar de cero y que cada día rezo a cualquier

dios que quiera escucharme para que mi juego no se acabe antes de eso.

Pero no lo hago.

En lugar de eso, sonrío un poco. Me basta con saber que en otra vida, quizá, podría haber sido sincera con él; que en otra realidad podría contarle lo que me preocupa y esperar que se quedara a mi lado sin ser destruido en el camino.

—Seguro —respondo.

Kaoru asiente y me devuelve la sonrisa. Esta vez, sí se la ha creído, así que salimos del callejón, de vuelta a las luces de los farolillos y de las tiendas, hasta el lugar en el que Senri intenta convencer a Kyō para que coma un dulce.

Kana se nos queda mirando fijamente en cuanto Kaoru los saluda a todos. En sus ojos oscuros hay una pregunta y en su sonrisa vacilante curiosidad.

—¿Buscamos... una mesa? —pregunto cuando me doy cuenta de que ninguno dice nada.

Kyō es el primero en reaccionar y Senri acaba siguiéndolo. Kana, en cambio, continúa mirándome.

No soy consciente de que lo que está ocurriendo hasta que sus ojos bajan un poco y descubro, al seguir la dirección de su mirada, que Kaoru me está dando la mano.

Ni siquiera me había dado cuenta.

Me la ha cogido en el callejón y ha debido de olvidarlo.

Espero algún comentario mordaz, pero Kana guarda silencio. Ni siquiera da una muestra de que se haya dado cuenta. Solo levanta la cabeza, me dedica una breve sonrisa y empieza a caminar con discreción.

Para mi sorpresa, Kaoru no me suelta. Estoy desconcertada y acabo deteniéndome. Solo entonces, cuando recupero la mano, parece que él también se da cuenta.

Compartimos una mirada breve, un poco confusa, y después Kaoru me hace un gesto y sigue a nuestros amigos como si no hubiera pasado nada.

Tal vez sea mejor así.

Es una noche bonita y tranquila. Nos quedamos aquí hasta que cierran el parque y todos tenemos que regresar a nuestras casas. Me gusta estar con ellos; compartir una confidencia con Kana, descubrir a Senri mirando a Kyō con disimulo o mirar yo a Kaoru sin que se entere.

Pero todo acaba, las flores caerán y las luces se apagarán.

Nos despedimos en el portal; todos, salvo Senri y Kyō, que deciden acabar la noche en el apartamento de este.

—¿Vosotros no queréis tomar nada? —pregunta Kyō.

Senri se mantiene sereno, como si no le afectara en absoluto que alguien más fuese con ellos, pero todos sabemos que espera quedarse a solas con él.

¿Se lo confesará? ¿Se lo habrá confesado a sí mismo ya? Es difícil saberlo. Por lo que me ha contado Kana, siempre ha negado que Kyō le guste; quizá siga diciéndose a sí mismo que lo suyo solo es parte de una amistad.

Ninguno acepta su invitación y los dos se retiran a su apartamento, entre risas, empujones amistosos y miradas repletas de anhelo en los ojos de Senri.

Mi piso está silencioso, demasiado. Cuando atravieso la puerta, el silencio cae sobre mis hombros como una losa. Me envuelve y me oprime el pecho sin piedad. Es tan grande, tan vacío, que lo siento en mi interior como un eco constante, como si el exterior fuera un reflejo del interior de mi pecho.

Antes de que pueda pensar qué estoy haciendo, me encuentro abriendo la puerta del balcón y saliendo por ella.

Kaoru ya está aquí. Al otro lado, como siempre.

15

Oscuridad, viento y estrellas

KAORU

Eri sale al balcón y camina hasta la barandilla que nos separa. Deja las manos sobre ella y espera a que me acerque.

No estaba fumando. No lo he hecho en todo el día. Tampoco he tenido tiempo de pensar en ello.

La noche es templada, pero se ha levantado el viento, y Eri se esfuerza por que su cabello oscuro no le tape los ojos.

Yo también apoyo las manos en la barandilla. Nos quedamos frente a frente, rodeados de oscuridad, viento y estrellas, hasta que el silencio se quiebra.

—¿No tienes sueño?

—No mucho. Además, escucho las risas de Senri al otro lado de la pared; no creo que me dejasen dormir.

Sonríe un poco.

Sus sonrisas siempre son limitadas, breves, sutiles y vacilantes. Tal vez por eso valgan el doble para mí.

—¿Tú no duermes? —le pregunto.

Baja un poco la cabeza.

—Tampoco creo que pudiese hacerlo.

El motivo no serán las risas, desde luego.

—Háblame —le pido en un impulso.

—¿Qué?

Sé que esto nunca sale bien, que no responde a la presión, a las preguntas o a la preocupación, pero no puedo callarme y quedarme de brazos cruzados.

—Puedes contarme lo que sea, Eri. Lo sabes.

—No hay nada que...

Se interrumpe cuando alzo la mano y acaricio su mejilla con los dedos. Van dos impulsos esta noche, dos decisiones que no he tomado con la cabeza, y no me arrepiento de ninguna de las dos.

—Kaoru... —Hay amenaza en sus palabras, una advertencia y algo de duda.

Yo no me detengo. Su mejilla está ardiendo. Cuando bajo los nudillos, me doy cuenta de que sus labios están fríos.

Eri se aparta un poco, pero no se separa de la barandilla. Tan solo echa la cabeza hacia atrás para interrumpir el contacto.

—Esto tiene que acabar.

—¿El qué?

—La ternura, las caricias. No puede seguir así.

Está afectada, un poco nerviosa. Yo también lo estoy, pero procuro que no se me note.

—¿Quieres que deje de ser amable? No lo entiendo.

—No es solo amabilidad —responde muy segura. Alza la cabeza con decisión—. Sabes

perfectamente lo que estás haciendo, y tienes que parar.

Me muerdo los labios. Quizá no sepa qué decir. Tal vez quiera morder los suyos.

—Pero ¿tú te escuchas cuando hablas? —la provocho—. Me estás pidiendo que deje de tener gestos amables contigo. A lo mejor tienes un problema.

Eri aprieta los labios. Ladea la cabeza y abre la boca para decirme algo, pero no llega a hacerlo. Estrecha sus hermosos ojos castaños.

—Los dos sabemos cómo va a acabar esto, gatito. Uno de los dos va a sufrir, y créeme, no seré yo.

Eso me molesta, me molesta más de lo que creía. Eso es lo que quiere, cabrearme, y ella sabe cómo hacerlo, pero yo también sé cómo hacer que ella pierda la cabeza.

—¿Ah, sí? Recuerdo haberte besado y que a ti te encantó que lo hiciera. Recuerdo también que tú continuaste ese beso.

Eri deja escapar una exclamación frustrada.

—Solo fue un beso robado —replica.

Se me ocurre algo.

No lo pienso demasiado.

—Tal vez tengas razón, lo robé, pero ¿sabes? Ya no lo quiero. Te lo devuelvo.

Tomo su rostro entre las manos, sus mejillas calientes y le doy un beso en los labios corto, salvaje y arrebatado.

Cuando la suelto, hay algo ardiendo en sus ojos. Primero pienso que es ira. Luego me doy cuenta de que es algo que impresiona mucho más.

No comprendo lo que va a hacer hasta que lo siento en mis labios. Es ella la que busca ahora mi rostro, se pone de puntillas y me besa con desesperación.

Sí que tiene los labios fríos. Durante unos segundos, solo puedo pensar en eso. Es un beso inesperado, impetuoso y torpe al principio, pero eso dura poco.

Levanto una mano para acariciar su rostro y ella desliza los brazos alrededor de mi cuello. Ocurre algo. Entre beso y beso, hay algo que cambia y lo transforma todo.

Durante un segundo el beso es precipitado y vehemente, y al instante se vuelve más tranquilo, profundo y hambriento. El ritmo se ralentiza; todo lo que había de desafío en él se pierde.

Solo quedamos los dos.

Siento como tira un poco de mí, como me busca y su cuerpo se acerca al mío. Siento el frío del hierro entre los dos. Ni siquiera me separo de ella. Maldita sea, no me separaría aunque hubiese un incendio. Me apoyo en la barandilla y salto al otro lado como puedo, sin soltarla y sin dejar que ella lo haga.

Enredo los dedos en su pelo, en su larga melena oscura, mientras camina hacia atrás y hacemos malabares para entrar por la puerta del balcón como podemos.

Me cuesta creer que esto esté pasando de verdad.

Pero aquí estoy, besando a Eri Nakahara, tropezando con algo justo al entrar y apoyándome en la pared para no caernos los dos.

Ese instante me sirve para mirarla, para poder verla bien.

Joder. Es preciosa.

16

Una tormenta dentro

ERI

Estamos a punto de resbalar. Mi espalda choca contra la pared y Kaoru se apoya en ella con los antebrazos para no caer sobre mí.

Me río y una risa ronca escapa de su garganta también.

Pero no pierde el tiempo.

Se agacha, rodea mi cadera con las manos y me alza. Esta vez, cuando me empuja y siento la presión de su cuerpo, me muerdo los labios para reprimir un quejido. Apenas me deja recuperar el aliento. Vuelve a acercarse a mí, a devorar mi boca con verdadera avidez y a cubrir el espacio que hay entre los dos.

No sé lo que estoy haciendo.

He dejado de pensar, y es una sensación maravillosa. Una liberación.

Solo quiero hundir los dedos en su pelo, acariciar la tinta de su cuerpo y contar los lunares que hay sobre su piel.

Bajo al suelo y le hago saber cuántas ganas tengo de que todo eso ocurra cuando lo tomo de la mano y le pido que me siga hasta mi cuarto.

Vuelvo a acercarme a él en cuanto cruzamos la puerta. Rodeo su cuello con los brazos, me pego a él y dejo que mi cuerpo tome las decisiones de ahora en adelante. Desnudarse es tan fácil como si lleváramos toda la vida haciéndolo. Ni siquiera me lo planteo cuando me deshago del jersey o me quedo en ropa interior. Solo actúo.

Él aún lleva la ropa interior cuando la mía cae al suelo. Ahora descubro que solo tiene un único tatuaje; el dragón que ya vi sobre su pecho y parte del brazo.

Durante un segundo me mira y no sabría interpretar esa mirada; incredulidad, dudas, expectación... quizá sea anhelo.

De pronto, me toma por los hombros y me da la vuelta. El corazón me late deprisa, tanto que asusta, y cada caricia descendiendo por mi espalda es un latido que se salta mi acelerado corazón. Sus largos dedos descienden por mi columna en un camino lento y dilatado, mientras siento su respiración en la nuca.

Coge mi pelo y lo deja a un lado, por encima de mi hombro, para seguir observando mi espalda desnuda.

—Un cerezo en flor —murmura.

Siento su voz contra mi cuello. Ronca, un poco grave, enturbiada por el deseo. Noto cómo desciende, cómo se agacha a mi espalda y sus manos viajan por mis muslos.

—Y una serpiente oscura.

De nuevo, al subir, sus dedos desencadenan una corriente que recorre mi piel.

—Un contraste interesante —murmura y pega sus labios a mi cuello.

Deja sus manos en mi cintura y besa mi piel, la muerde con suavidad y siembra un sendero de besos que me hace inclinar la cabeza para buscar su contacto.

—No es contraste, es armonía —contesto.

Me gira hacia él y la forma en la que me mira... Intento recordar cómo se respiraba.

—¿Cuál fue primero?

—¿Qué? —pregunto desconcertada.

—¿Cuál de los dos te hiciste antes?

No respondo enseguida. Sostengo su mirada, ese pedacito de océano capturado en sus ojos para siempre. Es una pregunta fácil o debería serlo.

La respuesta, en cambio, es peligrosa para mí.

Porque ha dado en el clavo.

—¿Qué importancia tiene eso?

Se encoge de hombros, pero yo sé que no es una pregunta fortuita. No sé por qué lo hago, no debería importarme, pero miento:

—El cerezo.

—Así que primero fueron las flores en primavera y luego la serpiente. ¿Qué pasó?

Es tal y como lo imaginaba; ha pensado lo mismo que habría creído yo, pero le he mentado.

—La serpiente es parte de mi vida —respondo y levanto la cabeza.

Podría pensar que todo esto está en mi cabeza, que esta conversación no es más que una charla sobre tinta, pero sé que hay algo más, que estamos hablando de algo importante.

En realidad la serpiente fue primero. El cerezo me lo hice hace un año, cuando Matvey murió. No era, ni mucho menos, un reflejo de mi estado psicológico; fue más un símbolo de lo que deseaba, de la vida que creía merecer. Pero Kaoru no tiene por qué saber que la esperanza fue después. No quiero que tenga una idea equivocada y crea que puedo salvarme.

—Es para siempre y me gusta que sea así.

Me preparo para la respuesta, para que me diga que a él le gusta más el cerezo; a cualquiera le gustaría más el cerezo. ¿Quién quiere oscuridad en su vida? ¿Quién quiere aceptar la parte peligrosa?

—A mí también me gusta —contesta sin pensar.

Parece sincero y algo se revuelve en mi estómago.

Estoy a punto de decir algo, de preguntar, sin metáforas, sin imágenes ni rodeos, pero no llego a hacerlo.

Kaoru da un paso hacia mí, con una mano toma mi rostro y con la otra rodea mi cintura para atrapar mis labios en un beso que dura muy poco. Después, me empuja con suavidad hacia la cama.

Cada movimiento hasta que él acaba desnudo también es lento. Cada caricia, cada mirada y cada susurro en el oído es tan dulce que todo mi cuerpo tiembla. Me derrito bajo su contacto, bajo la pasión y la delicadeza que encierra cada gesto, pero todo eso también me vuelve loca. Así que alargo la mano hacia la mesilla, busco en el primer cajón y le enseño un preservativo que él se pone sin pensarlo.

Me muerdo los labios. Cuando se acerca de nuevo hacia mí y sus labios rozan los míos, dejo las manos sobre sus hombros y lo aparto un poco.

Debo ser sincera con él; es lo más justo.

—Antes de seguir, tienes que saber que esto no va a volver a repetirse.

Parece confuso.

—¿Por qué? —inquire preocupado—. ¿No te está gustando?

Me apresuro por sacudir la cabeza.

—Al contrario, pero si queremos que esto salga bien tenemos que poner unas reglas.

—Y la primera es que nada va a salir bien porque no habrá una próxima vez.

Se aparta un poco de mí y una parte mezquina y cruel de mí se arrepiente de haberlo interrumpido antes de que ocurriera nada.

—Así nos aseguraremos de que todo vuelve a la normalidad entre nosotros —susurro y tomo su rostro entre las manos—. Volveremos a saludarnos en el pasillo, a través del balcón y pasaremos tiempo juntos cuando estemos con nuestros amigos.

Él frunce el ceño.

—Cuando estemos con nuestros amigos —repite—. ¿Eso quiere decir que tú y yo no vamos a pasar tiempo a solas?

Mi mitad más egoísta cada vez me odia más por haber decidido ser honrada justo esta noche. Ahora podríamos estar en silencio, enredados entre las sábanas y haciendo algo que he estado deseando desde que lo vi por primera vez. En lugar de eso estamos manteniendo una conversación delicada y estamos incómodamente desnudos.

Sencillamente maravilloso.

—No, si no queremos volvernos locos. —Me incorporo un poco bajo su cuerpo, buscando su contacto, buscando recuperarlo—. Olvídate de eso. Ahora no importa.

—Claro que importa —replica—. Me estás diciendo que después de esta noche fingiremos que no ha pasado nada, que ni siquiera somos amigos, ¿y quieres que siga adelante? Ni hablar.

Parece enfadado. Está serio y, sin embargo, todavía no se ha apartado.

—Ya te he dicho que uno de los dos se haría daño.

—Y ambos sabemos quién crees que será. ¿Por qué no dejas de preocuparte por mí y empiezas a pensar un poco en ti misma? ¿Qué hay de ti, Eri Nakahara? ¿A qué le tienes un miedo tan atroz?

Trago saliva.

—Puedes quedarte o puedes irte, pero no habrá más oportunidades para entrar en esta cama.

Algo ocurre en su expresión. Es como un chispazo, un instante de luz.

Frunce el ceño y sacude la cabeza. Luego, se muerde los labios y deja escapar una risa ronca.

—No es en tu cama donde yo quiero entrar —gruñe contra mis labios—. Me gusta estar contigo, y creo... sé que a ti también te gusta estar conmigo —continúa con dureza—. Mierda —suelta y se aparta de mí por fin.

Lo veo incorporarse, adecentarse y volver a ponerse los calzoncillos.

También coge mi jersey del suelo y me lo lanza para que pueda cubrirme con algo.

Ya está. Se acabó.

Sin embargo, no ocurre lo que yo pensaba. No continúa vistiéndose, no coge su ropa; simplemente se sienta frente a mí. Cruza las piernas a lo apache y se queda ahí como si nada, mirándome, esperando... ¿esperando qué?

—¿Qué haces?

—Has hablado de reglas, ¿no? Pues bien. Te voy a dar las mías.

—¿Qué...?

No me permite acabar.

—Regla número uno: no voy a meterme en esa cama hasta que no sepa que no es un capricho infantil.

No entiendo nada.

—¿De qué estás hablando?

—Regla número dos: si alguna vez lo hago eso no nos ata a ninguno de los dos. No es un contrato ni una promesa, pero para que ocurra antes tendremos que conocernos. Y eso nos lleva...

—No sé qué preten...

—A la regla número tres —concluye, ignorándome por completo—. Pasaremos tiempo juntos para conocernos y saber si esto merece la pena.

Parpadeo, confusa y completamente perdida.

—Creo que no lo has entendido. Kaoru, es evidente que buscamos cosas distintas.

—Oh, sí, lo he entendido a la perfección —responde—. Tú quieres alguien que te caliente la cama durante un par de horas...

—¿Un par de horas? —No puedo evitarlo, pero él hace caso omiso de mis palabras.

—Quieres a alguien de usar y tirar, y yo quiero una amiga. Como es evidente cuál de las dos posturas es menos tóxica, más sana y menos dañina, tú y yo vamos a seguir siendo amigos para ver si queremos que esto acabe aquí. —Estira los brazos y señala la habitación.

—No puedes creerte en serio lo que estás diciendo —le suelto sin dar crédito.

—¿Hay alguna regla que quieras cambiar o añadir?

—¡No! —protesto—. No quiero que...

—Estupendo.

Se pone en pie y recoge su ropa del suelo. No va a marcharse así, ¿verdad?

—Mañana tengo turno de tarde, así que estaré toda la mañana libre y podremos desayunar juntos.

—Kaoru, no pued...

—La cuarta regla es que no puedes seguir alimentándote mal. Nos vemos mañana, Eri —me interrumpe, de nuevo, y se acerca para darme un beso en la frente—. Me merezco esta oportunidad y tú también. Si supiera que solo piensas en mí de esa forma, como en un lío de una noche, te dejaría en paz. —Hace una pausa—. Pero te cogí la mano y sentí tu pulso.

Era acelerado.

Me quedo en silencio. No sé qué decir.

Kaoru no se viste para marcharse. De todas formas, no tiene más que saltar el balcón.

Cuando está en la puerta y yo sigo confusa e intentando asimilar todo lo que ha ocurrido en solo un instante, se vuelve hacia mí.

—Recuerda que también me gusta la serpiente, Eri.

Algo golpea mi pecho con fuerza.

17

Tiramos la toalla

KAORU

Cuando salto el balcón, Eri está en la ducha, pero eso no me impide hacer lo que me propongo. Para cuando escucho cómo se cierra el grifo, ya tengo la sopa de miso y el arroz servidos, y el *tamagoyaki* está casi listo.

Sé que le encanta.

No me molesto en avisarla de que he entrado, dejo que se dé cuenta por sí misma y no tarda mucho en hacerlo.

—¡Venga ya! ¿Qué haces aquí?

—El desayuno. Te avisé ayer.

—Y yo creo que te dije que no era buena idea.

—¿Desde cuándo es mala idea desayunar cosas deliciosas?

Eri suspira y oigo sus pasos descalzos hasta que está junto a mí. Tiene el pelo mojado y cae sobre su hombro izquierdo empapando la camiseta que lleva debajo. No lleva pantalones, pero teniendo en cuenta todo lo que vi ayer, creo que seré capaz de comportarme.

—Escúchame. Ayer no me dejaste hablar.

—No te dejé decir tonterías —replico mientras sigo vigilando el *tamagoyaki* y me pongo con el salmón.

—No. Esto es serio. No va a funcionar.

Me giro hacia ella y arqueo las cejas para hacerle saber lo que opino sobre sus miedos absurdos.

—¿Por qué?

Quiere decir algo, pero ni ella misma sabe el qué. Acaba sacudiendo la cabeza y encogiéndose de hombros.

—Mira, voy a ser sincera. No creo que esté hecha para este tipo de relaciones.

—¿Qué tipo de relaciones?

Sé que le molesta que le haga tantas preguntas. Yo no pienso ponérselo fácil.

—Relaciones románticas.

—Oh —murmuro solamente.

Eri se muerde los labios y espera a que diga algo más, pero no pienso hacerlo. Eso la saca de sus casillas.

—Perdona, Eri, pero... ¿te importa recogerme el pelo?

—¿Qué?

Le hago un gesto y le enseño la goma que llevo en la muñeca.

—Se me ha olvidado hacerlo y ahora no veo lo que hago. Como verás, tengo las manos ocupadas, así que... ¿te importa?

Sostiene mi mirada demasiado tiempo, tanto que creo que va a mandarme a paseo, pero contra todo pronóstico acaba cogiendo la goma.

Se pone frente a mí y alza los brazos, expectante, hasta que me inclino un poco para que llegue a mi cabeza. Esta vez, soy incapaz de ocultar una sonrisa.

—Si no dejas de sonreír...

—¿Qué? —la reto a un palmo de distancia.

Eri me dedica una mirada heladora, pero no termina su amenaza.

—Idiota —masculla.

Pero me recoge el pelo y lo hace bien. Podría haberlo hecho yo, pero esto es mucho mejor.

La sensación de sus dedos moviéndose entre mi pelo es cálida.

Estamos frente a frente, a unos centímetros de distancia y sé por la forma en la que aparta la mirada que ella también está pensando en lo fácil que sería besarme ahora. Sin embargo, yo no doy el paso. Solo permanezco quieto y en silencio mientras ella continúa y siento su respiración contra mis labios.

En cuanto acaba, me apresuro por terminar también con lo que estoy haciendo y sirvo los últimos platos.

Eri está sentada en la silla con las piernas desnudas recogidas contra el pecho y la cabeza apoyada en las rodillas. Me pregunto si a ella le costó volver a dormir tanto como a mí.

En cuanto me siento, le falta tiempo para lanzarse a por el *tamagoyaki*.

—¿Ves como salir conmigo tiene sus ventajas?

—Yo no diría que engordar sea exactamente una ventaja —contesta con los carrillos llenos—.

De todas formas, no vamos a salir juntos.

—Tenemos un trato.

—Yo no he aceptado nada —responde, segura de lo que dice.

Me quedo mirándola, intentando averiguar cómo llegar a ella.

—¿De qué tienes miedo?

—¡De nada! —responde frustrada—. Ya te lo he dicho. Las relaciones no son lo mío.

—¿Alguna ruptura difícil, un amor imposible, una historia... triste?

Me mira y lo entiendo todo de golpe. Es apenas un segundo, pero no necesito más.

—No has estado con nadie, ¿verdad?

—Ya te he dicho que el romanticismo no es lo mío.

—¿Todos los hombres con los que has estado han sido un rollito pasajero?

Eri debe de creer que estoy juzgándola, porque frunce mucho el ceño y deja los palillos a un lado.

—Todas las personas con las que me he acostado sabían que no iba a haber «desayunos» al día siguiente.

Asiento, sin saber qué más decir. Ahí está ella, firme, regia, serena.

La llama de la rebeldía arde en esos ojos castaños y yo tengo cada vez más claro que necesito intentarlo.

Los dos lo necesitamos.

—Tú y yo vamos a hacerlo diferente.

—Que no vam...

—¿Qué pierdes? —le pregunto—. ¿Qué importa que lo intentemos? Si no te gusta, te marchas. Así de fácil. Cualquiera de los dos se puede largar si todo se vuelve demasiado intenso y no podemos manejarlo.

Eri no responde, y eso es una buena señal. Se pone en pie y va hasta el frigorífico. Solo se apoya en él, en la puerta, para comprobar que está cerrado. Luego va hasta los fuegos y se asegura de que todos estén apagados. No es la primera vez que se lo he visto hacer y me pregunto si ella

se dará cuenta de que lo hace cada vez que se pone nerviosa.

En cuanto se sienta, la cojo de la mano y consigo que me mire.

—No importa si temes perderlo todo o si ya lo has hecho, incluso si te han hecho daño y has aprendido; déjame enseñarte lo que yo sé.

—¿Y qué sabes? —murmura, tan bajo que si no fuese porque la he visto mover los labios habría creído que lo he imaginado.

—No te lo puedo contar. Tengo que enseñártelo.

Sonrío y espero.

Eri toma aire y se queda mirando nuestras manos mientras acaricio sus nudillos con el pulgar.

—No quiero hacerte daño.

Veo un atisbo de esperanza y una sensación cálida me embarga.

—Descuida.

—Si me agobio o tú te agobias...

—Tiramos la toalla.

Le dedico una mirada interrogante y me tiende la mano libre.

Ha aceptado. Ha dicho que sí.

Cojo su mano, pero en lugar de darle un apretón tiro un poco de ella y me inclino sobre la mesa para darle un beso apresurado.

Por la forma en la que me mira, sé que le ha gustado.

Sin embargo, en cuanto cree que ya no la miro, veo que esboza una sonrisa triste, llena de dudas y... ¿remordimientos?

18

La ciudad de los ciervos

ERI

Ayer hice un trato con Kaoru, un trato del que me arrepiento cada vez que cierro los ojos y lo pienso detenidamente.

Él me gusta, claro que sí; es atractivo, es interesante y resulta fácil hablar con él. Pero está la misma cuestión de siempre: si es un buen chico, yo no quiero romperle el corazón. Si es malo... no quiero dejar que rompa el mío.

No lo he visto en todo el día. Quizá por eso salgo al balcón esta noche. Aunque una parte de mí teme encontrárselo, otra, más pequeña, oscura y débil desea verlo aquí fuera, reconfortarse en su ternura y dejar que la arrope con su calor.

Pero aquí no está. Es tarde y la luz de su piso está apagada. Puede que esté trabajando. Kyō sí que está ahí, dos balcones a la derecha. Sin embargo, solo me saluda con una inclinación de cabeza y apaga el pitillo que está fumando para volver dentro. Kana y Senri tampoco están en casa.

Ella tenía una función y su hermano ha ido a verla bailar. A mí me habría gustado, pero sé que personas que no me conviene que me vean suelen acudir a ese tipo de espectáculos y prefería no arriesgarme.

De pronto, me siento... sola.

Hay mil luces encendidas, en los pisos de abajo y en los de arriba, en los bloques de viviendas que hay al otro lado de la carretera y en los que se ven mucho más lejos, al otro lado de la ciudad.

Sin embargo, me siento terriblemente sola.

Desde que Matvey murió, me he sentido así durante mucho tiempo.

En el transcurso de un año he aprendido a tragarme los sentimientos sin dejar que la soledad me consumiera. Yo era mi única y mejor aliada. No necesitaba a nadie más; no debía necesitar a nadie más, porque no podía confiar en nadie.

Tuve unos cuantos romances, si se les puede llamar así. Algún chico en un bar que no volvería a visitar o una de las novatas de la organización que sabía que no duraría mucho tiempo y, por lo tanto, que no volvería a ver.

No tenía mucho más donde elegir, porque mi vida se reducía a cumplir órdenes y a escapar a alguna fiesta cada vez que podía. La música alta, el alcohol, las luces... y los encuentros de una noche. La evasión perfecta.

A pesar de mi vida, de lo que he sufrido y he experimentado, soy una persona enamoradiza. La regla número uno para no meter la pata: no enrollarme con nadie con quien desayunaría al día siguiente.

Después de que muriera Matvey, nada de eso cambió. Quizá, durante un tiempo, intenté retirarme a ese nirvana más veces de lo que habría sido sano. Dejar de pensar era mucho más fácil si no tenía la capacidad de hacerlo gracias al alcohol.

Luego decidí luchar. Descubrí la verdad sobre su muerte y tracé el plan que me ha traído hoy

aquí. Desde que decidí cambiar, empecé a tener menos tiempo para fiestas y para romances.

He tardado un año, pero merecerá la pena.

Por eso no recuerdo la última vez que alguien me dio un abrazo.

Tampoco recuerdo la última vez que alguien me besó antes de venir aquí o que me acosté al lado de otra persona.

Una luz me arranca de mis pensamientos y me vuelvo para ver cómo Kaoru entra en su salón. Su búho emprende el vuelo y va hacia él en cuanto entra por la puerta. Puedo escuchar su risa grave y ronca desde aquí mientras lo acaricia y hace malabares para deshacerse de su chaqueta sin soltar al búho.

Creo que se llamaba Shinatobe.

En cuanto se da cuenta de que estoy aquí fuera, una pequeña sonrisa se forma en sus labios y echa a andar hacia mí.

Pienso que es agradable la sonrisa, la ternura. Que es bonito ser la razón de una sonrisa.

—Hola —murmura bajito.

Lleva a Shinatobe al hombro y, de vez en cuando, acaricia sus plumas con cuidado.

—Hola —respondo.

Se ha puesto unos pantalones rotos que se le caen un poco, un polo negro ajustado y se ha recogido parte del pelo a lo samurái, como siempre.

¿Cómo no me va a gustar?

Camina hasta su barandilla sin decir nada más. Saca un pitillo de la cajetilla y se queda observándolo unos instantes, jugando con él entre los dedos.

Quizá debería decirle que retiro el trato, que se acabó. Si me pongo seria, si se lo digo sin dudar, me dejará en paz. Lo sé.

Sin embargo, algo se revuelve en mi interior cada vez que lo pienso.

Quiero esto, quiero estar cerca de él. ¿Me convierte eso en una persona egoísta? Yo ya le he dicho cuáles son mis intenciones, cuáles han sido mis experiencias en el amor. Sabe que no deseo nada serio, que si por mí fuera nos habríamos acostado y a otra cosa. Entonces, ¿no he cumplido ya con mi obligación moral? Pase lo que pase, yo ya lo había avisado de que iba a sufrir.

—¿Qué tal estás? —pregunta bajito.

Creo que habla así para no perturbar a Shinatobe.

—Muy bien. ¿Y tú?

Kaoru me mira como si no terminara de creérselo, como si tuviese algún motivo para mentirle. La verdad es que lo he hecho. No estoy nada bien, porque me cuesta dormir pensando en todo lo que está por llegar, porque no soy capaz de concentrarme más de cinco minutos en la misma tarea y porque no dejo de pensar que estoy siendo mala persona por querer disfrutar de la vida (y de Kaoru) aunque solo sea un ratito.

—Cansado. Un grupo de turistas que venía de pasar el día en Nara ha ocupado todo el restaurante y ha arrasado con toda la carta.

—¿Nara?

—¿No sabes dónde está? —se sorprende.

—Sí que lo sé, aunque nunca he estado.

—¿De verdad? —se extraña. Se acerca un poco a mí—. Quizá podamos ir algún día.

La idea me tienta y precisamente por eso siento una punzada de dolor, porque nunca será real. No puedo perder de vista para qué estoy usando a Kaoru. Pase lo que pase, debo seguir adelante con el plan, y sí que deberíamos salir juntos, pero no por lo que él piensa.

Me cuesta hablar, pero lo hago.

—¿Quieres venir mañana?

No aceptes. No aceptes. No aceptes.

Kaoru arquea tanto las cejas que me pregunto si lo estará haciendo a propósito.

—Mañana trabajo —contesta, y una parte de mí se siente profundamente aliviada—. Pero pasado soy todo tuyo.

Oh, no...

—¿De verdad?

Vuelve a guardar el cigarrillo que había sacado y me sonrío.

—Me has pedido una cita; no podía decirte que no.

Intento sonreír. Puede que Kaoru crea que estoy nerviosa, pero mi corazón late por algo muy distinto; por un deber, una promesa a mí misma y una traición.

Hoy no duermo. Vuelvo a revivir aquella noche en el santuario de Kamigamo, junto al Pozo de las Mentiras, y pienso en la única conversación que mantuve con Yui Hisakawa.

Me he preguntado muchas veces qué tipo de dolor debía sufrir para decidir cruzar la última puerta, la que la alejase de esta vida para siempre.

Yo he sufrido mucho, pero jamás me he planteado algo así, y precisamente por eso sé que lo que debió de experimentar ella fue atroz.

Recuerdo también cada punto del plan, reviso cada paso que me ha llevado hasta aquí y me levanto de madrugada para leer de nuevo el informe que tengo sobre Kaoru.

Me convengo de que es malo, de que la dulzura y la amabilidad no sirven de nada cuando has cometido un error tan devastador para otra persona y otra familia que perdió a su hijo.

Por su culpa murió un chico.

Ojalá no hubiese elegido a Kaoru. Ojalá fuera más fácil traicionarlo.

Cuando amanece me doy una ducha, tomo un té y me visto. Después me pongo la peluca blanca.

Cuando escucho un par de golpes en la puerta, sé que es la hora.

Hace tiempo que no me gustan los espejos; no es la imagen que proyectan, es la que tú recibes, y ahora mismo odio la mía.

Soy tan parecida a Yui... Cuando comprendí cómo podía usar lo que vi aquella noche en el santuario, junto al pozo, creí que era una oportunidad; ahora no estoy tan segura de que no sea una condena.

—Eri, ¿estás lista?

¿Lo estoy?

Agarro el pomo de la puerta, pero mis manos tiemblan. Una vez que haga esto, ya no habrá vuelta atrás. Será cuestión de tiempo que encuentren a Kaoru, y yo tendré que desaparecer de este apartamento.

Miro mi reflejo; el *yukata*, el maquillaje, el pelo...

El corazón me late con fuerza; la fría razón me dice que abra la puerta; el alma, que espere.

—¿Eri?

Kaoru aguarda al otro lado.

Aprieto el pomo de la puerta con tanta fuerza que me hago daño y lo acabo soltando.

—¡Dame dos minutos!

No necesito más. Es curioso lo poco que necesito para deshacer el nudo que hay en mi corazón, las dudas, la incertidumbre... Horas enteras pensando en lo mismo, y en unos instantes todo desaparece a medida que me deshago de la ropa, el maquillaje y la peluca.

Hoy visitaré Nara como Eri Nakahara, no como Yui Hisakawa.

Después de una hora de autobús, llegamos a Nara. Sé que estamos aquí porque una manada de

ciervos que cruza la carretera con total despreocupación hace que nos detengamos.

Son más de una docena. Hembras, machos y pequeñas crías. Ninguno de ellos se asusta del tráfico, de los ruidos o de los turistas que pasean tan cerca de ellos. Son muy hermosos.

Lo primero que hacemos al bajar es dar de comer a uno de ellos, aunque el experimento dura muy poco, porque en apenas unos segundos estamos rodeados de ciervos y nos quedamos sin galletas.

Visitamos el santuario de Kasuga, el de las mil linternas de piedra.

Recorremos su calle principal, el camino custodiado por las linternas tomadas por el musgo, los árboles protegiéndolas del sol y los *torii*, arcos rojos que delimitan la frontera entre el espacio sagrado y el profano.

Pasamos bajo una galería de arcos rojos y linternas doradas que cuelgan de las vigas y nos perdemos por el bosque que rodea el santuario.

No hablamos demasiado, pero agradezco el silencio.

Cuando acabamos, visitamos el parque Nara. Aquí hay incluso más ciervos que en el resto de la ciudad.

—Me gusta que no tengan miedo —murmuro.

Nos hemos sentado en un banco, cerca de una manada de ciervos que dormita a la sombra de un árbol. Una de las crías lleva un rato decidiéndose entre acercarse o no. Cada vez está más segura de hacerlo.

Kaoru le hace un gesto con la mano, la incita a acercarse, y esta estira un poco el cuello para olfatearlo. Cuando consigue que se aproxime del todo, acaricia su cabeza con suavidad.

Tiene una conexión especial con los animales.

—¿Por qué hay tantos? —murmuro, bajito, para no asustarla.

—Porque antiguamente se creía que eran los mensajeros de los dioses. Takemikazuchi, dios del trueno y de la espada, y una de las deidades del santuario que hemos visitado, llegó aquí a lomos de un ciervo blanco. Desde entonces, son animales sagrados.

Sin dejar de acariciarlo, alarga su mano libre para buscar la mía y la conduce hasta la cría de ciervo. Está tan distraída con Kaoru, tan tranquila, que ni siquiera se inmuta. Su pelaje es suave y aterciopelado, pero la sensación de sentir los dedos de Kaoru sobre los míos es aún más...

Lentamente, Kaoru le da la vuelta a mi mano. Deja de acariciar al ciervo y algo lo altera y sale huyendo.

—¿Qué es esto? —pregunta con suavidad.

No necesito mirar la palma de mi mano para saber a qué se refiere.

—Una cicatriz.

Una parte de mí quiere retirar la mano; la otra, desea que siga trazando un camino corto y repetido con el pulgar.

—Es bastante grande —observa—. ¿Cómo te hiciste algo así?

—Me corté con un cuchillo cuando era pequeña.

Una mentira y una verdad.

Kaoru me mira como si pudiese ver a través de mis palabras.

Deja de acariciarme, pero solo para poner su mano sobre la mía.

También tiene una cicatriz. Es más pequeña, pero se ve bien, blanca y rugosa, justo entre el pulgar y el dedo índice.

Es curioso, hace un par de noches lo vi desnudo. Parece que esa es la mayor intimidad con una persona, quitarse la ropa. Pues no es así. Si él no se hubiera marchado, yo lo habría visto desnudo, pero jamás habría descubierto esta pequeña marca.

Hay cicatrices a plena vista que, sin embargo, no se descubren con mirar una sola vez.

—Yo también me corté con un *tantō*, pero no era pequeño.

Me permito deslizar los dedos sobre la cicatriz y me pregunto si él sentirá el mismo cosquilleo que siento yo cuando es él quien me lo hace.

—¿Qué pasó? —pregunto, porque quiero una excusa para que su mano siga sobre la mía. Sin embargo, no espero que eso conduzca a lo que comienza a explicarme después.

—Empecé a interesarme por temas peligrosos. Me junté con chicos mayores que yo, dejé de ver a mis amigos del barrio, empecé a fumar... y aprendí algunas cosas que no debería haber aprendido.

Intuyo qué podría querer contarme y procuro sonar despreocupada, pero lo cierto es que el corazón me late con fuerza, porque puede que esta sea mi oportunidad para desterrar los remordimientos por lo que voy a hacer de una vez para siempre.

—Si una de esas cosas fue usar un *tantō*, entonces no aprendiste bien.

Kaoru se ríe y esa risa reverbera por todo su cuerpo hasta llegar a mí a través de nuestros dedos.

—Hice cosas de las que me arrepiento, ¿sabes? —confiesa—. Lo peor solo duró unos meses, pero me arrepentiré toda la vida. Un día estaba fumando mi primer cigarrillo con un chico mayor del instituto, y al siguiente...

Deja de hablar.

Trago saliva.

—¿Al siguiente, qué? —pregunto.

Necesito saberlo. Tengo escuchárselo decir.

—Ya sabes. Me metí en líos.

—¿Qué líos? —insisto.

Kaoru me mira como si decidiese si merece o no la pena contármelo.

Yo necesito que lo haga y no dejo que mi mirada flaquee ni un poco.

—Osaka es una ciudad tranquila, casi nunca pasan cosas malas, pero, a veces...

—En todas partes ocurren cosas malas —lo ayudo.

—Un poco antes de venir a estudiar aquí acepté un trabajo de uno de mis nuevos amigos. Estaba cansado del restaurante familiar. Veía cada vez más cerca un futuro que no deseaba, y cualquier cosa que me alejara de la rutina, de la tradición, de lo que se esperaba de mí era bienvenida.

Vuelve a guardar silencio. Ya no me mira a mí, ahora se ha quedado absorto en nuestras manos.

—¿Qué trabajo era? —pregunto intrigada.

Kaoru levanta la mirada despacio.

—Te lo cuento a cambio de que me digas la verdad sobre tu cicatriz.

—Es la verdad —respondo por inercia.

Me pregunto si él notará que me pone nerviosa, que me inquieta que sepa calarme tan rápido y ver cómo y cuándo tejo mis mentiras.

Conmigo conocer la verdad es peligroso.

—Venga. Cuéntamelo y yo te cuento la historia de la mía. Me parece un trato justo.

Retiro la mano lentamente porque ya no me siento tan cómoda. Soy yo la que repaso la cicatriz mientras barajo mis posibilidades.

—No te voy a juzgar —me dice, bajando un poco el tono de voz—. No puede ser peor que lo que me hizo a mí esta cicatriz. Y, si lo es, no me importa.

Me miro los pies, porque eso es lo que hago cuando siento que voy a caer. Noto el abismo

acercándose, unas garras acechando tras la espalda, mil alas oscuras volando a mi alrededor, tan alto y tan fuerte que no puedo escuchar nada y, sin embargo, cuando pronuncio la primera palabra, la tormenta se detiene. El abismo se cierra, las garras se arrastran de vuelta a la oscuridad y las alas desaparecen.

—Me lo hicieron con quince años. Una mujer traicionó a mi hermandad y le enviaron una amenaza de muerte: una carta y su emblema bañado en sangre, siempre lo hacen así. Me cortaron a mí para que aprendiera lo que ocurre si les das la espalda.

El corazón me late tan fuerte que temo que lo escuche. Recuerdo aquel día como si fuera ayer. Poco después de que alguien nuevo llegue, lo involucran en algo gordo, algo que impacte y deje marca. Así aprendes que van en serio, que no son matones de barrio. Matvey intentó protegerme, pero contra Ekaterina Kozlov no hay ninguna protección posible.

Kaoru ha ladeado un poco la cabeza. Ni siquiera sé qué va a pasar, qué va a decir o, peor, qué va a preguntar. Creo, solo creo, que estoy preparada para responder algunas preguntas, para contarle lo justo, para desenredar un nudo que me destroza el corazón desde hace años.

Sin embargo, no estoy preparada para lo que escucho.

Risa.

Se ríe, fuerte y jovial, y sacude la cabeza.

—Está bien. Capto el mensaje.

No se lo cree.

—No sabía que tuvieras tanta imaginación. Supongo que me gusta.

No se lo ha creído.

Podría insistir, podría levantar la voz y...

—Pasé droga unas cuantas veces. No me gustó la primera y me detesté al hacerlo la segunda. Después de la primera semana no era capaz de mirarme en el espejo, pero estaba muy perdido, tenía miedo y no sabía cómo escapar de eso.

Hay pena en sus ojos, un remordimiento profundo y arraigado que probablemente no se vaya nunca.

Sin embargo, incluso algo así es mejor que todas las cosas que yo hice, que contemplé y callé.

—Pero conseguiste escapar y eso es lo que importa, ¿no? —Espero que me cuente el resto, que hable de esa oscuridad que yo sé que existe.

Kaoru apoya los codos en las rodillas y se inclina hacia delante.

—A veces creo que nada de lo que haga reparará el daño que les causé a esas personas.

—Pero tú solo eras el intermediario —le digo, apenada por su gesto y rogando que no guarde silencio.

—Si no hubiera intermediarios, las personas como Kyō lo tendrían mucho más difícil para conseguir un chute.

Ahí está. Por eso le duele tanto verlo mal; le duele como a todos sus amigos, pero a él de una forma diferente, más personal.

—Pero... eso no es todo, ¿verdad?

Kaoru sostiene mi mirada. Veo que su nuez se mueve en su garganta al tragar.

—Hubo un problema en una de las ventas, un chaval nos sacó un *tantō*. Sabía que mi compañero también iba armado y quería evitar que sacara su arma, así que me puse nervioso, me precipité y forcejamos; así me hice esta cicatriz. Logré desarmarlo, pero para entonces mi compañero ya estaba cabreado e intentó atacarlo. Yo no quería que le hiciera daño y me interpusé en su camino. Empezamos a pelear de verdad. Todo fue muy confuso. Fui capaz de defenderme al principio, pero él había estado en muchas más peleas y estaba armado. Cuando quise darme cuenta

estaba tan jodido que no era capaz de levantarme. Entonces mi compañero se enfrentó al otro chaval y...

No termina de hablar, no es capaz. Tomo su mano y la presiono con fuerza. Kaoru alza sus ojos hacia mí.

—¿Qué pasó?

Su mandíbula se tensa.

—Él me hizo esta cicatriz, pero se llevó una puñalada de mi compañero. —Se encoge de hombros, toda la desolación de su alma se escapa a través de ese gesto—. No sobrevivió.

El corazón me late a toda potencia y no puedo evitar soltar su mano.

Si está mintiendo, es una actuación increíble.

—¿Tú no... tú no lo mataste?

—No —responde, dolido por mis dudas o por el recuerdo—. Claro que no.

No puede ser cierto. Si lo que dice es verdad, ¿por qué aparecía como culpable en el informe que conseguí? No sé cómo, pero tengo que descubrirlo; no puedo volver a casa con una pregunta más. Necesito la verdad.

—¿Detuvieron a tu compañero?

Sacude la cabeza.

—La gente para la que trabajaba intercedió. Él se libró y a ojos de la ley solo hubo dos personas peleándose en aquel callejón; un chaval que acabó malherido y otro que tuvo muy mala suerte. A mí me dejaron libre y nadie habló del asunto más de la cuenta.

—¿Cómo es posible?

Sé cómo es posible, pero no soy capaz de permanecer en silencio.

—A veces las cosas son así.

Algo helado se desliza dentro de mi pecho al darme cuenta lo que he estado a punto de hacer, a quién he estado a punto de condenar. Me cuesta respirar y no me doy cuenta de que estoy temblando hasta que Kaoru toma mi mano.

—No estás en peligro por estar conmigo, no te preocupes. Hace mucho que dejé esa vida.

Tengo tantas ganas de reír como de llorar y me cuesta mantener lo que siento bajo control. Son demasiadas emociones que gestionar.

—¿Cómo escapaste? —pregunto, porque eso es lo que importa, que escapó, que consiguió huir y dejó todo eso atrás. Quiero que lo sepa, que piense en ello y deje de mirarme como si pensara que le tengo miedo. Oh, Kaoru, si tú supieras...

—En cuanto salí del hospital decidí que no quería quedarme cerca de ellos. Cogí todo el dinero sucio que había ganado, compré un billete a Kioto y desaparecí.

—¿Y tus padres? —me atrevo a preguntar.

—Mis padres saben la verdad. No les hizo mucha gracia que decidiera marcharme. Siguen sin entenderlo, porque quieren que herede el negocio familiar, pero al menos volvemos a hablarnos. Nos vemos en verano y durante algunas fiestas.

Creía que lo habían repudiado, que lo habían echado de su hogar por el crimen que cometió.

—Acabarán por entenderlo —susurro.

Se encoge de hombros y sacude la cabeza, como si así ahuyentara los jirones oscuros de su pasado, alrededor de sus muñecas, de su garganta, de sus labios. Así es como me siento yo cuando pienso en un pasado demasiado cercano.

—Puede que sí. —Sonríe—. Pero lo importante ahora es que yo sigo sin saber tu historia.

Esta vez no me planteo contarle la verdad.

—Quería sorprender a mi madre con unos pasteles caseros y me corté intentando cocinar.

Ambos sonreímos. Mi sonrisa es falsa, la suya real, y eso es lo que importa, ¿no?

Antes de marcharnos, hacemos una última visita. Isui-en es un lugar hermoso, tranquilo y silencioso. Una casa de té se encuentra al borde de un jardín flotante en mitad de un paisaje idílico. Hemos tomado té y nos hemos sentado a orillas del estanque a respirar. Solo a respirar.

Hemos apurado hasta el último minuto en la ciudad y cuando regresamos a casa ya es casi medianoche.

Nos despedimos en el pasillo, pero, aun así... Tengo que salir al balcón.

Hoy han pasado demasiadas cosas que tenía que asimilar. Si hoy hubiese sido Yui, si hubiera dejado que me vieses con Kaoru y atasen cabos... Lo que he estado a punto de hacer es demencial y me aterroriza pensar que he estado tan cerca de poner en peligro a una persona buena.

Cuando salgo, Kaoru también está aquí.

En cuanto me ve, deja escapar una risa ronca y suave y se pasa una mano por el pelo, apartando un mechón que cae sobre sus ojos azules.

Él no me pregunta qué hago aquí fuera y yo no se lo pregunto a él.

Puede que los dos lo sepamos.

—Me ha gustado ver Nara —le confieso.

Tengo hielo en la garganta y en el estómago, plomo en el corazón.

—Me alegra oír eso. A mí también me ha gustado hacer algo nuevo.

—Pero tú ya habías estado —replico.

—Pero no contigo.

Sonrío. Es inevitable. Miro al frente y me pregunto si lo habrá notado, si se dará cuenta de que detrás de cada sonrisa hay una punzada de arrepentimiento. Y hablando de cosas de las que arrepentirse...

—¿Quieres pasar? —Me avergüenzo un poco; no por la propuesta en sí, sino por lo que implica. No soy la heroína de esta historia; soy la mala, y él, la víctima.

—No.

—¿No? —me extraño.

Kaoru no se mueve de donde está, pero se gira para mirarme.

—Si paso voy a intentar besarte, y creo que tú me dejarás. Te besaré como solo yo podría besarte, tú susurrarás mi nombre contra mis labios y yo ya no podré soltarte. —Hace una pausa grave y pesada y suspira—. No. No voy a pasar, Eri.

Me falta el aliento.

—¿Tan malo sería eso?

—Oh, no —contesta, sonriendo un poco. Es esa media sonrisa suya, tan canalla pero tan tierna—. Sería la forma perfecta de terminar la noche, sería estupendo, pero después no podría parar, y creo que tú tampoco querías que lo hiciese. Por eso me quedo en mi balcón.

Me muerdo un poco los labios. La verdad es que me apetece todo lo que ha dicho. Las ganas que tengo de besarlo son enormes.

—¿Tan poco te fías de mí?

—No me fío nada de ti, Eri Nakahara. ¿O es que me he equivocado en algo?

Baja un poco el tono. Se mete las manos en los bolsillos y da un paso hacia mí. Yo doy dos más hacia la barandilla que nos separa. Apoyo las manos en ella y me pongo de puntillas hasta que mi rostro queda a unos centímetros del suyo.

—Has acertado en todo —respondo y me estiro un poco hasta que consigo darle un beso en la mejilla. Hoy con eso me basta.

Lo veo dudar, bajar la mirada hacia mis labios y crispas un poco los nudillos mientras agarra la

barandilla, pero no se mueve.

Creía que me sentiría decepcionada, pero cuando vuelvo a entrar en casa tras una tarde perfecta y un beso inocente, me doy cuenta de que si pudiera cambiar algo, no lo haría. Ni siquiera cambiaría mi pasado, mis errores o mi oscuridad. Hace tiempo asumí que todo eso forma parte de mí e incluso si eso hace que lo que siento por Kaoru jamás sea del todo real, no me importa. Esta soy yo.

Mayo

19

La princesa de la luna

KAORU

Las tardes en el piso de Kana son más agradables ahora que Kyō no está colocado. No sé hasta dónde llega su relación, pero Senri y él parecen felices.

Kana los mira de la misma forma que yo, con alivio y algo de desconfianza. Hace muy poco que Kyō logró salir de ese pozo oscuro en el que se metió de nuevo, y los dos sabemos que las recaídas suelen ser fáciles.

Cuando caes, la caída es tal que rompes el fondo que tocaste la última vez.

Por su bien, espero que no le vuelva a pasar.

La única que falta hoy es Eri. No la he visto desde ayer, desde ese día increíble en Nara y ese casi beso en el balcón. Nunca habría imaginado que algo que no había llegado a pasar me hiciera sentir tan pleno.

Cuando vuelvo a mi piso, Eri todavía no ha regresado, pero al poco rato de entrar, oigo ruidos en el balcón y sé que es ella.

Shinatobe ulula desde su sombrerero cuando la oye y yo salgo de la cocina justo a tiempo de ver cómo abre la puerta del balcón con Hoki en brazos.

—Creo que se te ha perdido esto —murmura y se agacha para dejar al gato en el suelo.

Lleva un vestido negro ajustado y un poco abierto en el costado.

Vaya. Está impresionante, realmente preciosa. Me pregunto de dónde vendrá.

—Sabes que puedes usar la puerta, ¿verdad?

—Tú tampoco lo haces y además... —Deja la frase en el aire y clava los ojos en Shinatobe.

Cuando me doy cuenta de por qué lo hace se me escapa una risa.

—¿Sigues con eso?

Dejo lo que estaba cocinando, me quito el delantal y voy hasta Shinatobe para pedirle que se suba a mi mano. Lo cojo con cuidado y lo acerco hasta donde se encuentra ella, que da un paso atrás.

—No les gusto a los pájaros.

—Tú no les gustas a ellos... interesante —le digo y doy un paso más.

—No te miento.

Ella no bromea. Da otro paso atrás.

—Parece terrible —bromeo.

—Te lo digo de verdad. Por favor, no te acerques con eso.

—Él —la corrijo. Sigo avanzando.

—¡Él! Pero no te...

Alargo la mano hasta coger a suya y, contra todo pronóstico, no la aparta. Me deja que la guíe

hasta Shinatobe y siento que sus dedos se hunden en su pelaje.

—¿Ves como es bueno? No le haría daño a una mosca.

Eri está concentrada acariciándolo, como si estuviera preparada para salir corriendo en cualquier momento, aunque no lo hace.

—No te he visto en todo el día —le digo bajito.

—Tenía algunas cosas que hacer —responde, sin apartar la mirada de Shinatobe. Ahora mismo, no sé quién de los dos tiene los ojos más grandes.

—¿Qué cosas?

—Recados —contesta—. He estado en el hospital.

—¿Tienes a alguien importante allí?

Acaricia al búho unos instantes más antes de apartarse, me dedica una mirada divertida y camina de espaldas hasta que da con la mesa y se sube a ella de un salto.

—No importante para mí —acaba respondiendo y acto seguido sonrío. Sé que va a cambiar de tema antes de que abra la boca—. ¿Qué estabas cocinando?

—¿Por qué? ¿Tienes hambre?

—Puede que un poco.

Balancea las piernas y me sigue con la mirada cuando vuelvo a la cocina y cojo el delantal. Esta vez, no me lo pongo. Me acerco a ella y se lo paso por el cuello. Siento su respiración en los labios cuando me inclino para atárselo a la espalda, pero no se mueve.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —me pregunta, divertida.

—¿No tenías hambre? Pues vamos a hacer la cena.

Levanta un poco las cejas y se muerde los labios.

—¿De verdad quieres arriesgarte?

Esta vez soy yo el que ríe. Le tiendo la mano para ayudarla a bajar de la mesa y hacemos la cena juntos, aunque lo más justo sería decir que yo hago la cena y ella ensucia.

No me importa. No me importa en absoluto, porque su risa es contagiosa. Tiene algo frío, extraño, como si hubiese estado guardada en un cajón durante mucho tiempo y por eso es tan especial oírlo. A veces parece como si ella misma se sorprendiera de su risa.

Los dos acabamos en el balcón. Saltamos a su lado y Eri hace un amago de entrar en casa para sacar otra silla, pero yo no se lo permito. Me siento en la mecedora y tiro de su muñeca para que se siente sobre mí.

Me mira con escepticismo, arquea una ceja y arrastra los pies con deliberada lentitud, pero acaba aceptando. Se acomoda sobre mí de medio lado y, cuando apoyo una mano en su muslo y la otra en su espalda, siento tensos todos y cada uno de sus músculos.

Demasiada intimidad para ella.

No quiero presionarla, así que se me ocurre algo. Señalo la luna. Está creciente.

—La historia de la princesa Kaguya es el texto japonés más antiguo que existe. Es un cuento del folclore del siglo ix y narra la historia de una niña que provenía de la luna. —Como veo que no responde, continúo—. Unos ancianos la encontraron en un tallo de bambú y la acogieron en su hogar como un regalo. Cuando creció, la belleza de Kaguya era tal que cinco príncipes pretendieron su mano, pero ella les puso pruebas imposibles de cumplir a todos ellos. Incluso el emperador quiso casarse con ella, pero Kaguya no podía, porque nunca había sido realmente libre y sabía que pronto debería regresar a la luna, su verdadero hogar. El ejército del emperador intentó frenar a los seres lunares que llegaron para buscarla, pero fue en vano. Kaguya bebió el elixir de la inmortalidad, se despidió de su familia y entregó dos cosas al emperador: una carta de despedida y una astilla con el elixir. Roto de dolor, el emperador hizo quemar la astilla y su carta

de respuesta en el monte Fuji, para que así sus palabras llegaran hasta Kaguya. Se dice que de ahí le viene el nombre al monte: Fuji, «que nunca muere» y que el humo de aquella hoguera puede verse a veces.

Cuando acabo, descubro que Eri me mira, pero es difícil saber en qué está pensando. Sus ojos son expresivos, pero encierran un millón de secretos.

—A mí también me gustan las películas del estudio Ghibli.

Casi me atraganto.

—La adaptación es muy diferente —protesto.

—Ya me sabía la historia —contesta con total descaro—. ¿Creías que ibas a impresionarme con el argumento de un cuento para niños?

—¿Perdona? Estudio una carrera, lo he aprendido en literatura medieval.

—Y yo he aprendido lo mismo viendo películas. Uno de los dos no lo está haciendo bien y, créeme, no soy yo.

Me entran ganas de matarla, pero en lugar de eso la abrazo tan fuerte contra mi pecho que no dejo que se mueva y le hago cosquillas. Eri protesta, intenta librarse y patalea, pero no tiene tanta fuerza. Le lleno de besos la frente, el rostro y el cuello, y ella se retuerce y ríe.

Cuando paro y tengo que volver a retenerla para que no se levante y se aleje, se deja caer contra mi pecho, jadeante, y me doy cuenta de que parte de la tensión la ha abandonado ya.

Siento su respiración contra mi cuello, sus labios cerca de mi piel y su suave aliento cuando habla.

—No te acostumbres a esto —murmura—. Hicimos un trato, esto podría acabar en cualquier momento.

—¿Por qué dices eso? —inquiero, alarmado, y la aparto un poco de mí.

—Porque quiero que los dos lo tengamos presente.

De pronto alza la mano y siento sus dedos hundiéndose en mi pelo.

Aparta un mechón de mi frente y eso es todo lo que necesito para perder un poco, solo un poco, la concentración.

—¿Por qué piensas en esas cosas?

—Solo quiero tenerlo claro —repite.

Desliza la mano por mi rostro en una caricia lenta y meditada sin apartar sus ojos oscuros de los míos. Esa forma de mirarme, de mirar mis labios, prende algo en mi pecho.

No insisto, no soy capaz de decir nada más. Solo aguardo. Espero mientras ella desliza sus dedos por mi mejilla, recorre mi pómulos y la línea de mi mandíbula, y acaba en mis labios.

—Tienes unos ojos muy bonitos —susurra.

—No me estás mirando a los ojos.

Eri me mira unos segundos antes de cerrarlos, de hacer que yo también los cierre, inclinándose hacia mí y pasando una mano tras mi cuello con delicadeza.

Me besa y yo respondo al beso, me entrego a él, rodeo su cintura con las manos y la acerco más a mí. La abrazo con fuerza, la estrecho entre los brazos y deseo que esta noche sea eterna.

20

Sin cuerda de seguridad

ERI

Ahora que he descartado a Kaoru como parte del plan, que he decidido que no pueden relacionarlo con Yui bajo ninguna circunstancia, la siguiente parte del plan es sencilla: dejar que me sigan y encuentren mi falso apartamento.

Llevo un vestido por encima de las rodillas, elegante y distinguido, el tipo de vestido que le habría gustado a Yui Hisakawa. Tengo un hombro al descubierto y el otro queda cubierto por una manga ancha y con vuelo. Es rojo, de un rojo intenso sobre el que destaca el cabello blanco, que me tapa la parte de los tatuajes que de otra forma quedarían a la vista.

Con este vestido Yui se lo habría recogido, pero yo quiero que vean el pelo.

Esta vez, elijo otro lugar para hacer mi aparición. Que me viesen en el mismo lugar dos veces sería un descuido demasiado grande para Yui, incluso estando desentrenada.

No llevo bolso, tan solo un billete de 1000 yenes en el sujetador para poder pagar el autobús de vuelta. Si me atrapan, si llegan a cogermelo, no quiero llevar nada que pueda decirles dónde vivo de verdad. Si encontraran a Kana, a Senri, a Kaoru o incluso a Kyō por mi culpa, nunca me lo perdonaría.

A Ekaterina le daba igual hacer sufrir a un inocente si eso la ayudaba a conseguir su propósito, y no creo que aquí funcionen de forma diferente.

Esta vez, mi objetivo son los hombres y mujeres que charlan en el exterior de una tienda de electrónica. Sé que es nueva, no estaba aquí hace cuatro años y eso juega un punto a favor. No tendría por qué saberlo. Que me viesen una vez en aquel gimnasio, pase. Que me viesen una segunda en otro local que les pertenece, demasiado sospechoso. Pero esta tienda... esta tienda me da la excusa perfecta.

La veo cuando estoy a unos pocos metros. Solo hay un hombre y una mujer en el exterior. Puede que ellos no conozcan a Yui en persona, pero después de mis últimos movimientos estarán alertados.

Estoy a solo unos pasos. Unos metros más y...

Uno de ellos me ve. Me echa una de esas miradas distraídas de quien no está prestando mucha atención. Me olvidaría si no fuera por lo que hago a continuación.

Me detengo bruscamente. Me quedo unos segundos a un par de metros. Quieta. Observándolos. Y me cambio de acera de inmediato.

Deben de ser novatos, porque les cuesta más de lo que había calculado responder. Se podría decir que casi tengo que esperarlos, pero al final lo hacen y me siguen.

Los veo cruzar la calle detrás de mí por el rabillo del ojo. Mantienen una prudente distancia, porque esta calle está concurrida y supongo que no querrán una persecución en un lugar con tantos testigos, pero cada vez me alejo más de la calle principal y eso solo significa una cosa.

Acortan la distancia.

Son tres, dos mujeres detrás de mí y un hombre en la acera de al lado, por si decido escapar

por allí.

Bien. No son muchos. Podré hacerlo.

En cuanto siento que me quedo sola, que la calle no es tan concurrida, giro a la izquierda y me escabullo por un callejón. No corro porque no quiero alarmarlos; quiero que piensen que no me he dado cuenta de que me siguen.

Solo continúo y continúo con el corazón en la boca, hasta que veo el bloque de mi falso apartamento a lo lejos.

Si tengo suerte, puede que no tenga que correr. Entraré en el apartamento, me aseguraré de que nadie me ve escabullirme y me escaparé antes de que vengan a registrarlo, porque sé que vendrán. Lo siguiente será amenazar o sobornar al casero, y él les dará un nombre falso y, después de un poco de presión, el de Yui Hisakawa.

Necesito un par de intentos para acertar con la llave en la cerradura, porque estoy nerviosa, pero finalmente consigo abrir la puerta y, por fin, puedo respirar un poco más tranquila.

En lugar de seguirme podrían haber intentado cogermelo, pero sé cómo trabajan. Ha sido arriesgado, pero ha salido bien.

Estoy a punto de guardarme la llave en el sujetador cuando, de pronto, lo veo. Pasa un segundo desde que me doy cuenta hasta que un escalofrío baja por mi columna vertebral.

Es la alfombra. Tiene un pliegue en la esquina.

Entonces, pienso dos cosas.

Una, que estaba bien cuando la dejé. Yo suelo fijarme en esas cosas, es algo así como deformación profesional.

La segunda, que tengo que salir de aquí, porque no estoy sola.

Sin embargo, no me da tiempo.

Siento el golpe antes de que me alcance, mucho antes de que el canto de una mano se estrelle contra mi mandíbula. Intento esquivarlo, pero no lo consigo.

Sé que mi única posibilidad ahora es escapar.

Así que no pierdo el tiempo.

Me giro hacia la puerta, pero alguien me lo impide. Siento sus manos en el hombro y eso me recuerda que si consigue agarrarme del pelo, estaré perdida, porque entonces me quitará la peluca, todo el plan no servirá de nada y yo habré perdido un año de mi vida o puede que mucho más.

Plan B.

Le barro las piernas de una patada y gano un poco de tiempo. Que me hayan enseñado a rehuir los enfrentamientos no quiere decir que no sepa un par de trucos.

Corro hacia la ventana, porque esa es ahora mi única opción. Consigo abrirla y estoy a punto de salir a las escaleras de incendios cuando me derriban por detrás. Caigo al suelo con estrépito y siento un dolor seco en las rodillas.

Mala caída.

Antes de que pueda ponerme en pie, alguien me agarra del hombro, me gira y me aprisiona contra el suelo. Es una mujer rubia, con rasgos occidentales, y eso me inquieta.

¿Ella me ha encontrado ya? Creía que serían los de la organización de Yui, pero no creo que esta mujer trabaje para los japoneses.

Su acento ruso me lo confirma cuando habla.

—Oh, no te vayas tan rápido. Alguien te echa mucho de menos, Eri. ¿O debería decir Yui?

Ha funcionado. Al menos, una parte del plan, pero si no logro salir de aquí todo eso no habrá servido de nada.

Intento revolverme. No es mucho más grande que yo, pero aun así tiene más fuerza, así que tendré que recurrir al juego sucio. Le doy un rodillazo en el vientre y aprovecho el instante de distracción para escabullirme, pero no llego muy lejos. Siento un rechazazo en el pómulo, esta vez un puñetazo directo y limpio, y al instante estoy arrastrándome sobre el suelo.

La he cabreado, el golpe ha sido fuerte.

Antes de que consiga ponerme en pie del todo, me propina un fuerte puntapié en el estómago y vuelvo a caer. Ni siquiera tengo tiempo para respirar. Me agarra de la manga del vestido, desgarrándola, me da la vuelta y vuelve a cruzarme la cara.

Se me escapa una exclamación.

—Ya sabes cómo funciona esto. Te portas bien y yo me porto un poquito menos mal — masculla.

Estoy perdida. Estoy completamente perdida. No podré escapar de ella ni de los demás. No seré capaz de salir de este apartamento por mi propio pie. Me dejará inconsciente y entonces me sacará a rastras de aquí.

Lo he visto hacer demasiadas veces como para poder imaginar otro escenario. Despertaré en un lugar sin ventanas, frío y oscuro, sin saber si he dormido una hora o un día, sin saber si estoy en Kioto o me han llevado lejos de aquí.

Mi cabeza empieza a dar vueltas. Vamos, piensa, piensa, piensa...

Pero no hay nada que se me ocurra, nada que me libre de esta, que consiga...

Se escuchan tres golpes. En la puerta. A nuestra espalda.

Mi captora se gira. Siento cómo se tensa sobre mí.

—Ni se te ocurra...

No dejo que acabe. Grito con todas mis fuerzas, un grito poderoso y agudo, que hace que ella criske los nudillos y me dedique una mirada que promete dolor.

Pero no le da tiempo para cumplir su amenaza. Empiezan a aporrear la puerta y eso hace que ella se debata entre quedarse aquí para averiguar quiénes y cuántos son o salir por pies.

Elige la segunda.

Sin embargo, después de soltar un improperio y antes de marcharse, se saca un sobre del bolsillo, lo presiona contra mi pecho y me dice que estoy muerta.

Sale por la misma ventana que quería usar yo antes mientras los golpes en la puerta son cada vez más fuertes.

No necesito quedarme para saber que quienes están al otro lado son los que hace un rato me seguían por la calle.

Además, no puedo estar aquí cuando abran la puerta, pero no debo dejar que mi agresora me vea huir, porque eso también estropearía el plan.

Debe creer que estoy segura con ellos.

Así que doblo el sobre y lo guardo. Me asomo por la escalera de incendios y espero y espero hasta que desaparece y, por fin, puedo marcharme también.

A estas alturas, deben de haber forzado ya la puerta, y puede que se pregunten qué narices ha pasado.

Cuando llego al suelo y me escabullo por uno de los callejones tengo el estómago en la garganta, el corazón desbocado. Me duele cada centímetro del rostro y seguramente mañana notaré la paliza que acaban de darme en todo el cuerpo, pero lo que más me costará olvidar es el miedo. El terror es más difícil de borrar. Se adhiere a la piel y a los huesos y te sigue atormentando en forma de pesadillas, de visiones, de imágenes de la tierra abriéndose bajo los pies.

Así me siento, en caída libre y sin cuerda de seguridad.

21

Una nota bajo la puerta

KAORU

De pronto, escucho un golpecito en la puerta y el sonido de algo deslizándose. Es una nota en el suelo de la entrada.

Antes de que Hoki se la coma, porque tiene la costumbre de comer cosas que no identifica, me agacho para arrebatarla y abrirla. La nota, con hermosa caligrafía, dice así:

«¿Lo que tenemos implica que puedo pedir tu ayuda sin esperar preguntas a cambio?».

No lo entiendo.

—¿Eri? —pregunto.

Estoy a punto de abrir la puerta cuando su voz al otro lado me detiene.

—¡No la abras!

—¿Por qué no?

Dudo, pero le hago caso. Nunca sé qué pasa por la cabeza de esta mujer.

—Responde a la nota.

Me entra la risa.

—¿Qué significa todo esto? ¿Por qué no puedo abrir la puerta?

—Tú solo... responde a la pregunta.

Vuelvo a leer la nota, pero sigo igual. Quizá un poco más inquieto por su tono de voz, por sus palabras.

—¿Te has metido en líos?

Silencio. Me siento un poco idiota hablándole a la puerta, pero estoy aún más nervioso por el tiempo que tarda en responder. Estoy a punto de agarrar el pomo de la puerta cuando vuelvo a escuchar su voz.

—Responde.

—Sí —contesto, captando la urgencia de su voz—. Puedes pedir mi ayuda siempre.

—¿Harás preguntas?

Sé qué quiere escuchar. ¿Sabe ella qué quiero responder yo? Barajo mis opciones. ¿Qué podría hacer? Si me niego a guardar silencio se marchará, yo me quedaré sin respuestas y ella sin ayuda. Por eso prefiero que no esté sola, aunque yo no obtenga respuestas.

—No haré preguntas. ¿Puedo abrir ya la puerta?

Escucho un suspiro al otro lado y lo interpreto como una invitación.

La abro despacio, por si no quiere que lo haga, y cuando por fin la veo me quedo helado.

Lo primero que hago es abrir la boca, pero la cierro enseguida cuando comprendo que le he hecho una promesa. Nada de preguntas, incluso si eso significa que no podré saber por qué tiene la cara destrozada.

Me hago a un lado para dejarla pasar y Eri entra en el apartamento.

Lleva un vestido rojo que no tengo tiempo de admirar, porque estoy demasiado ocupado mirando las marcas de su rostro; el mentón enrojecido, la herida en el pómulo y ese arañazo en el

hombro.

Nos quedamos unos instantes de pie, frente a frente y sin hablar. Sus enormes ojos oscuros me miran con incertidumbre, con recelo, como si estuviera esperando a que dijera algo que la hiciera salir corriendo.

No lo hago. No cedo a mi instinto ni a la necesidad que tengo de protegerla.

—Voy a por el botiquín —declaro.

—Gracias.

—Espera en mi habitación —le pido, todavía desconcertado.

Cuando regreso, Eri está de pie frente a mi cama. Tiene el vestido desgarrado hasta el muslo y la única manga que cubre su hombro y parte de uno de sus tatuajes no está mucho mejor.

Sin decir nada, se lleva la mano a la espalda y se baja la cremallera.

Empieza a deshacerse del maltrecho vestido. Cuando se ha quedado en ropa interior va hasta la cama y se sienta en ella.

Yo lo hago enfrente y... Mierda. No sé por dónde empezar.

Solo quiero preguntarle quién le ha hecho eso, asegurarme de que está bien, a salvo, y de que no volverá a pasar. Pero algo me dice que la falta de respuestas tiene algo que ver con que esta, quizá, no sea la última vez. Al fin y al cabo, tampoco es la primera. Ahora, sin embargo, no creo que esto se arregle con una tirita.

Empiezo por algo sencillo: desinfectar las heridas.

Puede que no tenga permitido hacer preguntas, pero sí puedo hablar.

—Tienes un aspecto horrible —le digo, un poco roto.

—Lo sé.

—Parece que acabes de salir de una pelea callejera.

—Lo sé.

Se me encoge el estómago.

—Si tienes miedo...

—No lo tengo —asegura—. Ya no.

Intento pensar la forma de decirle esto sin romper su regla.

—Si no estás a salvo, llamaremos a la policía.

—Ahora estoy bien —asegura.

¿Por qué parece más tranquila que yo? ¿Por qué es mi mano la que tiembla cuando intento limpiar la sangre de su mejilla?

Eri la atrapa entre los dedos y la aparta lentamente para inclinarse hacia mí con lentitud. Me da un beso en los labios, un beso tierno y suave que me derrite el alma.

—Gracias —murmura contra mi boca.

Después se separa y se queda ahí, esperando a que siga curando sus heridas, a que olvide el temblor de mis dedos, el miedo que siento.

Por ella, lo intento.

22

Un regalo perfecto

ERI

Despierto porque, de pronto, siento frío.

Es como si alguien se hubiera llevado el calor, como si el sol me estuviera bañando y de repente me abandonara. Cuando abro los ojos, necesito un par de segundos para darme cuenta de que no estoy en mi cama.

Estoy en la de Kaoru.

Las sábanas están templadas donde anoche se acostó a mi lado y huelen un poco a él. Puede que yo huela así ahora.

Un maullido de Hoki, que salta sobre la cama para acercarse mucho a mi cara, termina de desperezarme. Al incorporarme, me doy cuenta de que me quedé dormida con sujetador y siento cada centímetro pegado a mi piel. Gimo un poco mientras me levanto y busco algo que ponerme.

El vestido destrozado está descartado, me lo llevaré a mi piso y lo tiraré. Podría hacerlo aquí, pero no quiero que Kaoru se haga preguntas cada vez que lo vea en su cubo de la basura. Mejor que lo olvide cuanto antes.

Estoy a punto de coger la camiseta que ayer dejó sobre una silla.

Parece calentita. Con la altura de Kaoru probablemente sea lo suficientemente larga como para cubrirme los muslos y seguramente huela a él, pero no quiero convertirme en un cliché; por eso, opto por quedarme como estoy.

Hoki me sigue por detrás cuando salgo del cuarto y entro en el salón.

Shinatobe está en el sombrerero. Tiene los ojos cerrados y parece dormido, pero por si acaso procuro no acercarme mucho. Por muchos arrumacos que le haga Kaoru, sigue teniendo unas garras imponentes.

Él está en la cocina haciendo el desayuno sin camiseta, con los pantalones un poco caídos sobre las caderas y el cabello oscuro despeinado y suelto. Si no fuera porque siento el cierre del sujetador en la espalda, creería que ayer morí y hoy he despertado en el cielo, pero no creo que allí existan los sujetadores. Así que debo de seguir viva.

Carraspeo un poco para que note mi presencia y tomo asiento a la mesa.

—Buenos días —lo saludo.

Kaoru se gira, me mira y arruga el ceño.

—¿No quieres una camiseta?

—Estoy bien así, gracias —contesto.

Kaoru parpadea y suelta una especie de ruido ronco, a caballo entre la exclamación y la risa. Después, se sienta frente a mí con un par de platos y me observa largamente.

—Ya, el problema es que yo no voy a estar bien así.

—¿Por qué no? —pregunto, solo para molestarlo.

—Porque me distraigo.

—¿Necesitas estar concentrado para desayunar? —lo provoco.

Me muerdo el interior de la mejilla para no reírme, aunque no creo que sea muy efectivo.

La mesa del desayuno, como siempre, está repleta de comida deliciosa. Hay arroz, salmón a la plancha, algunas verduras en tempura, soja y tofu frito, y se me hace la boca agua con solo mirarlo. Puede que Kaoru me esté mirando a mí de la misma forma, y eso tiene su gracia.

—No me malinterpretes, a mí me encanta que me distraigas de esa forma —declara y empieza a comer—, pero me preocupa tu salud. ¿No tienes frío?

—¿No lo tienes tú? —contraataco y hago un gesto en su dirección.

Kaoru baja la mirada como si fuera consciente por primera vez de que no lleva camiseta, y se encoge de hombros.

—No tengo nada que replicar a eso —respondo—, pero no me hago responsable de lo que pueda pasar después del desayuno.

Me río un poco y enseguida escucho también su risa. Está muy guapo así, con la cabeza apoyada sobre una mano, el pelo revuelto y una sonrisa traviesa a punto de surgir de sus labios.

Sin embargo, su humor se oscurece en cuestión de segundos. Lo noto.

Su sonrisa se apaga, su mirada se vuelve más triste.

—¿Vamos a hablar de lo que ocurrió ayer?

Y la fantasía se rompe.

Casi puedo escuchar el sonido del cristal haciéndose añicos al estallar la burbuja de la irrealdad, de la vida que nunca me pertenecerá. Se me hace un nudo en el estómago al pensar en ello.

—Dijimos que no habría preguntas.

—Y no las habrá si así lo quieres —me asegura.

Sé que le estoy pidiendo demasiado, que estará preocupado y probablemente le cueste dormir por las noches, pero no puedo decírselo.

—Prefiero desayunar —respondo bajito.

—Está bien —contesta y se pone a ello.

No dice nada más, solo come y me ofrece los platos, como si no hubiera ocurrido nada.

Sé que pronto tendré que tomar decisiones, que en unos días tendré que dar el siguiente paso y afrontar las consecuencias. Solo queda avisar a Tamaki, hacer efectivo el pago para quienes me persiguen en Kioto y dejar que la gente de Ekaterina husmee y se entere.

Después solo quedará desaparecer, pero hasta entonces...

Quizá pueda tener un par de días de la realidad que me habría gustado vivir, de la vida que habría tenido si no me hubiera marchado con Matvey hace cuatro años. Es una ilusión y lo sé, pero si voy a rompernos el corazón a los dos, quizá pueda permitirme una dosis de irrealdad.

—¿Qué haces hoy?

—Trabajar —responde.

—¿Y si tuviese un plan que solo se pudiera hacer hoy y nunca se te volviera a presentar la oportunidad? —tanteo.

—¿Qué quieres hacer? —pregunta curioso.

—Me apetece mucho ver el santuario de Fushimi Inari; dicen que tiene unos de los caminos con *torii* rojos más largos de Japón.

—Es cierto, son cuatro kilómetros por el monte Inari y me encantaría visitarlo contigo, pero entro a trabajar en un rato.

No replico, porque no puedo decirle que solo nos quedan un par de días juntos, que esto se acaba y que no volveremos a vernos.

—¿Ese plan irreplicable no puede trasladarse a mañana? —pregunta.

—¿Mañana no trabajas? —me ilusiono.

—Sí, pero puedo cambiarle el turno a un compañero. —Sonríe—. Entonces, ¿hay trato?

—Hay trato —contesto.

Hoy visitaré a Kana y a los demás, y mañana pasaré el día con Kaoru.

Será una despedida perfecta, un regalo antes de decirles adiós para siempre a Kana y los chicos, a Kioto... y a Kaoru.

Cuando regreso a mi piso encuentro el sobre que anoche colé bajo la puerta antes de llamar a Kaoru; no podía dejar que él lo viese.

Ya sé lo que hay, por eso no tuve que abrirlo ayer. Sin embargo, cuando rompo el sobre y veo lo que contiene, la impresión es la misma.

El emblema de la hermandad, un lobo, manchado en sangre.

Una promesa de muerte.

He visto suficientes de estas como para saber que Ekaterina cumple siempre sus amenazas y, aunque todo sea parte del plan, es inevitable sentir miedo. Recuerdo las cosas que vi, las cosas que hice y las imágenes que ya nunca más me abandonarán y se quedarán conmigo como parte de mi alma.

Espero que esto salga bien.

23

El santuario de Fushimi Inari

KAORU

Cogemos un tren muy temprano y llegamos al santuario cuando el ambiente todavía es frío, entrando por la puerta de Sakuramon. El suelo está húmedo. Ha llovido hace poco e incluso el aire huele a lluvia.

Eri está preciosa. Se ha recogido el pelo en una larga coleta que cae por su espalda y lleva una falda corta y gris y un jersey oscuro. Parece feliz, más feliz de lo que la he visto nunca, y me pregunto si yo tendré algo que ver. Quiero pensar que sí.

Todavía tiene algunas marcas en la cara y sigo sin saber qué ocurrió.

Pensar en ello me aterra y me enfurece al mismo tiempo, pero sé que si ella no quiere no puedo hacer nada por protegerla.

Confío en que un día me lo cuente.

Fushimi Inari es el principal santuario sintoísta dedicado al espíritu de Inari y hay miles de *torii* rojos en el camino de la colina que lleva al santuario. Los comerciantes los han donado a lo largo de los siglos para que Inari les sea favorable en los negocios, por eso muchos tienen escritos los nombres de los dueños o de los negocios. Solo estuve aquí una vez, cuando era muy pequeño; me trajeron mis padres y apenas tengo recuerdos. Verlo ahora es como si lo viera por primera vez.

No avanzamos rápido, el ascenso es lento y tranquilo, subiendo escalones, rodeados de arcos; no cuenta llegar a la cima, lo importante es el camino.

Hay algunas esculturas de un *kitsune* o zorro por el camino, porque es el mensajero de Inari. A veces aparece con una llave en la boca y simboliza el lugar donde se guarda el arroz y, por tanto, la riqueza.

Visitamos el conjunto del santuario, el salón de las plegarias, las lámparas de piedra y llegamos al estanque Shin-Ike.

Allí nos detenemos a descansar. El agua es turbia, el cielo está cada vez más oscuro y amenaza con quebrarse bajo una tormenta en cualquier instante. También hay varios *torii* aquí, una valla de madera roja y negra que bordea el estanque y unas vistas increíbles de la montaña.

—La leyenda dice que si buscas a alguien y das dos palmadas a los pies del estanque el eco te muestra el camino a esa persona —le digo.

Eri ni siquiera lo piensa. Da dos sonoras palmadas y esboza una sonrisa que derrite algo en mi interior.

—No he oído nada —confiesa.

—A lo mejor es que no buscas a nadie —replico.

Sonríe y mira al frente.

—No. Ya no.

No sé qué decir, pero me pongo nervioso. Así que aprovecho para sacar un cigarrillo y encendérmelo, y ella se vuelve hacia mí con el ceño fruncido.

Apenas le he dado una calada cuando me lo arrebató de los labios y ella misma le da una.

No tose.

—¿Por qué te gusta una porquería así? —pregunta, exhalando el humo con delicadeza y arrugando la nariz—. No lo entiendo.

—En realidad no me gusta —contesto y vuelvo a recuperarlo.

Lo giro entre los dedos, pensativo. Empecé hace tanto, por razones tan tontas...

—Entonces déjalo —contesta simplemente.

—Sabes que lo estoy haciendo. Solo uno o dos al día.

—Si sigues fumando uno o dos al día nunca lo dejarás del todo.

Sostiene mi mirada. Tiene razón. Maldita sea. Y encima es preciosa.

Tiro el cigarrillo al suelo, lo piso y vuelvo a recogerlo para echarlo en la próxima papelera que encontremos.

—Muy bien. Esa calada ha sido la última.

Eri arquea las cejas, como si no me creyera capaz. Está un poco sorprendida, divertida y... contenta. No dice nada, solo sonrío, asiente y nuestro camino continúa.

Hay muchos lugares que visitar en el monte Inari, muchos santuarios más pequeños, caminos igual de bellos entre el bosque, puertas, zonas de plegarias... Y nosotros vemos todo lo que podemos y apuramos el tiempo al máximo, hasta que estamos exhaustos, empieza a anochecer y decidimos despedirnos del lugar descendiendo por uno de los hermosos caminos de arcos rojos, hasta que rompe a llover.

Es un aguacero, una tormenta pasajera que hace que todos los turistas abran los paraguas, menos nosotros, que no hemos traído. Así que echamos a correr. Eri rompe a reír, me agarra de la mano y bajamos los escalones de piedra a la carrera, esquivando a quienes nos encontramos y procurando no tropezar.

Tengo que protestar, detenerme y tirar ligeramente de ella para que se detenga.

—¡Espera! —grito entre risas—. ¡No podemos bajar cuatro kilómetros así! Espera —repito más bajito.

Ocurre sin que me dé cuenta. Es como un fundido en negro, un instante de irrealidad suspendido entre los dos. Eri se detiene, entrelaza los dedos con los míos y tira de mí hasta que su espalda se encuentra con uno de los *torii* y yo me acerco a ella.

Sube las manos por mi pecho y mi cuello, las desliza por mi rostro y yo agarro su cintura antes de fundirnos en un beso que no estaba planeado, que sabe a la lluvia que nos empapa, al bosque que nos rodea y a los secretos que guardan estos arcos.

Es un beso hambriento, lleno de necesidad, que hace pensar que las dudas que tuvo Eri hace tan poco han desaparecido por completo. Sin embargo, mentiría si dijese que la urgencia del beso no me inquieta un poco.

Es absorbente.

Una llamada a perderse, a hacer que cuando nos rodea desaparezca, que el mundo entero lo haga, hasta que solo quedamos los dos, nuestras bocas y nuestras manos, buscándonos en medio del vacío.

—Vámonos a casa —murmura ella contra mis labios.

Yo no podría estar más de acuerdo.

24

Nunca volverá

ERI

No entramos comiéndonos a besos o enredados en mil caricias, pero vamos directamente al dormitorio. No necesitamos nada más que una mirada para saber que esto es lo que queremos los dos, lo que necesitamos.

Hay una conexión que nos guía, algo profundo e innato que dirige mis dedos cuando, frente a la cama, los deslizo sobre su frente y acaricio su pelo oscuro.

Está mojado, los dos lo estamos, pero a ninguno nos importa.

Me suelto el pelo y me descalzo. Él lo hace también con un par de movimientos, sin dejar de mirarme. Se aproxima a mí con lentitud, rodea mi cintura con un brazo y se sienta en la cama arrastrándome con él con movimientos suaves y gráciles. Acabo a horcajadas sobre su regazo y nuestros rostros quedan tan cerca que es imposible no volver a besarlo.

Todo lo que ocurre en esta habitación es un reflejo inverso de la necesidad que arde en mi interior y lo derrite todo. Nos quitamos la ropa con lentitud, nos buscamos en caricias eternas y nos olvidamos de cómo respirar en besos interminables. Dentro de mi pecho todo arde y aquí fuera el tiempo se ha congelado.

No hay prisa. No existe nada además de esta habitación, estas cuatro paredes y esta cama.

Kaoru desliza una mano por mi muslo cuando aún estoy sobre él. Se detiene al encontrar el borde de mi ropa interior y continúa cuando yo lo apremio con un movimiento de mi cadera y un beso largo.

Se detiene también cuando estamos completamente desnudos, sobre las sábanas, y siento que mi piel abrasa allí donde ha depositado un beso o un mordisco travieso.

—¿Seguimos? —pregunta bajito, y yo respondo a eso empujándolo con suavidad hasta que acaba sobre la cama, tomando el control unos instantes e inclinándome hacia la mesilla para coger un preservativo.

Soy yo quien marca el ritmo al principio. Las manos de Kaoru me acompañan sobre la cadera, ascendiendo por la cintura, reclamando mi contacto, hasta que me agarra con fuerza y me tumba sobre el colchón.

Hay intimidad en cada caricia, en cada beso en los labios y en cada mirada antes de que acabemos rendidos, con el corazón desbocado y la respiración agitada.

Nos quedamos de medio lado, frente a frente, y Kaoru me mira de una forma que me rompe el alma. Es un sentimiento confuso. Es alivio al saber que he sido capaz de amar; es miedo al pensar que quizá nunca quiera a nadie como lo quiero a él.

Lo que siento es tan profundo que duele y me pregunto si Kaoru sentirá algo parecido cuando descubra que me he marchado para siempre, que lo he utilizado y que la mujer que ha conocido es una versión de alguien que podría haber sido eligiendo otro camino con más luz.

Me gustaría quedarme en esta cama para siempre, olvidarme de Yui e incluso de mí misma. Olvidarme del Pozo de las Mentiras, de Ekaterina Kozlov y del asesinato de Matvey.

Pero no puedo.

Esta mañana he hecho efectivo el pago que quedaba y en un par de días tendré que desaparecer. Los dedos de Kaoru entrelazándose con los míos me rescatan del abismo.

—Puedo quedarme a dormir, ¿verdad? —pregunta.

—Me gustaría que lo hicieras.

Él responde con un beso en los labios antes de cubrirnos a ambos con las sábanas y el edredón.

Hoy, ahora, me permito no pensar en lo que ocurrirá mañana. Solo cierro los ojos y me quedo dormida, arropada por el calor que desprende su cuerpo, mientras fuera aún llueve.

En realidad, solo existe el presente. El pasado dejó de existir y el futuro es un haz de posibilidades que podrían o no podrían ocurrir. Lo único real, lo tangible, es el ahora. Es un pensamiento peligroso cuando las cosas van mal, cuando sientes que estás al borde del abismo, pero es un sentimiento cálido cuando todo es perfecto, como este instante. Por eso me aferro a él, a nosotros en este momento que nunca volverá y que habrá desaparecido mañana.

Me despierto al día siguiente, al amanecer, cuando el sol todavía no ha salido del todo, y descubro que Kaoru ya ha abierto los ojos también.

—Buenos días —murmura con voz ronca.

—Buenos días.

—Ayer no cenamos —dice después, como si fuera un crimen horrible, y carraspea un poco.

Me río.

—Es verdad.

—¿Desayunamos? —sugiere.

Acepto. El último desayuno con él, el último día perfecto.

Cuando retira el edredón para ponerse en pie, yo hago un amago de seguirlo, pero me detiene.

—Tengo que ir a casa a por los ingredientes, porque no creo que tú tengas nada, ¿o sí?

Una sonrisa de disculpa sirve para confirmar sus sospechas.

—También tengo que dar de comer a Hoki y a Shinatobe. Ayer les dejé comida, pero estarán inquietos. Así que puedes quedarte en la cama hasta que vuelva.

Me da un beso y se viste con rapidez antes de dejarme sola. El tiempo pasa más deprisa cuando todavía estoy adormecida. Solo intento desperezarme cuando oigo ruidos en el balcón y sé que Kaoru ha vuelto.

Oigo el sonido de la cubertería en la cocina y me levanto para ayudarlo.

Me estoy poniendo la camiseta cuando dejo de percibir ruidos.

Durante un instante se hace el silencio y me pregunto qué estará haciendo.

Lo último que imagino es lo que ocurre después.

Kaoru entra en la habitación como una exhalación. Ya no parece medio dormido; al contrario, está muy despierto, nervioso.

—¿Qué te pa...?

Ni siquiera me deja terminar. Va hasta mi armario y empieza a rebuscar entre mis cosas.

—Tienes que irte —declara y saca fuera una de mis maletas—. Los dos tenemos que irnos —matiza.

No comprendo nada.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

Él ni siquiera me mira. Está obcecado sacando mis cosas del armario y arrojándolas sobre la maleta.

—No sé por qué te la han mandado a ti. Puede que se hayan confundido de apartamento. Puede que me hayan visto en tu balcón y crean que vivo aquí. De todas formas, no podemos arriesgarnos

—dice apresuradamente—. Tienes que venir conmigo, por si acaso. Lo siento mucho, de verdad. No lo entiendo, después de tantos años... No lo entiendo. Y tampoco sé por qué ellos y no... ¿Desde cuándo tienes la carta?

La carta.

Se gira hacia mí, pero es solo un instante.

—¿Te refieres a... la carta con sangre? —inquiero con un nudo en la garganta.

—Sí. Tendrías que habérmelo dicho. Conoces mi pasado, podrías haber...

—¡Solo es una broma! —tanteo—. ¡No es de verdad!

—No es ninguna broma. Si supieras lo que eso significa, si supieras lo que les hacen a los que la reciben...

No se detiene, y yo tengo que ponerme en pie para buscar sus manos, cogerlas entre las mías y hacer que se pare.

—Sé lo que significa.

Kaoru me mira de hito en hito. Ni se lo imagina.

—Entonces sabes que tenemos que irnos. Mierda. Ni siquiera son de la banda a la que pertenecí. No entiendo por qué me mandan esto. Quizá me hayan confundido con otra persona... No sé si...

—¡Kaoru! —Tengo que pararlo—. La carta es para mí.

Me tiembla la voz.

Me mira, pero no se plantea que sea cierto; no concibe esa posibilidad y por eso esto será tan difícil. Sacude la cabeza.

—No. Imposible. Es para mí. Se han confundido.

—¡Kaoru! —vuelvo a gritar, porque no sé cómo decírselo, no sé cómo explicarle esto sin hacerle trizas el corazón.

Y comprendo que no puedo.

—Esa carta me la entregaron en mano hace dos noches. No es para ti.

Lo deja todo y me observa. Frunce el ceño. No lo entiende.

Ni siquiera yo sé si lo entiendo.

—Fue cuando apareciste magullada.

Asiento y le doy tiempo.

—¿Por qué?

No respondo. Tengo un nudo insalvable en el estómago, un dolor tan profundo que no me deja hablar. Me abrazo a mí misma y lucho contra esa sensación que me dice que el suelo se abrirá en cualquier instante y caeré y caeré...

—No me importa. Ya me lo explicarás. Tenemos que salir de aquí ahora mismo.

—A ti no te persiguen —contesto conmocionada.

—Te persiguen a ti —responde con aplomo, como si eso fuera la respuesta a todo.

Tengo que conseguir que dé un paso atrás, que entre en razón. Si no, solo me quedará contarle la verdad.

—¿Qué pasa con Shinatobe y Hoki, con tu trabajo, con tus amigos y tus estudios? —le digo, rota—. No puedes dejarlo todo atrás.

Kaoru da dos zancadas hasta llegar a mí. Me toma del rostro con tanta fuerza que tengo que aferrarme a sus manos para no tropezar hacia atrás.

—Lo sé. No puedo dejarlo todo atrás. Por eso me voy contigo.

Me arden los ojos.

Por un momento lo imagino, me planteo seguir con la farsa, involucrarlo en una mentira y dejar

que me siga al fin del mundo. Pero incluso yo sé que no puedo ser tan egoísta.

Esta vez, decido ser fuerte.

—Siéntate —le pido.

—¿Qué? ¡No! No tenemos tiempo. Ya me lo explicarás más tarde, cuando estemos a salvo.

—Estamos a salvo. Confía en mí, por favor.

Aprieta la mandíbula. No le convence, pero acepta sentarse. Se deja caer en la cama con pesadez y me observa hasta que me siento a su lado.

—Ekaterina Kozlov no sabe que vivo aquí. Piensa que estoy en el centro, en un apartamento.

—¿Cómo sabes quién es...?

—Trabajé en su hermandad durante cuatro años.

Kaoru abre mucho los ojos e inspira profundamente. Si esto le ha sentado mal, si le cuesta asumirlo, no quiero ni pensar cómo será escuchar el resto. Intento hablar despacio, con tacto.

—Soy la chica de las máscaras. A veces la fuerza o la intimidación no sirven para lograr lo que desean, y yo me dedicaba a conseguir lo que querían sin usar ninguna de las dos.

No dice nada. No se mueve, y no sé si sigue mirándome, yo no soy capaz de mirarlo a él a los ojos.

—Manipulo, extorsiono y encuentro los puntos débiles de la gente.

Mi tarea ha sido siempre desmontar el castillo de naipes, encontrar la pieza que derribe la torre entera.

—Si es una broma por lo que te conté... —dice serio. No puede acabar la frase.

—No es una broma —le aseguro igual de serio—. Hace cuatro años conocí a un miembro de la organización y me ofreció llevarme con él.

Tenía quince años y ningún sitio mejor al que regresar aquí. Así que acepté. Matvey fue como un hermano para mí. Solía decir que se arrepentía de haberme llevado con él, y yo me enfadaba porque lo sentía como un insulto, como un abandono. No entendí la verdad hasta mucho después, hasta que ya fue tarde. Hace un año Matvey cometió un error y Ekaterina Kozlov se deshizo de él. No se lo contaron a nadie; dijeron que fueron otros, otra banda. Pero yo me enteré.

—Has dicho que has estado los últimos cuatro años con ellos.

—Después de eso también seguí a su lado. Me quedé, fingí que no sabía nada y le hice a Ekaterina lo que ella me había enseñado a hacer.

El silencio es demasiado rígido, demasiado punzante.

Tengo que alzar la cabeza y me encuentro con los ojos azules de Kaoru intentando comprenderme, intentando creerme, asimilando cómo soy en realidad.

Todavía no ha escuchado la peor parte.

—¿Qué le hiciste, Eri? —pregunta con un tinte de terror en la voz.

Cojo aire. A mí también me cuesta respirar.

—Robé mucho dinero y me marché.

—¿Cuánto es mucho dinero?

Cierro los ojos. Trago saliva.

—Todo. Todo lo que puedas imaginar.

Escucho una fuerte inspiración. Kaoru se pasa las manos por el pelo.

Mira a los lados, inquieto, pero se mantiene en su sitio, y yo decido que es hora de terminar mi historia.

—Sabía que una vez robado el dinero no podría escapar de ellos y recordé algo que ocurrió un día antes de que me marchara de Kioto. Las mismas personas para las que tú trabajaste tenían una sede aquí. Yo coincidí con ellos una vez, aquel día, y hablé con una de las chicas que se

dedicaban a lo mismo que yo: Yui Hisakawa. —Hace mucho que no digo su nombre en voz alta y la sensación es amarga—. Era sorprendentemente parecida a mí, algo mayor, más triste y... tenía el pelo blanco.

Kaoru masculla una maldición por lo bajo. Yo decido seguir. Mejor del tirón.

—Aquella noche vi algo que nadie más vio. Tuve que asegurarme, porque el plan no saldría bien si alguien más sabía lo que vi, pero no fue así. A Yui Hisakawa la dieron por desaparecida hace cuatro años; así es para la policía y también para su organización. Creyeron que había escapado. Yo sé la verdad. Sé que no lo hizo. Escapó, pero de otra forma.

—¿Está muerta? —inquire con voz grave, impresionado.

—Se suicidó. Yo lo vi. Supongo que nunca encontrarían el cuerpo. No se les ocurrió mirar dentro del Pozo de las Mentiras.

A estas alturas, Kaoru ya no es capaz de quedarse quieto. Se levanta, se lleva las manos a la cabeza y va de un lado de la habitación a otro. Yo espero a que se acerque de nuevo para seguir, para terminar.

—Desde diciembre he suplantado la identidad de Yui y he dejado pistas para que me encontraran.

—Mierda, Eri. ¿Por qué has hecho eso?

Me cuesta continuar sin que me tiemble la voz.

—Pagué un apartamento muy caro en el centro y conduje allí a la organización de Yui. También a la gente de Ekaterina. A estas alturas, ya habrán investigado sobre ella y habrán descubierto lo mismo que yo: Yui desapareció del mapa hace cuatro años, exactamente un día antes de que yo me marchara a trabajar con Ekaterina.

—Esto es demencial...

—También hice dos transferencias importantes de dinero: una, para la hermana biológica de Yui, que está ingresada en un hospital de la ciudad. Tranquilo, me aseguré de que no correría peligro antes de hacerlo. La otra, para su organización. Ahora todos creen que Eri Nakahara fue solo una máscara y Ekaterina sabe que parte de su dinero ha ido a parar a la banda para la que trabajó Yui.

Kaoru vuelve a detenerse frente a mí. Me contempla con miedo e incredulidad, con una expresión que me duele en lo más profundo de mi ser.

—Vas a enfrentar a las dos organizaciones —comprende—. En Kioto creerán que te marchaste a trabajar con Ekaterina y que ahora has vuelto para jugársela. Ekaterina pensará que has sido una agente doble y que los has estafado para volver ahora a Japón y darles su dinero a otros.

No deja de negar con la cabeza. No termina de creérselo o no quiere hacerlo.

—Cuando estalle la guerra yo tendré que estar lejos de aquí. No puedo esperar mucho.

—Joder —masculla solamente.

—No has escuchado la peor parte.

Me pongo de pie. Él ladea la cabeza y se cruza de brazos. Inspira con fuerza, como si intentara prepararse. Yo sé que no puede.

—No vine a este apartamento por casualidad.

Su gesto cambia, se ensombrece.

—Lo elegí cuidadosamente antes de venir.

—¿Qué estás diciendo, Eri?

El corazón me late contra las costillas tan fuerte que duele. Podría parar, podría ahórrale esto, pero una parte de mí sabe que merece la verdad.

—¿Qué estás diciendo? —repite rudo.

—Necesitaba a alguien que hubiera pertenecido a la organización de Japón, alguien de quien sospecharan en un principio, mientras yo desaparecía. Esa persona no tenía que ser importante, para que no la creyeran capaz de urdir todo esto conmigo y acabaran dejándola marchar.

—Termina —me pide con una mueca de dolor.

Me muerdo los labios. Me duele el pecho.

—Te investigué —confieso.

Los segundos que transcurren hasta que vuelve a hablar son eternos.

No hay más que oscuridad a nuestro alrededor y una cuerda floja sobre la que me mantengo a duras penas.

—¿Ibas a dejar que una persona inocente pagara por tus crímenes?

Cierro los ojos, que derraman dos lágrimas.

25

La verdad

KAORU

Sé cómo debería sentirme. Sé que debería darle la espalda, huir y rechazar algo tan retorcido. Sin embargo, cuando miro a Eri, al borde de las lágrimas, pálida, rígida y esperando mi reacción, en lo único que pienso es en estrecharla entre mis brazos y decirle que todo saldrá bien.

—¿Me elegiste a mí para que cargara con tu culpa? —pregunto, ganando tiempo, intentando comprender.

—Sí. Pero fue antes de saber la verdad, antes de que me contaras lo que ocurrió de verdad con aquel chico que murió.

Siento que la bilis me sube por la garganta.

—¿Ibas a dejar que me mataran? —me atrevo a preguntar.

—¡No! —estalla.

Parece tan rota como yo, tan dolida y desgarrada, pero no puedo olvidar lo que sé. Ella es la chica de las máscaras.

—Sabías que me cogerían y que me interrogarían.

—Confiaba en que descubrieran que solo eras un peón y te soltaran después.

Me pesa el corazón.

—Una suposición muy arriesgada teniendo en cuenta que la vida de alguien estaba en juego.

—Fue antes de conocerte —asegura. Tiene las mejillas húmedas, los ojos rojos, pero no rompe a llorar.

—¿Qué ha sido todo esto?

Abre la boca, pero no responde, y su silencio me golpea como un mazazo.

—¿Has estado jugando conmigo? —pregunto.

—¡No!

—Pero ese era el plan. Te acercaste a mí para que nos vieran juntos. Necesitabas mi confianza.

—Sí, pero...

«Sí». La respuesta resuena dentro de mi pecho. La rabia por la traición me abrasa. El dolor es tan real que podría rozarlo con los dedos.

—Pero no tienes de qué preocuparte —continúa—. Solo salí con la peluca una vez en tu presencia y me la quité enseguida, estoy segura de que no nos siguieron. Estuve pendiente. Aquel día nadie nos vio, nadie puede relacionarte conmigo. Después no volví a hacerlo. No tuve valor el día de Nara. Debía hacerlo, por mi plan, pero no pude y después descubrí la verdad, así que no tienes que preocuparte por...

—¡No es eso lo que me preocupa! —bramo.

Eri abre mucho los ojos; unos ojos negros, preciosos, que ahora entiendo por qué siempre parecían tan tristes.

Me investigó, me engañó y me manipuló, y ahora tengo muchas cosas en las que pensar, muchas preguntas que responder, mucho dolor que calmar.

Sé que si me quedo acabaré gritando, y ella parece a punto de llorar.

La abrazaré, porque me parte el alma verla así, y no seré capaz de pensar con claridad. Por eso le doy la espalda y decido marcharme. Tengo que pensar. Tengo que aclarar las ideas y no podré hacerlo con ella delante.

Me voy. Salgo de la habitación y ella me sigue, pero no me detengo.

—¡Kaoru! —grita.

Algo dentro de mí se ha roto; se rompe una y otra vez, al mirarla, al escucharla.

Deseo quedarme, pero sé que no debo.

Así que continúo.

—¡Kaoru, espera, por favor!

Cruzo la puerta del balcón y deseo que no me siga, porque entonces no tendré fuerza de voluntad para detenerla.

26

La última máscara

ERI

No puedo pensar.

Mi mente acude una y otra vez a la misma expresión desolada, a las mismas palabras rotas, y no puedo concentrarme en lo que importa ahora: ¿cuál es el siguiente paso?

Por eso no me involucro, por eso siempre he sabido que lo más sensato es poner distancia entre lo que debes y lo que deseas hacer. He tenido claro qué pasos seguir y ahora me temo que me he salido del camino.

Por Kaoru.

He jugado con una vida que no me pertenece y la realidad me ha estallado en la cara.

Me doy cuenta de que esto está a punto de acabar y decido despedirme de Kana, Senri y Kyō como es debido. No he trabado una amistad muy profunda con ellos, con Kyō apenas comparto un «me ha gustado conocerte», pero para mí es importante.

Veo en ellos, en los tres, un retazo de la amistad que podría haber labrado con más tiempo robado. Veo en Kyō al amigo al que sería capaz de querer y cuidar, de protegerlo contra sí mismo. Sería crítica con él cuando necesitara la verdad y le daría mi apoyo en los días más duros. Podría compartir bromas con Senri, tener una amistad divertida y desenfadada y confiarnos los secretos del otro. Y Kana... Veo en Kana a una amiga leal, sincera y buena, con la que contaría si tuviera cualquier problema normal.

No hemos tenido tiempo, pero a una parte de mí le gusta pensar en ellos como en esas personas, en qué podrían haber sido para mí y en lo que podría haber sido yo para ellas.

Kana insiste en saber por qué me marchó. Yo solo le digo que son asuntos familiares y miento cuando le aseguro que volveremos a vernos.

No creo que sea así, aunque sería bonito.

Y ahora, de vuelta a mi piso, sola, sé que solo me queda una cosa por hacer, una cosa que debería ser sencilla y no doler tanto: elegir un destino en el que perderme para siempre.

Es de noche cuando salto el balcón al piso de Kaoru. Sé que acaba de volver por la luz. He estado esperándolo toda la tarde.

Me planto delante y toco el cristal con los nudillos. Shinatobe y Hoki me ven antes que él, que aparece unos segundos después, con los pantalones desabrochados, medio caídos sobre las caderas, el torso desnudo y el pelo húmedo.

Acaba de salir de la ducha.

Cuando me abre, todavía conserva un semblante serio y parte del dolor que he sentido esta mañana cuando le he contado la verdad vuelve a atravesarme.

—¿Me dejas pasar? —pregunto.

Él asiente. Se echa a un lado y me permite entrar. Hoki se acerca y se mete entre mis piernas, reclamando atención. Así que me agacho y lo acaricio antes de enfrentarme a lo que debo hacer.

Kaoru sigue de pie, observándome, esperando, hasta que me levanto también y decido ser

rápida.

—Siento mucho haberte involucrado en esto, pero debes saber que no tienes de qué preocuparte. El día que cenamos juntos no nos vieron; me aseguré de que nadie nos seguía.

—Aunque eso es lo que buscabas —contesta, con los brazos cruzados frente al pecho.

Digo que sí con la cabeza y me muerdo los labios.

—Al principio sí, pero estás seguro aquí. Nada tiene por qué cambiar.

En cuanto me haya ido, podrás seguir con tu vida.

—Pero ya ha cambiado —replica—. Tú lo has cambiado todo.

—Kaoru... Lo siento mucho.

—Dime una cosa. ¿Por qué no tuviste valor para hacerte pasar por Yui en Nara? Ese era el plan, ¿no? Como no nos vieron la primera vez necesitabas volver a salir conmigo mientras suplantabas a Yui.

Trago saliva. No me gusta por dónde va esto. No me gusta lo que insinúa.

—Tuve dudas.

—¿Por qué? —insiste.

Doy un paso atrás. Giro la cabeza, porque no soporto mirarlo mientras le miento.

—Tuve dudas. No hay más explicaciones. Todo el mundo duda alguna vez.

—Dímelo, Eri. ¿Por qué no tuviste valor?

Se acerca a mí en dos largas zancadas y, de pronto, me agarra del mentón y me obliga a mirarlo a los ojos.

—Dímelo.

Su voz es grave, un poco ronca; su mirada no admite réplicas.

—¡Porque no podía hacerle eso a una persona a la que quería!

Me aparto de él y le doy un empujón. Kaoru no se amedrenta. Vuelve a cogerme, esta vez por los hombros, y no me permite marcharme cuando me revuelvo.

—Ya estabas enamorándote de mí antes de saber que yo no maté a aquel chico —comprende, y esa verdad duele mucho más que cualquier otra. Quizá sea porque suena como una condena.

Se me saltan las lágrimas y por más que me esfuerce no puedo contenerlas.

—Siento mucho haberte elegido. Siento mucho haber aparecido aquí.

—Yo no —me asegura buscando mi rostro, pidiéndome que no aparte la mirada—. Sigo enfadado. Sigo dolido por haberme ocultado la verdad durante tanto tiempo. Y aún no sé qué pensar sobre tu plan de distraer a la organización con una persona inocente, pero no puedo negarme lo que siento.

—Debes negártelo, Kaoru. Tienes razón. Te he manipulado, te he mentido y lo que pretendía hacer era despreciable.

—Pero no lo has hecho.

Cojo aire con fuerza. Esta debería ser la parte más fácil del plan; marcharme, desaparecer y no mirar atrás. Sin embargo, nada ha salido como planeaba.

—Mira. Olvídate de eso, Kaoru. Olvídate de todo lo bueno que puedas sentir por mí, porque ahora tengo que irme.

Espero que no me lo ponga difícil, que acepte mi perdón y que yo sea capaz de cruzar este balcón una última vez para no volver nunca.

—Me voy contigo —contesta sin dudar—. Ya te lo he dicho esta mañana. No me importa lo que has hecho. Nos marchamos juntos.

Algo cálido se expande en mi pecho, me arden los ojos y me cuesta respirar. Es demasiado bonito para ser verdad, demasiado bueno para que sea real. Lo imagino y resulta fácil. Huimos

juntos a Europa, lejos de la gente de Yui y de Ekaterina. Tenemos suficiente dinero para vivir bien el resto de nuestras vidas, montar un negocio, comprar un piso pequeño y ser felices juntos. Es fácil imaginarme a su lado el resto de mi vida.

Pero no puedo hacer eso. A él no lo buscan. No puedo privarlo de una vida junto a su familia, no puedo pedirle que lo abandone todo: su trabajo, sus estudios, sus amigos... Esta vez me conformo con saber que sería capaz de dejarlo todo atrás por mí.

Hoy dejo de ser egoísta.

—No puedes venir conmigo —respondo.

—Sí que puedo. Estaremos juntos. Nos ocultaremos hasta que sea seguro salir. Puedo aplazar las cosas, el trabajo, la literatura... todo puede esperar. Dejaré a Shinatobe y a Hoki con Kana y Senri, y mientras tanto tú y yo escaparemos juntos.

Me coge de las manos y me dedica una sonrisa llena de cariño, pero su amor solo sirve para reafirmarme. Sé que no va a ser fácil convencerlo, pero yo soy la chica de las máscaras y decido usar la última.

—Está bien. Nos iremos juntos.

Por fuera, sonrío. Por dentro, acabo de romperme.

Kaoru toma mi rostro entre las manos y me da un beso apresurado y brusco que me arranca un pedazo de corazón. Ese pedacito se quedará para siempre prendido de este beso. Se quedará aquí y ahora, justo en este instante en el que nos prometemos una vida juntos, un futuro común y una carga compartida.

En otra realidad, Kaoru y yo seremos felices juntos. En esta, él lo será por su cuenta, cuando las heridas cicatricen y yo no sea más que un cuento que contar a sus nietos cuando sea mayor.

—Tenemos que darnos prisa —le hago saber, con un nudo en la garganta—. Prepara una maleta. Coge solo lo imprescindible. Lleva a Shinatobe y a Hoki con Kana y dile que vienes conmigo. No le des más explicaciones. Saca de este piso todo lo que quieras recuperar y pídele a Kana que te lo guarde para cuando el señor Miyano se dé cuenta de que has dejado de pagar. Coge el pasaporte y nos vemos fuera en veinte minutos. ¿Crees que podrás?

Kaoru hace un gesto que abarca la habitación entera.

—No hay mucho aquí que me importe además de Shinatobe y Hoki.

Intento sonreír. Su expresión me mata, su determinación me derrite el alma.

Intento recordarlo así, grabar a fuego esa sonrisa en mi mente y quedármela para siempre. Me despido de él con un gesto, me doy la vuelta hacia el balcón y cierro los ojos con fuerza, conteniendo las lágrimas.

—Hasta ahora —susurro.

«Hasta siempre», pienso.

Cinco minutos después, yo ya he cogido mis cosas.

Dejo las luces de casa encendidas, salgo en silencio al pasillo y me marchó sin mirar atrás.

Un encuentro inesperado

KAORU

No está.

Se ha marchado.

Necesito unos minutos para comprenderlo, para asumir que me ha engañado. Cuando por fin salto el balcón y descubro que no hay nadie en su apartamento, una garra helada me acaricia la espalda.

Entiendo de golpe lo que implica que no esté aquí, que se haya marchado sin decir adónde, y me falta el aire.

No sé a qué lugar pensaba ir. No conozco a nadie relacionado con Eri.

Tal vez Kishio sepa sus planes, pero tampoco sé cómo encontrarlo a él.

Miro el reloj. No ha podido ir muy lejos.

Tal vez... Tal vez si salgo en su busca...

Estoy bajando las escaleras del portal a la carrera cuando me detengo.

Es inútil. Podría estar en cualquier parte. Podría coger un tren o un avión, quedarse en el país o salir de aquí en cualquier momento. No tengo ni idea de lo que pretende y ya no puedo hacer nada.

Así que vuelvo a casa. No me molesto en deshacer la maleta. Todavía no voy a casa de Kana a recuperar a Shinatobe y Hoki; no quiero dar explicaciones tan pronto. De todas formas, ¿qué les diría? ¿Que yo estaba dispuesto a sacrificarlo todo por ella y que Eri prefirió marcharse sin mí?

Al final ha resultado que tenía razón. Uno de los dos iba a sufrir.

Apenas logro dormir. No dejo de hacerme preguntas, de repetir en mi mente todos y cada uno de los momentos pasados con Eri. ¿Qué fue real y qué fue parte de sus máscaras?

Ya nunca tendré forma de saberlo.

Hoy voy andando al trabajo. Es una mañana fría y apenas hay gente en la calle a estas horas. He madrugado mucho.

Sé que parte de las cosas que hizo al conocerme fueron para acercarse más a mí. ¿En qué momento dejó de actuar? ¿Fue antes de la excusión a Nara; de que le contara la verdad sobre aquel incidente? ¿O fue después?

Quizá estuviera actuando la última vez que nos vimos. Tal vez solo me contó su plan porque no tuvo más remedio y, en realidad, darme esperanzas no era más que una forma de librarse de mí.

De pronto, noto una sensación extraña. No dejo de escuchar los mismos pasos, el mismo ritmo que se adapta al mío, a mi espalda.

Cuando me giro, no hay nadie. Es inquietante.

Sigo andando, alerta por si acaso, hasta que me doy cuenta de que no son imaginaciones mías. Hay alguien tras de mí. Acelero el paso, giro sin pensarlo por una calle e intento despistarlos. No obstante, en el próximo cruce, alguien me da un empujón que me lanza contra la pared.

No me da tiempo a reaccionar. Antes de darme cuenta, tengo a tres hombres sobre mí. Uno de ellos lleva una navaja.

Esta vez, yo no tengo mi *tantō*.

—Kaoru Hanazawa. Qué sorpresa verte por aquí. Justo ahora estábamos pensando en ti y en esa maleta que hay en tu apartamento. ¿Pensabas irte de vacaciones a alguna parte? —El que habla hace girar la navaja entre sus dedos—. ¿O es que vas a reunirte con Yui Hisakawa?

Una maleta y un corazón roto

ERI

Ekaterina siempre ha sido rápida, y esta vez no ha sido diferente. He pasado la noche en un hotel y ahora estoy sentada en la sala de espera del aeropuerto de Kansai cuando leo la noticia en mi móvil. Anoche un gimnasio de las afueras se incendió. La prensa asegura que fue por un cable defectuoso en una de las máquinas, pero en realidad ese local ni era un gimnasio ni sufrió un incendio. Bueno, probablemente fue incendiado, pero después de que la gente de Ekaterina le hiciera una visita a la gente de Yui. Le prenderían fuego después para eliminar pruebas; podrían haber sido los rusos o los japoneses, quién sabe. Lo que importa es que la guerra ya ha estallado, e incluso si llegan a la conclusión de que yo se la he jugado a ambas organizaciones, para entonces ya será demasiado tarde.

Los daños serán irreversibles y personales, y las habré destruido a las dos.

Igual que Ekaterina destruyó a Matvey. Igual que la organización de Kioto acabó con Yui.

He cumplido. He tardado más de un año en conseguirlo, pero al final lo he hecho. Sin embargo, a pesar de todo, siento un vacío horrible y profundo en el pecho que no soy capaz de ignorar.

He ganado esta batalla, pero lo que he perdido en el proceso me va a pesar el resto de mi vida.

No debería ser así. Me marché con lo mismo que llegué: una maleta repleta de cosas reemplazables y un corazón roto. No obstante, ese corazón llegó a latir de nuevo, en el parque Maruyama, en el *onsen* de Kurama, en el templo dedicado a Inari... Volvió a latir junto a Kaoru, y me temo que ahora extrañaré más que nunca el compás de esos latidos.

Tiene gracia que me contara la historia de la princesa Kaguya. Al final yo también tendré que volver a la luna y Kaoru se quedará en tierra.

Es mejor así.

Un carraspeo interrumpe mis pensamientos. Cuando me giro, descubro que Tamaki Kishio está sentado dos asientos más allá, estirado cuan largo es, con las manos en los bolsillos y aire indolente.

—Supongo que esto es una despedida —murmura.

—Lo es.

—No voy a decir que me ha gustado trabajar contigo, pero no ha estado mal.

—Trabajar para mí —lo corrijo.

Él esboza una media sonrisa.

—Precisamente por eso no ha sido del todo divertido.

Ser consciente de que alguien puede desmontar tu castillo en cualquier momento debe ser inquietante, y más cuando siempre has sido invisible para todos como lo ha sido él.

—¿Qué haces aquí, Tamaki? No soy tan ingenua como para pensar que estás despidiéndote.

Se toma su tiempo para responder, observarme un instante y volver a mirar al frente.

—Vengo a hacerte un último favor, para que no olvides que somos amigos.

Me giro hacia él, inquieta.

—Habla.

—Estuviste a punto de hacer que relacionaran a Kaoru Hanazawa contigo, pero cambiaste de opinión.

Lo sabe. Yo misma se lo conté para que no cometiera ningún error que pudiera perjudicar a Kaoru.

—Sí. ¿Algún problema?

—El día que fuiste a la Torre de Kioto no estabais solos.

Siento el corazón contra las costillas, el pánico subiendo por mi garganta como una serpiente.

Me levanto y voy hasta él, que también se pone en pie. Me encaro a Tamaki.

—Si has hecho algo que pue...

—Eh, solo me he enterado. No tuve nada que ver —asegura, y le creo.

Sabe demasiado bien que puedo destruirlo.

—¿Ekaterina o los japoneses?

—Los japoneses.

Esto es malo, muy malo. Me contengo para no llamar la atención y vuelvo a sentarme, pero todo el cuerpo me pide salir corriendo, desaparecer.

—No he vuelto a verlos en mi vida real, siendo Eri. No me han seguido y nunca los he visto por las inmediaciones del apartamento —le digo.

Tamaki también se sienta. Está serio.

—Al parecer no creyeron necesario tirar de ese hilo hasta que Ekaterina apareció por aquí.

Anoche.

Así que hoy...

—¿Qué intentas decirme? —lo exhorto, con un nudo en la garganta.

—Hanazawa ha sido atracado esta mañana cuando iba camino del trabajo.

Me tiemblan las manos y tengo que cerrarlas y apretar con fuerza para deshacerme de esa sensación. Pero hay otra, en mi pecho, que no se va.

—¿Qué ha pasado? —inquiero aterrada.

A estas alturas, Tamaki ya ha debido de darse cuenta de que Kaoru es importante para mí. Puede que solo lo sospechase cuando le dije que no llevaría a cabo esa parte del plan; ahora se lo he confirmado y he expuesto una carta muy valiosa ante él.

Pero, como ha dicho, creo que los dos sabremos recordar a quién no nos conviene traicionar.

—Eso es todo lo que sé. El informe policial dice que fue un atraco. Está ingresado en el Horikawa. Está fuera de peligro. Los médicos dicen que saldrá de allí en un par de días.

Tamaki se pone en pie de nuevo y se planta delante de mí.

—Ahora sí que me despido.

—Gracias —le digo, esta vez de forma sincera.

Kishio me guiña un ojo y desaparece. Ha compartido información muy valiosa conmigo solo para asegurarse de que lo considero un aliado.

Es una inversión importante y no pienso olvidarlo.

La voz de un megáfono anuncia que han abierto mi puerta de embarque. Debería marcharme ya si no quiero perder mi vuelo. Kaoru está bien. Ha ocurrido exactamente lo que esperaba al principio; un interrogatorio rápido, unos cuantos golpes y lo han soltado.

Pero esos golpes no se los han dado a la persona que yo pensaba. Se los han dado a Kaoru, un chico bueno y dulce, un poco ingenuo, cuyo único error fue confiar en la gente equivocada... y cruzarse en mi camino.

Siento frío en el pecho, un peso demasiado grande sobre los hombros.

Miro mi reloj. Cierro los ojos e inspiro con fuerza.
¿Qué tengo que perder? Una maleta y un corazón roto.
Puedo vivir sin la maleta.

29

Un mar de preguntas

KAORU

Ahora que se me está pasando el efecto de los calmantes es más fácil abrir los ojos. No me siento tan somnoliento, pero todavía estoy cansado, y los golpes siguen doliendo.

Todavía no me he visto en ningún espejo, pero no debo de tener muy buen aspecto.

No me gusta pensar en lo que ocurrió. La organización de Yui me encontró, me dieron una paliza, me interrogaron y me soltaron cuando se dieron cuenta de que a mí también me habían engañado.

Tengo las costillas doloridas, siento la piel alrededor del ojo izquierdo tirante y me cuesta hablar por mi labio partido. Sin embargo, pensar es más doloroso que cualquier cosa que me hayan hecho unos matones.

Eri me mintió. Sí que puso en marcha la parte del plan que me incumbía. Tuvo la sangre fría de contármelo, jurar que se deshizo de la idea cuando descubrió cómo era de verdad y prometerme que estaba a salvo.

Todo ha salido según lo planeado, incluso la parte en la que me soltaban y ella se libraba de tener cargo de conciencia.

Hace bien su trabajo y pensar en ello me provoca tal amargura que preferiría seguir durmiendo.

—Eh, qué raro se me hace verte en esa cama. ¿Esto no suele ser al revés?

Kyō está en la puerta, junto a Senri. Kana viste uniforme y lleva una carpeta entre las manos, así que imagino que se habrá escaqueado, porque no trabaja en esta planta.

—Chicos —los saludo—. No tendríais que haber venido.

—¿Y perdernos esa cara? —inquire Kyō.

Todos pasan y Senri cierra la puerta. Kana les habrá contado que estaba aquí. Ella sí me vio ayer.

Intento sonreír, pero me temo que solo consigo una mueca que además me escuece. Dejo de hacerlo.

—Los médicos me han contado que fue un atraco —murmura Kana—. Debió de ser horrible.

—No lo sé. No me acuerdo —miento, igual que lo hice cuando llegó la ambulancia y quisieron saber la verdad.

—Ni siquiera sabíamos que estuvieras aquí —añade Senri, pensativo—. Creíamos que te habías marchado con Eri.

—Surgió un imprevisto —contesto y cierro los ojos con la esperanza de que lo interpreten como una señal para que me dejen descansar. No quiero pensar en Eri.

—No te preocupes. Cuidaremos de Shinatobe y Hoki mientras no estés —continúa.

—Tranquilo, me darán el alta en unas horas, con los resultados de las últimas pruebas. Solo estaba aquí por si tenía una contusión cerebral, y no la tengo.

—Nos alegramos de que estés bien —dice Kana, tomándome de la mano mientras se sienta a mi lado.

—No deberías haber vuelto —la regaña—. Y vosotros dos no deberíais haber venido —insisto—. Estoy bien. Nos habríamos encontrado en casa.

Kana frunce el ceño.

—¿De qué hablas? Es la primera vez que vengo.

—Estuviste ayer, aquí mismo —respondo, seguro de lo que digo—. Me cogiste de la mano y estuviste un rato conmigo. Estaba un poco grogui, pero me acuerdo perfectamente.

Los tres comparten una mirada y es Kyō el que se adelanta para observar el gotero al que estoy conectado.

—¿Qué... te están metiendo, tío?

—Tú mejor no te acerques tanto a sus drogas —murmura Senri.

Me pregunto cuánto será una broma y cuánto verdadera preocupación.

Kyō le devuelve una mirada de reproche, pero vuelve a su lado igualmente.

Miro a Kana.

Estoy seguro de haberla visto. No podía enfocar bien la vista, pero vi su uniforme blanco, su identificación, el estetoscopio colgado del cuello y su melenita rubia.

—Supongo que estaba demasiado ido —acabo reconociendo, desconcertado, porque no quiero tener motivos para seguir hablando.

Kana me devuelve una sonrisa calurosa.

—¿Sabe Eri que estás aquí? ¿Volverá?

—No. Se ha marchado para siempre.

—¿Para siempre? —pregunta extrañada.

Después, los tres vuelven a mirarse. Quizá se pregunten si sigo bajo el efecto de los calmantes. Puede que así sea. De todas formas, da igual; el dolor que importa de verdad es profundo e incurable.

Eri me ha manipulado, me ha mentido y yo le he dejado hacerlo. Se lo he servido en bandeja de plata y ahora mismo no hay nada de lo que me arrepienta más.

Lo peor de todo es que sigo preguntándome si estará bien.

30

Donde nadie te espera

ERI

Los localizo en cuanto piso el recinto del hospital, uno en la puerta principal, seguro que un par más en la de urgencias. No me importa.

Van a verme, pero no sabrán que soy yo, porque no esperan que pase por aquí, riendo a pleno pulmón, charlando con un grupo de varias enfermeras más. Esperan que pase a hurtadillas, que me escabulla por una ventana o encuentre la forma de entrar por una de las puertas que llevan al almacén.

Dentro veo a otro. Es fácil reconocerlos. Destacan entre toda esta gente que espera buenas noticias. Ellos también aguardan, pero sus expresiones, sus posturas... todo es diferente. Están solos, atentos a cada movimiento y en tensión, dispuestos a salir corriendo en cualquier momento.

Ninguno me dedica más de una mirada, y cuando llego a la planta que busco me separo del resto de las enfermeras a las que les he dicho que soy nueva aquí. Entro en el baño, saco la identificación que he llevado todo este tiempo en el bolsillo y me la pongo.

Me miro en el espejo.

Melenita rubia por encima de la barbilla, una piel ligeramente más morena por la base de maquillaje y los labios pintados de rojo.

No me ven porque no soy Eri ni Yui. Hoy soy Kana, la enfermera que trabaja en este hospital.

Salgo del baño, consigo una carpeta y saludo a un médico cuando paso a su lado. La habitación en la que tienen a Kaoru está aquí, vigilada.

Hay una mujer que se pasea de un lado a otro con cierto nerviosismo. Ella lo hace mejor que sus compañeros, pero a mí no se me puede engañar con un disfraz.

Cuando me acerco y ve que estoy yendo a la habitación me dedica una mirada prudente, y yo decido contratacar. Me acerco, cambio de dirección y voy hasta ella.

—¿Puedo ayudarla? —le pregunto con una sonrisa encantadora.

En cuanto me ve de cerca pierde el interés. Ni siquiera se le pasa por la cabeza que pueda ser yo, que pueda tener tanto descaro. El arte del engaño está en usar la verdad a tu favor de vez en cuando. Esta es mi verdad; yo, a unos centímetros de quien tan desesperadamente me está buscando.

—Solo estoy esperando —responde, con tono aburrido, y mira por encima de mi hombro, para que nadie entre en la habitación sin que se dé cuenta.

—Si necesita algo, no dude en pedírmelo a mí o a cualquiera de los enfermeros.

—Sí, sí... gracias.

Le dedico una última expresión amable y me doy la vuelta, en dirección a la habitación.

En cuanto paso y cierro la puerta, me detengo unos segundos. No creía que fuera a impresionarme tanto. He visto cosas peores, a compañeros en estado mucho más grave, pero esta imagen oprime una parte de mí que no sabía que existía.

Está ahí, tumbado en la cama, con una sábana hasta el estómago, vías conectadas a la mano y un

gotero a su lado que debe de tener calmantes.

Tiene el ojo izquierdo amoratado e hinchado, la ceja rota y el labio partido por la mitad. Le han limpiado la sangre, pero aún le quedan algunos rastros en el pómulos y en la mandíbula, donde empieza a asomar una sombra de barba muy fina.

Me acerco con precaución y me siento a su lado con sumo cuidado.

No quiero causarle más daños.

—Lo siento mucho —murmuro y lo tomo de la mano.

Kaoru abre los ojos y mi corazón se salta un latido. Sin embargo, no parece muy consciente.

—Voy a solucionar todo esto, ¿de acuerdo?

No puedo decirle nada más. No puedo hacer nada. Solo me quedo aquí un rato, no demasiado como para que sospechen, y después me alejo y vuelvo a dejarlo solo, rodeado de toda esa gente que espera a que Yui aparezca.

Hoy no.

31

Un último salto de fe

KAORU

Ha pasado una semana desde el incidente y todavía me hago demasiadas preguntas. Todas tienen que ver con Eri.

Intento no pensar en ella. Estoy haciendo turnos más largos en el restaurante y procuro aprovechar el resto del tiempo estudiando, aunque esto de poco me sirve. Con mi horario laboral no puedo asistir a suficientes clases y el tiempo que invierto pegado a los libros no es muy productivo desde que ella se marchó.

No dejo de preguntarme qué fue real y qué no.

Ahora voy de camino a casa, para cenar algo rápido y acostarme enseguida. No es muy tarde; aún hay personas por las calles, algunas parejas que vuelven de cenar o grupos de amigos que salen de fiesta.

Estoy a un par de calles de llegar al apartamento cuando, de pronto, oigo unos pasos apresurándose hacia mí.

Voy a girarme y, antes de que pueda hacerlo, dejo de ver.

Me han tapado los ojos.

Alguien me está tapando los ojos con las manos. Mi cuerpo se tensa, dispuesto a reaccionar. Aún está dolorido, pero creo que puedo defenderme. Todo ocurre deprisa. Estoy a punto de darle un codazo y...

—¿Quién soy?

Su voz.

Noto cada latido de mi corazón contra las costillas y ahora soy consciente de cada parte de mi cuerpo que está en contacto con el suyo: mi rostro, mi espalda y mis manos cuando toco las suyas para intentar bajarlas.

—No. No puedes abrir los ojos —me dice.

—Eri —susurro—. ¿Qué haces?

—No puedes darte la vuelta —me recuerda insistente.

No entiendo nada. Las mil preguntas que tengo se agolpan en mi garganta impidiéndome pensar con claridad.

—¿Por qué no?

Noto que se mueve. Lo veo todo negro, absolutamente todo. Pero siento su olor, y sus dedos sobre mi piel, y, de pronto, se acerca más a mí.

Su aliento me acaricia la mejilla.

—Porque si me miras tendré que besarte, y creo que tú también lo harás.

Reconozco esas palabras y me veo a mí mismo diciéndolas, al otro lado del balcón, el día que fuimos a Nara y le conté la verdad.

Parece que ha pasado una eternidad de aquello.

Todavía me duele su traición y me duele aún más no entenderla, pero una parte de mí decide

seguir por el camino que ella ha trazado.

Digo lo mismo que dijo ella aquella noche.

—¿De verdad sería tan malo?

Casi puedo ver cómo sonrío. Me gustaría ver su sonrisa una vez más.

—Oh, no. Sería la forma perfecta de terminar la noche, pero ahora tienes que escucharme. Te daré una carta, me marcharé y no la abrirás hasta llegar al apartamento.

La realidad me atraviesa como una flecha y noto una punzada en el pecho.

—¿Por qué tendría que confiar en ti?

Una pausa y el silencio a oscuras parece mucho más largo.

—Por favor... —dice solamente—. Coge la carta.

Baja una de las manos para tenderme un sobre y, lentamente, hace lo mismo con la otra.

Si me girara ahora, si me diera la vuelta...

Decido hacer un último salto de fe.

Tomo la carta. Su mano desaparece y, después, se oyen sus pasos al alejarse corriendo. Para cuando me doy la vuelta, ella ya no está.

El puente de la luna

ERI

No recuerdo la última vez que estuve aquí. Lo que sí recuerdo es que esperaba, igual que ahora.

Quizá sea una imprudencia pasear por aquí o por cualquier otro sitio de Kioto dada mi situación, pero los bosques de bambú de Arashiyama tienen algo que los hace de otro mundo.

Los caminos sinuosos, la luz entre el bambú y el silencio. Todo es perfecto. Aquí hay otra atmósfera, otro color.

Aquí cerca está el puente Togetsukyo, literalmente «el puente de la luna». Se construyó en el siglo IX para cruzar el río Katsura. Se dice que el emperador Kameyama fue quien le puso ese nombre tres siglos después de su construcción; que una noche, navegando por el río, se quedó prendado de la belleza del paisaje y pensó que el puente parecía estar cruzando la luna.

Decido cruzarlo mientras pienso en la carta que le di a Kaoru y en que ahora, quizá, todos los días sean así, largos y llenos de esperas. Si decide creerme, si sigue dispuesto a sacrificar cierto... estilo de vida, entonces nos encontraremos en tres meses.

Me mezclo entre la multitud, entre los turistas y los transeúntes, y decido empaparme de este lugar, de las vistas, la brisa y las montañas al fondo.

Hay un anciano al otro lado del puente que lo está dibujando, niños que corretean y bromean. Según la leyenda, mirar atrás al cruzarlo les da mala suerte a los niños.

Sé que soy mayor, pero, aun así, yo tampoco miro atrás.

Tal vez no hacerlo me dé suerte. Quizá estos tres meses sean más cortos y la espera, al final, merezca la pena.

Conservo la esperanza y cuento los minutos para volver a verlo.

Agosto

33

El tiempo que haga falta

KAORU

Es la época del Sennichi Mairi o «las mil visitas». Estos días, cada visita a los templos cuenta como si los hubieras visitado mil veces seguidas. Hoy es el último día que el templo Kiyomizudera abre sus puertas durante la noche. Lo llaman el templo del Agua Clara por la cascada Otowa, que se encuentra a los pies del balcón principal.

Tardo media hora desde mi parada en llegar al templo. No me detengo mucho por el camino y apenas presto atención a los santuarios del conjunto hasta llegar al salón principal, aunque es difícil no fijarse en las puertas de los santuarios, las fuentes para purificarse y los numerosos salones secundarios.

La vista desde el balcón es impresionante. El interior del salón está iluminado y sus luces compiten con las de la ciudad, al fondo. Desde aquí puede verse incluso la Torre de Kioto.

—En el periodo Edo circulaba una leyenda que decía que si saltabas y sobrevivías a los trece metros de caída te concedían un deseo.

Ahí está, asomada desde la misma esquina que yo.

Casi me cuesta conciliar su aspecto y su voz, pero es ella.

Lleva un vestido, el pelo cortado a la altura de la barbilla, teñido de castaño, y los labios pintados de rojo.

—Yo preferiría no arriesgarme —respondo. No sé de dónde consigo que salga mi voz, pero sale.

La luz del salón se refleja en sus ojos, oscuros, salvajes. No sé qué decir. Es ella la que se acerca. Acorta la distancia entre los dos y me toma de la mano. Cierra los ojos y suspira.

—¿Esto es seguro? —pregunto y echo una rápida mirada a mi espalda.

—Si no saltas, lo será —responde con una sonrisa.

—¿De verdad? —insisto.

Ella asiente, un poco más seria.

—Me están buscando en otra parte —asegura.

Metó la mano en el bolsillo y saco la carta que me dio hace tres meses, antes de desaparecer de nuevo. Me pidió que confiara en ella, que siguiera con mi vida esos tres meses y que viniera hoy aquí si quería respuestas.

Se la enseño.

—¿Era verdad? ¿Vas a darme respuestas?

—Las que quieras.

Es increíble cómo es capaz de absorber la atención del lugar. Hay todo un mar de gente a

nuestro alrededor y yo, sin embargo, solo puedo mirarla a ella.

—Solo una.

—Adelante.

Cojo aire. Hay muchas cosas que me gustaría saber. Aun así, creo que solo una importa verdaderamente.

—¿Cuándo empezó a ser real?

—No lo sé.

Su respuesta me sorprende. Esperaba que dijera que fue en Nara o que asegurara que empezó a quererme desde el principio. Tal vez mi error haya sido creer que fue real en algún momento.

—¿No lo sabes?

—¿Tú sabes cuándo empezaste a sentir algo más que interés por mí?

Me quedo en silencio. No puedo responder porque tampoco lo sé.

—Entonces...

—Todo lo que te conté antes de marcharme era cierto, Kaoru. Y siento enormemente haberme equivocado. Creía que no nos habían seguido, pero estaba equivocada. Hasta yo cometo errores.

—¿No lo sabías?

—Por supuesto que no. —Da un paso adelante, hacia mí, y acaricia mi rostro con absoluta ternura—. De haberlo sabido te habría pedido que vinieses conmigo.

No puedo dudar, no cuando me mira así. Acaricio también su mano y cierro los ojos unos segundos para disfrutar del cálido contacto.

—Pero tal vez haya sido mejor de esta forma. Me apena que hayas sufrido por mi culpa, pero ahora no te prestan atención; no demasiada.

—¿Qué quieres decir?

Eri sonrío con tristeza y vuelve a mirar al frente.

—Estarás bien mientras no te acerques a mí. Tranquilo, hoy no corres peligro.

Lo comprendo de golpe.

—Vas a volver a irte.

—Nunca me he marchado —replica y me dedica una mirada—. He estado aquí, en Kioto, mientras hacía viajar mis nombres por Europa: Eri, Yui, Sayori... No tienen ni idea de dónde estoy y no imaginan que nunca me haya marchado.

—Si es así, ¿por qué no puedes quedarte?

—Porque las heridas todavía son recientes. Hay dos organizaciones peligrosas enfrentadas por mi culpa. Puede que la rivalidad dure décadas, así son las cosas en este mundo. Ahora no tienen tiempo para prestarme verdadera atención, pero están pendientes de mis movimientos y si me dejo ver demasiado por la ciudad, contigo, un día alguien me reconocerá.

Entiendo lo que dice. Se queda, pero sin mí.

—¿Por qué me has hecho venir? ¿Por qué hoy después de tanto tiempo?

—Calculé tres meses para que dejaran de seguirte. Lo hicieron a las cinco semanas, pero nunca está de más asegurarse. Elegí este día porque sé que están reunidos y probablemente ninguno esté prestando verdadera atención a este templo.

—El día en que me diste la carta te arriesgaste mucho —comprendo.

—Tenía que hacerlo. Pensé en dejártela en el hospital, pero aquello sí estaba vigilado.

Recuerdo la conversación con Kana, mis recuerdos difusos...

—Fuiiste tú, ¿verdad?

Lo entiende sin necesidad de que dé explicaciones. Asiente con la cabeza y vuelve a mirarme.

En sus ojos hay una pena infinita, como si supiera el final de esta historia que nunca llegó a empezar de verdad.

—Entonces, ¿por qué estoy aquí? —inquiero.

Eri vacila. Puede que me haya ocultado otras cosas, pero conozco bien esa mirada.

—Dijiste que estabas dispuesto a dejarlo todo por mí.

El corazón se me acelera.

—Así era, y así sigue siendo, si tú quieres. —No responde, así que soy yo el que se adelanta y tomo su rostro entre las manos. Estar tan cerca y no besarla me está matando—. Eri, escapa de aquí. Haz lo que tengas que hacer, elige una ciudad donde empezar de cero y me marcharé contigo.

—Estás hablando de renunciar a todo tu mundo —murmura—, y en el amor no debería hablarse de sacrificios.

Se aparta, me da la espalda un segundo y cuando se vuelve creo ver un destello húmedo en sus ojos.

—¿Y eso es todo? ¿Me has hecho venir aquí para decirme que me quieres pero que no podemos estar juntos? —necesito saber.

Se mira las manos. Duda. Después de tanto tiempo, sigue dudando, como si tuviera que calcular cuidadosamente cada paso que da hacia mí.

—Puedo ofrecerte un futuro a mi lado, pero no sé cuándo llegará. Hasta entonces... hoy no es el único día que quienes nos buscan estarán ocupados. Habrá más noches como esta, más instantes en los que seremos libres.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —pregunto con la garganta seca.

—Una noche al mes.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que te canses.

La verdad me atraviesa el pecho.

Cierro los ojos. La brisa me besa las mejillas y me revuelve el pelo.

Es demasiado para asimilar. Quisiera despertar en un mundo congelado durante el día que visitamos el santuario de Fushimi Inari, cuando Eri seguía siendo solo Eri.

—¿Y si no me canso nunca?

Eri se encoge de hombros. Parece abatida.

—Entonces serás muy tonto. —Suspira—. Pero, si es así, pueden pasar dos cosas. La primera, que encuentre la forma de quedarme y estar contigo sin que corramos peligro, algo que veo bastante improbable. La segunda, que tengamos que tomar una decisión: marcharme sola o marcharme contigo.

—¡Te he dicho que estoy dispuesto a marcharme contigo ahora! —exclamo.

Ella sacude la cabeza.

—¿Cuánto tiempo hemos pasado juntos, Kaoru? ¿Y si yo no soy lo que buscas? ¿Y si tú no eres lo que yo busco? No vas a renunciar a toda la vida que conoces por mí. Sería como ponerte grilletes y arrojar la llave al mar.

En ese instante no tengo dudas, porque lo que se propone es un gesto de amor desinteresado tan real que podría tocarlo.

—Podrías marcharte —murmuro—. Tú sí que podrías irte, a donde quisieras, y ser libre.

—Pero no estaría contigo —responde, tan segura que se me encoge el corazón—. Tú decides, podemos tener una noche al mes y ver qué nos depara el destino o atesorar este momento como un bonito recuerdo que durará para siempre y no volver a vernos.

No tengo que pensármelo. A pesar de lo mucho que duele, de la impotencia y el vacío en el

corazón, no tengo ninguna duda.

Estamos cerca. Solo tengo que inclinarme sobre ella, rodear su cintura y besarla para decirle así lo mucho que la necesito, lo mucho que la anhelo. Es el beso más dulce que me hayan dado jamás. Siento la desesperación, pero también la esperanza, la promesa de un futuro que será nuestro.

Me aparto un poco de ella, pero no abro los ojos cuando murmuro:

—Soportar perderte una vez ya es doloroso y no quiero imaginar lo que será perderte una vez al mes durante lo que parecerá toda una eternidad.

Ella acaricia mi mejilla. Frota su nariz con la mía.

—Pero nos recuperaremos el uno al otro. Siempre.

Marzo

Epílogo

Una casualidad

ERI

No soy capaz de contenerme. Cada vez me digo que la próxima será diferente, pero siempre que lo veo aparecer después de todo un mes me lanzo a sus brazos.

Salto sobre él, me cuelgo de su cuello y hago que gire conmigo en el aire hasta que me suelto o nos caemos. Hoy decido soltarme y cuando por fin mis pies tocan el suelo, me da un beso largo y profundo que me deja sin aliento. Así son los besos de Kaoru Hanazawa.

Después de pasear por las callejuelas del distrito de Higashiyama, nos detenemos en la cima de las escaleras de Sannenzaka, la calle de los tres años. Dice la leyenda que si te caes, morirás a los tres años. Si te caes en Ninenzaka, la cuesta de los dos años, entonces morirás en dos.

Hemos visitado ambas. En esta época del año se celebran las festividades de Hanatoro y todas las calles están iluminadas con miles de farolillos. Pasear por aquí es como una vuelta al pasado, al Japón más tradicional, pues el distrito de Higashiyama es una de las zonas históricas mejor preservadas de Kioto: casas de madera, tiendas de cerámica, calles adoquinadas...

Vemos anochecer en estas calles, entre las casas de té, las mujeres con *yukata* y los restaurantes tradicionales, y acabamos sentados en la cima de las escaleras.

Tenemos toda la noche por delante, pero es inevitable recordar que después estaremos todo un mes sin vernos.

Durante este tiempo Kaoru ha estudiado; solo eso. Ya no tiene por qué trabajar en algo que no le llena, porque tiene suficiente para pagar las clases. Cortesía de Ekaterina Kozlov.

Siempre nos vemos en sitios diferentes y siempre se me hace insoportablemente corto. Cada día, desde el primero, Kaoru me dice lo mismo: que ya está seguro, que no va a quererme más de lo que me quiere entonces porque sería imposible y que nos marchemos juntos.

Siempre lo detengo.

Hoy algo ha cambiado. No lo ha mencionado ni una sola vez y a estas alturas él ya debería estar intentando convencerme comiéndome a besos, y yo debería reírme y pedirle un poco más de tiempo, solo por si acaso.

Apoyo la cabeza en su hombro y disfruto de su calor. Siempre está increíblemente caliente.

—¿Qué va a ser hoy? —pregunto.

—¿A qué te refieres?

—Un cuento popular sobre la luna, un poema antiguo, una promesa férrea de que lo que sientes es suficiente...

—No. Nada de eso. Hoy no voy a intentar convencerte para que nos marchemos.

Levanto la cabeza y lo miro de hito en hito. Le exijo explicaciones con la mirada.

—Pronto acabaré las clases y mis compromisos aquí habrán acabado.

Pienso que eso es un motivo mayor para que insista aún más, pero no digo nada y le dejo acabar.

—Voy a estudiar un máster, ¿sabes? Ahora que tengo tanto dinero ganado honradamente... — bromea—. Así que no podremos seguir viéndonos una vez al mes.

Me preocuparía si no fuera por su tono de voz, su mirada, su sonrisa... Sigue siendo un gatito y, si quiere preocuparme, no le está saliendo nada bien.

Levanto una ceja. Aguardo.

—Y como puedo pagar un máster donde quiera... creo que me voy a ir a Europa.

—¿Europa, eh?

—Sí. Todavía no he decidido adónde exactamente, pero eso es lo de menos. Me llevaré a Shinatobe y Hoki, por supuesto.

—¿Qué pasa con tus amigos y tus padres?

—A mis padres los visitaré en vacaciones, y a Kana, Senri y Kyō les pagaré el viaje para que vengan a verme. Inexplicablemente tengo mucha pasta, ¿sabes?

Me muerdo los labios.

—¿Intentas decirme algo, Kaoru Hanazawa?

—¿Yo? No.

Mira al frente. Si intenta que no le vea sonreír, no lo consigue. Ahora mismo está brillando más que los farolillos de la calle que tenemos delante.

—Contando con esta hemos tenido ocho citas —le recuerdo, en tono reprobatorio—. Todavía es pronto.

—¡Claro que sé que es pronto! De hecho, podría cursar un máster aquí para seguir viéndote, pero he decidido que no merece sacrificarse por ocho citas.

Está increíblemente guapo cuando intenta decir maldades.

—Así que te irás.

—Me iré —sentencia—. Y tú quedarás libre para irte también, porque tampoco habrá nada que te retenga aquí. Quién sabe, puede que elijamos el mismo destino.

—Sería una casualidad.

—Yo no podría impedirte.

Dejo escapar una carcajada y me abrazo a él. No me puedo creer que sea real, que un chico tan dulce y bueno se haya cruzado en mi camino por un maravilloso error.

—Te quiero —susurra bajito y me da un beso en el pelo.

Alzo la cabeza para mirarlo, para contemplar esos ojos claros, repletos de vida, que contienen la lluvia de mil tormentas.

—Yo te quiero más.

Conocernos podría haber resultado devastador para ambos; en cambio, ha sido un regalo. Cada instante a su lado, cada minuto robado, ha tenido el sabor de toda una vida.

Yo también estoy segura. Por primera vez cierro los ojos y siento algo cálido envolviéndome. No hay alas negras a mi alrededor, no hay abismos en el suelo ni caídas interminables.

Nunca me había permitido soñar con una vida real, feliz, en la que poder querer y ser querida. Ahora lo hago. Lo siento en cada abrazo, en cada beso y en cada mirada.

Hoy en día sigo sin conocer toda la verdad sobre Yui, sin saber qué fue lo que la empujó a saltar. Y aunque no la conociera de verdad, me he convertido en ella tantas veces que siento que tenemos una conexión que ahora se romperá. Tal vez tenía razón. A lo mejor cruzó la última puerta para que no tuviera que cruzarla yo.

Sea como sea, estoy aquí, junto a Kaoru, dispuesta a comenzar una vida que sí me pertenezca, a olvidar las máscaras y las mentiras. Para siempre. A partir de hoy, soy libre. Somos libres.

Fin

Agradecimientos

Antes de nada, gracias al equipo de Ediciones Kiwi. Sobre todo a ti, Teresa, por apostar por historias nuevas y tener siempre ganas de crecer.

Gracias a toda mi familia por apoyarme en todo lo que hago. A mis padres, a mi tía y a mi abuela, por su cariño y su confianza incondicional.

Gracias a Lara Grados, a Tina Jardí y a todos los que han participado en el cortometraje de esta historia. Trabajar juntos en un formato de arte tan diferente al que estoy acostumbrada siempre es increíblemente enriquecedor y estoy deseando repetir.

Gracias a Ima por estar siempre a mi lado y demostrarme que puedo contar con ella cuando la necesito.

Gracias a quienes me acompañáis en este viaje, a quienes estáis ahí desde el principio y a quienes os habéis ido uniendo por el camino.

Muchas gracias a todas las que me apoyáis en mis locuras y me prestáis vuestra ayuda siempre que la necesito. Lucía y Marina, solo tengo palabras de agradecimiento para vosotras. Amanda, Irene, Esther y Sandra, gracias por apuntaros a un bombardeo. Meg, gracias por leer la historia en un tiempo récord. Sandra Winter y Bibiana, gracias por confiar en mis historias. Rolly y África, sois unas escritoras estupendas y teneros cerca es maravilloso. Y Alhana, no voy a decir nada que no sepas ya, pero la labor que haces por las promesas jóvenes en el mundo de la literatura es importantísima. Todos te queremos mucho. Gracias.

Y por último gracias a ti, lector, por leer estas páginas. Tengo los mejores lectores del mundo y cada día estoy más agradecida por compartir esta aventura con vosotros.

Si quieres contarme algo, decirme qué te ha parecido o simplemente pasar a decir «¡hola!», no dudes en hacerlo en cualquiera de mis redes.

Con cariño, Paula